











LA INFANCIA DE LA HUMANIDAD

Por JOSE PEREZ DE BARRADAS



Manuales
GERMEN

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

41

LA INFANCIA
DE LA HU-
MANIDAD

MANUALES "GERMEN" — GRUPO V — NÚMERO 41

LA INFANCIA DE LA HUMANIDAD

POR JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS

SEGUNDA EDICIÓN

MVLT
PAVCIS



R. 535

MANUALES "GERMEN"

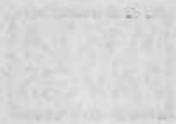
Apartado 9078

M A D R I D

LA INTANGIBILIDAD
DE LA HERMANIDAD

Por José María de Baranda

Madrid, 1934



PROLOGO

El pensamiento moderno ha ensanchado sus horizontes en todas direcciones, tanto espacial como temporalmente. En nuestra época apasionan por igual los grandes vuelos y viajes a tierras desconocidas, que las exhumaciones de las grandes culturas del pasado. Descubrimientos como los de la tumba de Tut-ankh-amen y de la nueva cueva de Altamira, o falsificaciones audaces como Glazel, han ocupado espacios increíbles en la prensa diaria y han despertado interés insospechado en el público. Decimos insospechado, porque se venía diciendo que entre nosotros no se sentía interés por las cuestiones científicas y que las investigaciones y los trabajos de nuestros sabios eran acogidos con la mayor indiferencia.

Lo ocurrido era, más que otra cosa, culpa de la manía absurda de encerrar la ciencia en las cátedras, bibliotecas y laboratorios, lejos de la mirada indiscreta del público, para darla como un favor especial a los amigos.

Ahora se inicia el abandono de la "torre de

marfil" y se sale a la calle a sembrar interés en la prensa o en los libros de divulgación.

Por nuestra parte, hemos de advertir que éste ha sido siempre nuestro criterio y que éste es el pensamiento que guía la presente obra, que va dedicada, no a los especialistas, sino al público en general.

Nuestro propósito ha sido ofrecer un resumen del estado actual de las investigaciones prehistóricas, de la manera más amena posible, pero sin que por ello sufra menoscabo la seriedad y la fidelidad científicas.

No se ha pretendido de ninguna manera agotar el tema, sino solamente el presentar cuanto se sabe sobre algunos puntos esenciales del desarrollo de la Humanidad, el ofrecer un cuadro vivo de la actividad humana en el Paleolítico, Neolítico y Edades del Bronce y del Hierro. Hemos huído del empacho de nombres técnicos y de teorías personales; también prescindimos de la discusión de hipótesis más o menos anticuadas, pues sería laststrar innecesariamente este volumen.

En el texto hemos atendido sobre todo a la prehistoria universal, o quizás mejor, a la europea; pero no obstante dedicamos a la Península Ibérica algunas páginas en cada capítulo. Nuestras fuentes han sido principalmente H. Obermaier, para el Paleolítico; C. Schuchhardt, para el Neolítico; O. Montelius, para la Edad del Bronce, J. Déchelette, para la del Hierro. En cambio, para las ilustraciones hemos escogido preferentemente material español.

CAPITULO PRIMERO

LA EDAD DE LA PIEDRA TALLADA

(¿-5.000 años antes de J. C.)

1.—*La historia de la Tierra y la historia del Hombre.*

Para darnos cuenta exacta del aspecto y condiciones que reunía nuestro planeta cuando el Hombre apareció sobre su superficie, es necesario echar una ojeada sobre la ciencia que se ocupa de su historia, o sea la Geología.

Había pasado muchísimo tiempo de que, enfriada la superficie de la Tierra, había sido cubierta por las aguas. Sepultados bajo el terreno yacían los bosques de helechos y sigilarias, las selvas de angiospermas y los monstruosos reptiles, y las llanuras herbosas y los montes con extraños mamíferos. Las tierras y los mares ocupaban una posición parecida a la actual, estaban formadas las principales cordilleras, y, en líneas generales, el mundo circundante, tanto físico como geológico, se diferenciaba poco del que tenemos en nuestros días. En resumidas cuentas, la historia del

Globo llegaba a su término al iniciarse la vida humana, y por esta razón tenemos que dirigirnos al archivo de las rocas si queremos conocer los primeros pasos, torpes y vacilantes, de la Humanidad.

En épocas anteriores al Cuaternario, nombre con que se conoce la última era geológica, los polos y el Ecuador habían estado situados en lugares diferentes a los que ocupan en la actualidad. Desviados 17° - 20° de los puntos actuales y describiendo una línea espiraloide, análoga a la que en menor escala describen hoy, originaron, según estaban próximos o lejanos a Europa, épocas glaciares de clima frío e incluso ártico en las regiones septentrionales, o épocas interglaciares de clima templado y tropical en las zonas meridionales.

La existencia de los primeros se deduce del examen de los cauces de inmensos valles labrados por los antiguos glaciares, grandes lomas o morrenas formadas por detritus de éstos, cantos erráticos, etcétera, análogos en absoluto a los producidos por los actuales, que, como todos sabemos, son grandes masas de hielo situadas por encima del nivel de las nieves perpetuas en valles en forma de U, que corren valle abajo como los ríos, pero con una velocidad muy pequeña.

Los glaciares de las altas montañas están formados por una zona o circo en el que se almacena la nieve, que se transforma en hielo de estructura granuda, y por una porción alargada o lengua que baja por el valle, fundiéndose y erosionando el terreno. En ambos lados de la lengua y en su extremo se distinguen acumulaciones de barro y cantos estriados, que son llamadas morrenas. En algunos casos, no existe la lengua, como

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

pasa en los glaciares actuales de los Pirineos (Aneto y Maladetta), que son los únicos de la Península Ibérica.

Otra forma que presentan los glaciares son los inmensos campos de hielo que cubren Islandia, Groenlandia y los continentes ártico y antártico y que vierten al mar las masas de hielo o icebergs, que tantas desgracias han originado, como la del célebre *Titanic*.

A juzgar por las morrenas y por toda clase de huellas topográficas del glaciario, se ha averiguado que en el cuaternario tuvo un grandísimo desarrollo. El norte de Europa estuvo cubierto por una inmensa masa de hielo que se extendía por casi toda Inglaterra, Holanda, Escandinavia, casi todo el norte de Alemania y dos terceras partes de Rusia. Nuestro continente estaría sepultado, según el profesor H. Obermaier, por 70 millones de kilómetros cúbicos de hielo, el que parece haber alcanzado en Escandinavia un espesor de 2.000 metros.

Toda Suiza estuvo cubierta de hielo, y de los Alpes salieron grandes lenguas glaciares por los valles fluviales, que dejaron sus huellas a muchos kilómetros más lejos de donde los dejan los actuales.

En España se han estudiado estas cuestiones merced al profesor H. Obermaier, ayudado por varios geólogos españoles.

Por sus trabajos sabemos que en los Picos de Europa descendieron los hielos a menos de 900 metros, dejando el glaciar de Bulnes sus morrenas a 300 metros de altura. En los Pirineos el glaciario alcanzó también un gran desarrollo. En la Sierra de Guadarrama existieron ríos de hielo en

las depresiones de la laguna grande de Peñalara, en el Hoyo de Pepe Hernando y en la laguna de los Pájaros, a más de los "Hoyos" de la cortina Norte del valle de Lozoya. Las morrenas bajan de 1.600 a 1.700 metros. Sierra de Gredos debe su aspereza a los glaciares que bajaron por la garganta de Tormes y del Pinar. En Sierra Nevada y en las del Moncayo, Béjar y de la Estrella también se ven huellas del glaciario cuaternario; en la última, debido a las proximidades del Atlántico, fué muy bajo el nivel de las nieves perpetuas.

En los periodos interglaciares hubo un clima cálido de intensas lluvias, las que dieron origen a los grandes mantos de aluviones, arcillas, arenas y gravas que cubren las llanuras situadas al pie de las sierras y las riberas de los valles fluviales principales.

Los ríos fueron entonces muy caudalosos y tuvieron su curso a un nivel más alto que en la actualidad, como demuestran sus sedimentos dejados a 14, 30 y 60 metros sobre su nivel actual. En estos periodos cálidos vivieron en Europa especies extinguidas de elefantes, rinocerontes, félidos, hienas, osos, cánidos, cérvidos, caballos, hipopótamos y monos, cuyos descendientes viven hoy en países cálidos (Africa y Asia).

Abundantes bosques, alternando con praderas, cubrirían Europa y ofrecerían al hombre primitivo gran cantidad de frutos y raíces comestibles. También fueron abundantes los animales, que proporcionaron al hombre abundante caza. No fué, como vemos, muy difícil a éste la lucha por su alimento, ya que la Naturaleza, como buena nodriza, le ofrecía innumerables dones, que con-

virtieron al mundo en un verdadero paraíso terrenal.

Hemos dicho antes que en los períodos interglaciares se depositaron grandes cantidades de detritus producidos por la erosión de los macizos montañosos al pie de éstos y en los valles fluviales. Demuestran nuestra afirmación las llanuras que los rodean, formadas por materiales procedentes de la disgregación y alteración de sus rocas, las que no son inmutables, sino que son corroídas y disgregadas por los elementos atmosféricos y por el agua de lluvia principalmente. Por esta causa, o sea la erosión, los elementos componentes del granito y el gneis son disgregados en unos granitos hialinos o blancos de cuarzo, en otros, blancos y rosados, que se convierten en arcillas, llamados feldespatos, y en unas laminitas blancas o negras, que relucen al sol y son llamadas micas por los mineralogistas.

Las pizarras se convierten en arcillas, las areniscas en arenas, y todas las rocas, aun las que parecen más indestructibles e inalterables, se convierten en arenas y limos, que son arrastrados por los arroyos y ríos.

Comparando la amplitud y espesor de las llanuras aluviales con las depositadas por los pequeños ríos que las cruzan, se nota que en las circunstancias actuales no ha sido posible su formación.

Las grandes llanuras aluviales son debidas a un proceso de erosión intenso. Durante las épocas de grandes fríos, las rocas de las montañas fueron atacadas intensamente por el agua sólida y líquida en los cambios bruscos de temperatura y se formaría una cantidad grande de ma-

teriales sueltos, preparados para el arrastre aluvial. Al cambiar el clima y volver a reinar el período cálido y húmedo, grandes masas de agua se precipitarían de las montañas, bien bajo la forma de una fina y lenta sábana de agua que cubriría todo el terreno y que depositaría con el tiempo la planicie aluvial, bien bajo la forma de anchos y caudalosos ríos.

Los ríos de aquel tiempo, en su gran parte, corrían en los mismos cauces que ahora, pues fueron establecidos ya en fecha anterior a la aparición del hombre. Su cauce era entonces considerablemente mayor y sus aguas más abundantes, como prueban las huellas de su erosión y la presencia de sus depósitos a nivel más alto que su curso actual, formando las terrazas, que son como grandes escalones tallados en la roca, en los que el río ha depositado sus aluviones cuando corrió a aquella altura, pues desde el período cuaternario los ríos han ido progresivamente excavando su cauce y corriendo, por tanto, a nivel más bajo.

Al abrir trincheras para la construcción de carreteras y caminos de hierro, al desmontar terrenos, al abrir cimientos y, principalmente, en la explotación de las canteras, de areneros y tejares, suelen aparecer restos faunísticos, vestigios de la primitiva industria humana, y, en excepcionales circunstancias, restos humanos de grandísimo interés para la ciencia.

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

2.—*La flora y la fauna de las épocas glaciares cuaternarias.*

Según el clima fuera el ártico de los períodos glaciares o el tropical de las épocas interglaciares, la vegetación y los animales eran completamente diferentes.

Bordeaban los hielos, en los primeros, tundras semejantes a las actuales de Groenlandia y Spitzberg, o sea regiones pobres, de vegetación raquílica y de carácter más o menos desértico. Dominaban los musgos y los líquenes. Algunos matorrales enanos aparecían diseminados en las planicies rocosas, alternando con turberas y charcas floridas, sobre todo si estaban resguardadas del viento y orientadas al Sur. Las otras plantas, por lo general, eran las que vegetan en nuestros días en las regiones árticas y alpinas. Los árboles eran salicáceas y abedules enanos. Estos últimos crecían sobre todo en los límites con estepas, que estarían formadas por gramíneas y plantas herbáceas de rápido crecimiento en los veranos, que serían cortos, pero relativamente calurosos.

Los bosques descendieron en la misma proporción que el nivel de las nieves perpetuas y pudieron extenderse hasta los 900 metros sobre el nivel del mar en la región alpina. Así debió ocurrir en la Península Ibérica, la cual estaría cubierta, más bien que de estepas, de bosques de carácter nórdico. Además de las especies comunes al clima cálido, como leopardos, leones, gatos monteses, hienas, osos, cérvidos, jabalíes, conejos, bóvidos, etc., poblaron el continente euro-

J. P. DE BARRADAS

peo dos faunas muy típicas. Una de ellas era la de las tundras ártico-alpinas, que estaba formada por animales emigrados de Norte a Sur, como el reno (*Rangifer tarandus L.*), el leming, el zorro azul, el toro almizclado y el glotón, y por los animales que poblaban las alturas montañosas, como la cabra montés, la gamuza, la marmota y la liebre alpina.

Nos ocuparemos solamente del reno, que, según Middenford, es "el animal emigrante por excelencia entre los mamíferos". En la actualidad sólo habita en las regiones subpolares nórdicas, pero en el máximum de la última glaciación llegó hasta las zonas cantábrica y catalana de la Península Ibérica, la Costa Azul (Mentón), Trieste, la Carniola y hasta el Este de las márgenes septentrionales del Danubio y Mar Negro. Cuando los hielos se fueron retirando hacia el Norte, el reno los fué siguiendo, pasando probablemente a Escandinavia con anterioridad al período de *Ancylus* (Lámina VI fig. 3.)

Otro conjunto faunístico es el constituido por tipos de estepas, entre los que destacan el alacataga, el espermófilo, la marmota, el lagomis enano, el antílope salga, y, sobre todo, el onagro (*Equus hemionus Pall*) y el caballo estepario (*Equus Przewalskii Polj*), de procedencia oriental. Las dos especies más típicas de la fauna glaciaria son el mamut (*Elephas primigenius*) (lámina VII fig. 2) y el rinoceronte de narices tabicadas (*Rhinoceros tichorhinus*) (lámina VII, figura 3). Ambos animales se conocen muy bien, pues se han conservado ejemplares en condiciones especiales; cadáveres de mamut se han hallado en Siberia, entre el hielo, que incluso en parte fueron

devorados por los perros de los indígenas, pues su carne se conservaba fresca, y de rinoceronte de narices tabicadas se ha descubierto uno entre una capa de nafta de Starunia (Polonia).

El mamut era un elefante con pelo abundante. Sus defensas, muy recurvadas, tenían más o menos tendencia a la espiral. Sus huesos eran muy robustos y su talla oscilaba de tres a cinco metros.

También el rinoceronte de narices tabicadas tenía la piel cubierta de pelo espeso, y en la cara llevaba dos cuernos que medían hasta 80 centímetros de longitud. Para el sostenimiento de esta cornamenta, los huesos nasales se recurvaban para unirse con los incisivos, y el tabique de separación de las dos narices era óseo. El mamut llegó en su máxima expansión hasta Cantabria y Cataluña, en la Península Ibérica; hasta Roma, en Italia; hasta Servia y la costa del Asia Menor, del Mar Negro. Muy semejante fué la distribución geográfica del *Rhinoceros tichorhinus*, y conforme se retiraron los hielos hacia el Norte y hacia las cumbres de las montañas, tanto él como el mamut emigraron hacia el Norte en busca del clima frío necesario para su vida.

3.—*La flora y la fauna de las épocas interglaciares cuaternarias.*

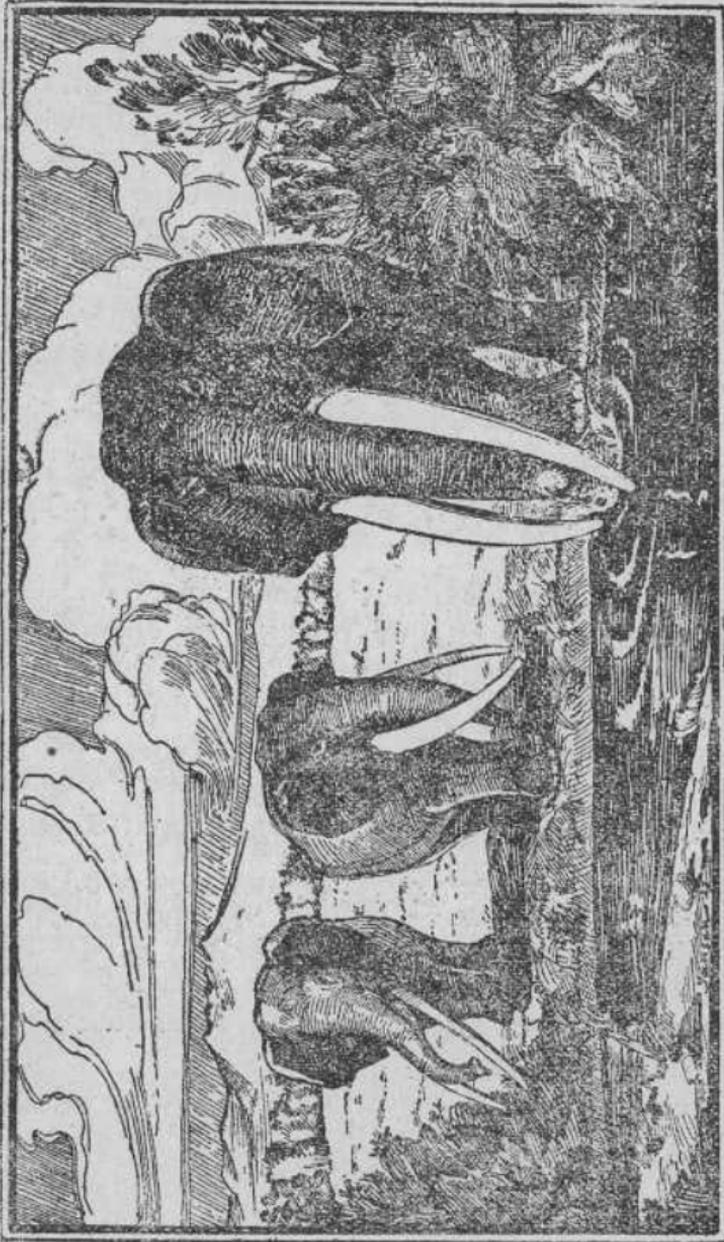
Contrastan enormemente estos paisajes ártico-polares que ofrecía el suelo europeo en los períodos glaciares con el tropical de los tiempos interglaciares. Entonces hubo en el Norte de nuestro continente bosques de carácter dálmata y pónico, formados con plantas afines a las que

crecen hoy en Canarias, Azores o en las costas del Mar Negro. En el Sur habría probablemente una vegetación de bosques y praderas semejante a la actual del Senegal.

En este ambiente vivió una fauna sumamente interesante, constituida por hipopótamos (*Hippopotamus amphibius* L.), elefantes (*Elephas meridionalis*, *E. antiquus*), rinocerontes (*Rhinoceros Merckii*), osos (*Ursus spelaeus*), hienas, leones, leopardos, cérvidos, caballos salvajes, bóvidos, et-cétera.

El hipopótamo vivió sobre todo en regiones llanas, con agua en abundancia, en forma de charcas o de ríos caudalosos. Sus restos han sido encontrados en Inglaterra, Bélgica, Holanda y la región renana (Moosbach-Biebrich y Oppenheim). Faltan en el Centro de Europa y en los Balcanes, habiéndose descubierto en el Sur del Cáucaso y costa meridional del Mar Negro, en Italia y Francia, y formas enanas en las islas de Chipre, Malta, Sicilia y Elba.

Análoga distribución tuvo el elefante meridional, que habitó al Norte de Africa, la Península Ibérica, Francia, Sur de Inglaterra y región del Rin. En la Península italiana llegó hasta el valle del Pó. También pobló Sicilia, la margen occidental del Mar Negro y la vertiente norte del Cáucaso. Más fácilmente se adaptó al clima continental el *Elephas antiquus*, que ocupó todo el territorio europeo hasta Amberes, Berlín, Varsovia y la Besarabia, salvo las regiones alpina y balcánica. Sin embargo, no puede hablarse de que este animal huyera de las montañas, pues en el yacimiento de Torralba (España), que está situado a 1.112 metros sobre el nivel del mar, se



Reconstrucción del elefante antiguo, según el profesor H. Obermaier.

han descubierto los restos de unos treinta individuos de la especie que nos ocupa. El elefante antiguo tenía cinco metros de altura, y por el estudio de sus molares se cree que se alimentaría de plantas leñosas. Por lo tanto, es posible que viviera en regiones forestales, indistintamente de clima marítimo o continental. (Lámina 1.)

Su acompañante era el rinoceronte de Merck, que si bien buscó lugares llanos y húmedos, avanzó aún más hacia el Norte que el *Elephas antiquus*.

4.—*Concordancia de los fenómenos geológicos con el hombre fósil y sus culturas.*

Justo y necesario nos parece, antes de seguir adelante, el ver en qué relación se encuentra el hombre fósil y sus culturas con los grandes períodos glaciares e interglaciares a que antes nos hemos referido, pues así conoceremos las circunstancias básicas de su vida y obtendremos una idea de conjunto necesaria para la fácil comprensión de las páginas siguientes.

El Cuaternario, como hemos dicho anteriormente, se caracteriza, no sólo por la aparición del hombre, sino por haberse sucedido cuatro épocas glaciares alternando con fases interglaciares de clima cálido.

Solamente en la segunda época glacial es cuando, a juzgar por restos fósiles indiscutibles, se puede decir que apareció el hombre sobre la superficie de la tierra. Su cultura es la primera división del Paleolítico, o sea de la edad de la Piedra tallada. El Paleolítico (período antiguo de la piedra) se caracteriza, en oposición al Neolítico,

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

(período nuevo de la piedra), en que la industria era de piedra tallada o de hueso, asta o marfil, y en que se desconocían la cerámica, la agricultura y la ganadería. El hombre era nómada y cazador, y su civilización era semejante a la de los actuales australianos, bosquimanos y pigmeos.

Del Paleolítico se hacen dos grandes divisiones: el Paleolítico antiguo o inferior y el Paleolítico reciente o superior. El primero está constituido por el *Prechelense* (industria anterior a la chelense), el *Chelense* (llamado así por ser su localidad típica Chelles, Seine-et-Marne, Francia), el *Acheulense* (su nombre deriva de Saint-Acheul, yacimiento de los alrededores de Amiens, Francia), y el *Musteriense* (denominado así por ser la cueva de Le Moustier, Francia, donde se encontró primeramente).

El Prechelense, como hemos dicho anteriormente, es sincrónico con el segundo período interglaciar. La raza humana correspondiente es el *Homo heidelbergensis*.

Se discute si el principio del Chelense es sincrónico con el tercer período glacial; pero es lo cierto que su apogeo coincide con los primeros tiempos del último período interglaciar de clima cálido, en el que vivieron elefantes, rinocerontes e hipopótamos en el Norte de Europa. El Acheulense coincide en parte con el apogeo de este clima tropical y en parte con la aparición de un clima templado en el Norte. Los hombres de estas dos épocas han pertenecido a la raza del *Eoanthropus Dawsoni*. Coincide con la progresiva baja de temperatura y con la aparición de los hielos glaciares en el Norte de Europa la cultura musteriense llevada por hombres de la

raza de Neandertal (*Homo neandertalensis*). En la Península Ibérica penetraron durante el Musteriense pueblos procedentes de Africa, no sabemos de qué raza, e introdujeron culturas muy adelantadas, en relación a aquel tiempo, nacidas en el Continente vecino, o sea el Sbaikiense y el Ateriense.

No tenemos por qué indicar que el Paleolítico superior representa un estado cultural mucho más adelantado que las etapas anteriores. Se divide, en general en Auriñaciense (de la cueva de Aurignac, Francia), Solutrense (de la peña de Solutre, Francia), y Magdaleniense (del abrigo de la Madeleine, Francia). Son sincrónicos con el último período glaciario: el primero, con los tiempos en que avanzaron los hielos; el segundo, con su fase álgida, y el tercero, con la retirada hacia las regiones septentrionales. El hombre pertenecía a la raza *Homo sapiens fossilis*.

En la zona mediterránea, donde fueron menores los efectos del frío, el Solutrense y el Magdaleniense son sustituidos por el Capsiense (de Capsa, nombre antiguo de Gafsa, Túnez), que procede del Norte de Africa.

Aunque a partir del Magdaleniense final termina el Paleolítico y los tiempos cuaternarios, debemos mencionar como pertenecientes al período de transición al verdadero Neolítico, el Aziliense (su nombre se deriva de la cueva de Mas-d'Azil, Francia) y el Tardenoisense (del yacimiento de Fère-en-Tardenois, Francia). (Véase § 22.)

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

5.—*Las razas cuaternarias.*

Un hallazgo interesantísimo para la Paleontología humana es el efectuado en Mauer, cerca de Heidelberg (Alemania). Se encontró, a una profundidad de 24 metros, debajo de 14 metros de arenas y 10 de loess, una mandíbula voluminosa de hombre. Se destaca particularmente por la ausencia del mentón o barbilla, que es un carácter de nuestra especie. Las ramas ascendentes son muy anchas y su cuerpo es excesivamente grueso. Por el contrario, no le faltan caracteres muy humanos, principalmente en la dentición, muy parecida a la del hombre actual. Con esta mandíbula han formado los antropólogos la raza llamada *Homo heidelbergensis*.

Descubrimiento sumamente extraño son los restos del *Eoanthropus Dawsoni*, descubiertos en Piltdown (Inglaterra), pues se encontró, junto con un cráneo parecido al hombre actual, una mandíbula muy primitiva y semejante a la del chimpancé.

Esta raza corresponde al Chelense o Acheulense, mientras que es sincrónica con el Musteriense la raza de *Neandertal* (*Homo primigenius* u *Homo neandertalensis*), de la que se conocen numerosos esqueletos completos y bien conservados. Por el estudio de los mismos sabemos que eran de estatura pequeña (1,60 metros por término medio), robustos, de piernas cortas y que andaban un poco agachados, por no haber alcanzado todavía la actitud vertical.

El cráneo era voluminoso, estando desarrollada la cara más que la caja cerebral. La cara

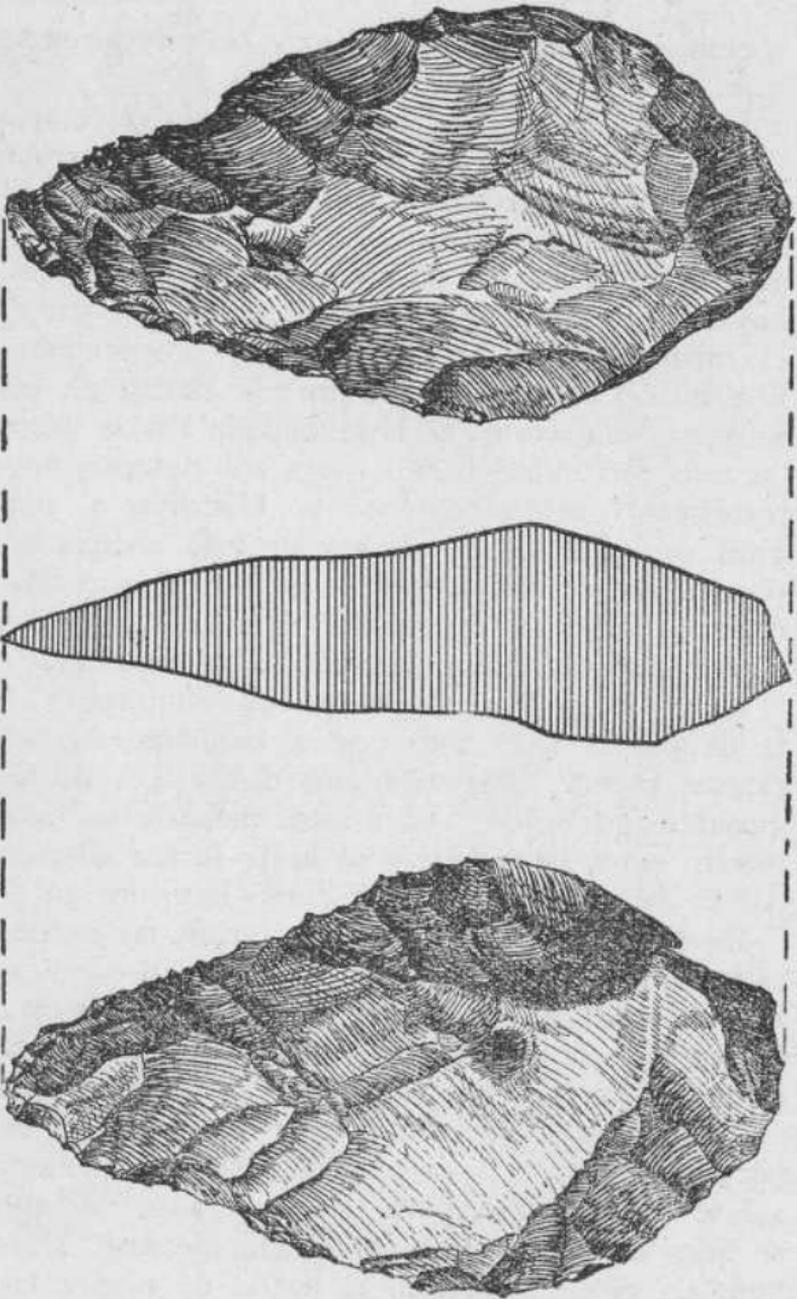
era saliente y formaba hocico. La mandíbula inferior tenía ya una barbilla rudimentaria. Los arcos superciliares eran salientes, y las órbitas oculares muy grandes y redondas.

Por el contrario, el hombre del Paleolítico superior (*Homo sapiens fossilis*) fué análogo al hombre moderno. El cráneo es largo y estrecho, faltando los arcos superciliares; la cavidad craneana es grande, y la mandíbula, poco tosca, posee un mentón bien manifiesto.

Véase más detallada esta cuestión en el tomo número 8 de esta colección, titulado: *Las razas humanas*.

6.—*La talla de la piedra.*

Al leer el *Robinson Crusoe*, hemos pensado muchas veces cómo nos comportaríamos si nos viéramos abandonados a nuestros propios medios en un aislamiento completo. El problema que se nos planteaba de reconstruir la civilización era enorme, no sólo para procurarnos un cierto bienestar y algunas comodidades, sino para atender a las necesidades más perentorias. Lo probable sería que fracasáramos en nuestro empeño, pues el actual hombre ciudadano, cargado de una labor especializadísima y gozando de comodidades cada vez mayores, no conoce las técnicas rudimentarias ni cómo se han originado las cosas más sencillas y de mayor importancia. Así, le sería sumamente difícil, no el vivir al estilo civilizado, sino que para alcanzar los conocimientos que poseen los pueblos primitivos



Hacha de mano, acheulense, de sílex, de las gravas inferiores del yacimiento de San Antonio (Madrid).

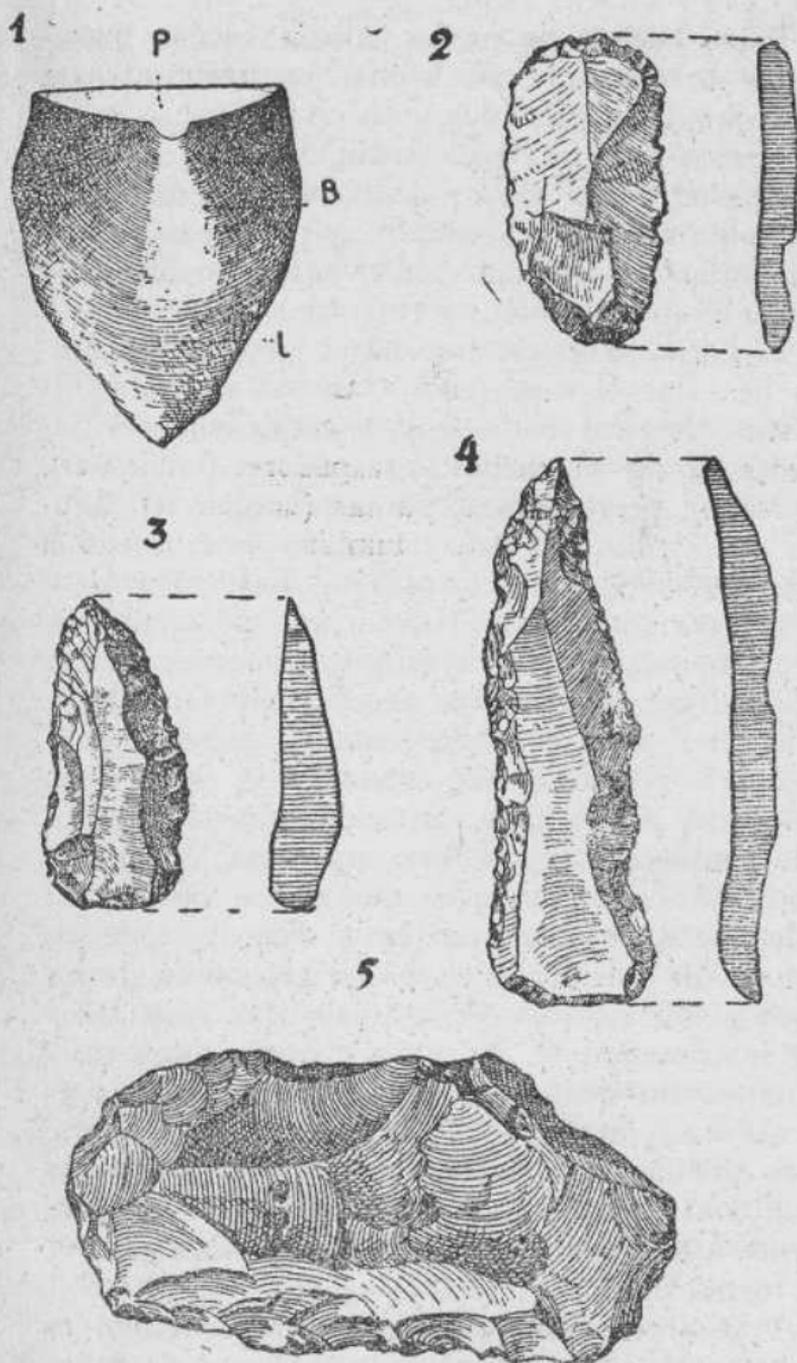
J. P. DE BARRADAS

necesitaría pasar por un largo y penoso aprendizaje.

Uno de los méritos que tienen la Prehistoria y la Etnografía es el de darnos a conocer las formas más sencillas de vida humana, y, efectivamente, ambas ciencias, en estrecho consorcio, pues el conocimiento de los pueblos primitivos de hoy facilita el de aquéllos del pasado que tenían el mismo grado de cultura, nos proporcionan una visión clara y más o menos exacta de las primeras etapas de la Humanidad. No se trata de una curiosidad baladí, pues los tiempos prehistóricos son la base de la Historia, y una gran serie de los problemas de esta ciencia no pueden ser resueltos, por su grado de complejidad, sin saber la orientación que se les dió en tiempos más lejanos y de cómo se originaron.

Una de las primeras necesidades humanas es la de poseer algo para partir, tronchar, cortar, raspar, raer y romper objetos duros. Un simple guijarro puede servir para estos menesteres, pero interin no se le trabaje y se le dé forma adecuada, no se puede considerar como instrumento.

En el Paleolítico antiguo o inferior, las hachas están talladas sobre nódulos de pedernal o guijarros de cuarcita, con ayuda de percutores de otra piedra más dura. Tienen, por lo general, forma de almendra. Las más antiguas, o chelenses, que se trabajaron a grandes golpes, son toscas y de bordes sinuosos; pero en los tiempos acheulenses se tallaron con tanto esmero y simetría, que se llega a ver en ellas un destello de arte. Después de esta perfección, el hacha de piedra tallada degeneró en el Musteriense y dejó de usarse en el Paleolítico superior. (Lámina II).



Industria del Paleolítico inferior. 1.—Lasca paleolítica (P, plano de percusión; B, conchoide de percusión, L, plano de lascado). 2.—Rasador musteriense del arenero de los Vascos (Villaverde Madrid). 3-4.—Puntas musterienses del yacimiento de la Plaza del Bonifa. 5.—Radera del yacimiento del Portazgo (Madrid).

J. P. DE BARRADAS

Estas hachas de piedra tallada fueron manejadas directamente con la mano y sirvieron para trabajar la madera, despedazar la caza, excavar fosas-trampas, etc. En algunos casos se enmangaron como hachas de combate o de trabajo, como alabardas o puñales, y este invento tuvo una gran importancia, por evitar a su dueño el sentir la molestia del contragolpe.

El hacha de mano no fué el instrumento único de estas épocas, pues aparecen instrumentos destinados para diversos usos, como raederas (láminas III, fig. 5), cuchillos, raspadores (lámina III, figura 2), perforadores, puntas (lámina III, figuras 3 y 4), buriles, etc., y también desechos de la confección de instrumentos, utilizados por su borde cortante. Los instrumentos pequeños del Musteriense ofrecen caracteres especiales, de los que dan idea las figuras anteriormente citadas.

¿Cómo fueron confeccionados estos instrumentos? ¿cómo puede reconocerse su origen humano y distinguirse de otros guijarros con los que aparecen?, preguntará, sin duda, el curioso lector. Por el estudio de los restos de talleres paleolíticos de sílex, por las indicaciones de los autores de falsificaciones y por el estudio de los pueblos salvajes actuales se sabe que para tallar un instrumento se golpeaba con un guijarro o percutor un grueso bloque de sílex, hasta destacar una porción de él. Esta porción era después tallada y retocada hábilmente. Las hachas eran confeccionadas golpeando y destacando porciones a ambos lados de un nódulo hasta obtener la forma deseada.

A pesar del inmenso tiempo transcurrido, es sumamente fácil, adquiriendo un poco de prác-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

tica, separar los objetos que ofrecen talla humana, de aquellos que no la poseen y con los que a primera vista se confunden. Los sílex tallados por el hombre ofrecen caracteres inconfundibles, pues a más de la talla y retoque, muestran un plano llamado de percusión, en el cual se ha dado el golpe (P), un bulbo o concoide característico de la fractura del sílex (B) y una superficie ondulada o plano de lascado (L). (Lámina III, figura 1.)

Estos caracteres diferencian los pedernales tallados por el hombre, de otros naturales o *eolitos*, con los que a primera vista se confunden, y que, por haberse encontrado en terrenos más antiguos, han producido vivas polémicas entre los sabios sobre su origen, que, de ser humano, remontaría la antigüedad de la especie humana.

En el Paleolítico superior los instrumentos son menor tamaño, predominando lascas finas, estrechas y alargadas. A la industria lítica se une la de hueso o asta, que al final del Cuaternario llega a predominar sobre aquélla.

En la primera subdivisión del Paleolítico superior, el Auriñaciense, abundan grandes hojas muy retocadas en los bordes o con escotaduras, puntas con dorso curvo retocado y abundantes buriles y raspadores.

Los buriles son utensilios destinados a los trabajos de materias duras (madera, piedra), cuya punta ha sido reforzada mediante golpes, que le han dado la forma de un bisel rectilíneo o poligonal. En el Auriñaciense son frecuentes los buriles de punta arqueada.

Los raspadores son utensilios cuyo frente, retocado, sirve para raspar. Otros, llamados "ra-

bots" por los franceses, tuvieron un uso análogo al de los cepillos de los carpinteros. Los raspadores auriñacienses se distinguen por su forma de quilla invertida.

Típicamente auriñacienses son las puntas llamadas de Chatelperron y la Gravette, de pequeño tamaño, y cuyo dorso, opuesto al filo cortante, ha sido retocado, y las puntas pedunculadas, o sea terminadas en toscó pedicelo. (Lámina IV, figura 1 y 3).

La industria solutrense parece que no guarda relación con la industria anterior. Los instrumentos característicos son puntas de forma de hoja de laurel o de sauce, de fina talla y con retoques que cubren toda la superficie de la hoja (Lámina IV, fig. 5.) De análoga talla son las puntas de muesca, que en la base ofrecen un pedicelo obtenido por una escotadura. (Lámina IV, fig. 4.)

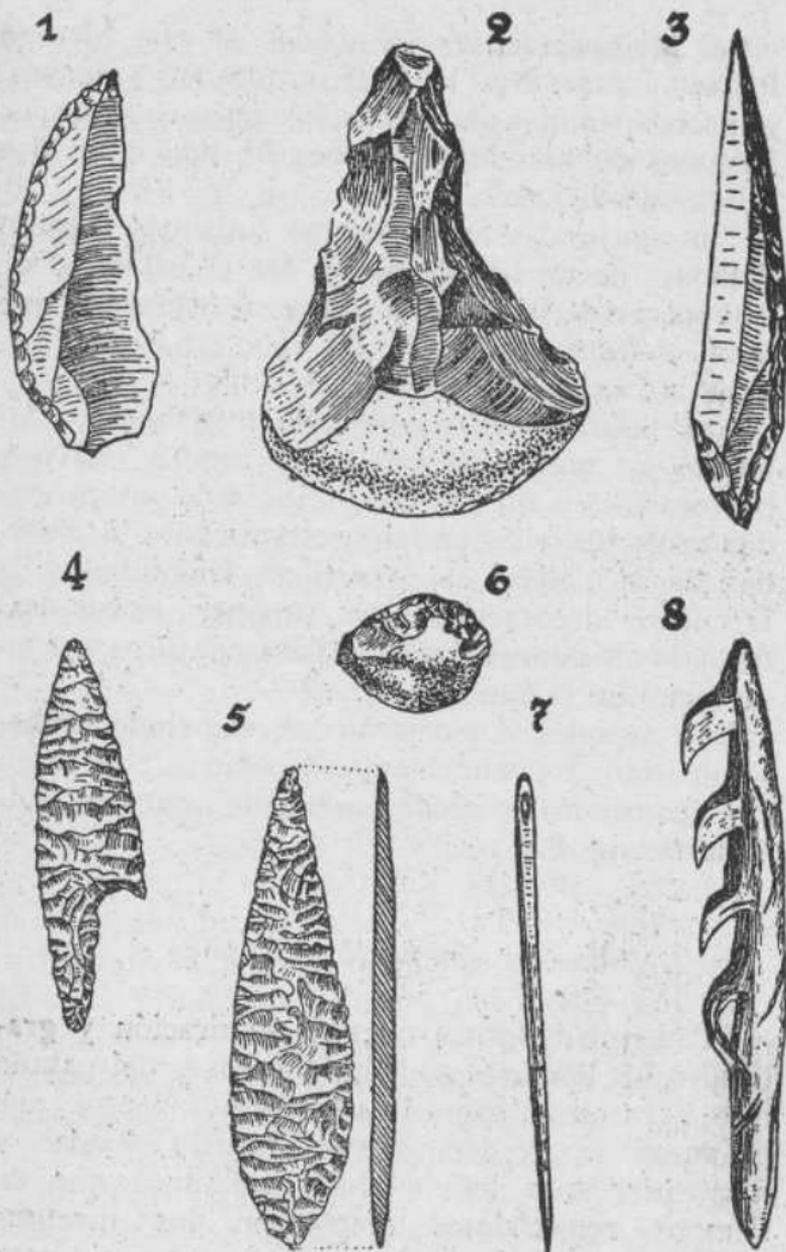
En el Magdaleniense decae la industria del sílex y vuelven a aparecer tipos auriñacienses imperfectos, lo que ocurre en el Aziliense, que se caracteriza por el tamaño pequeño de los utensilios.

7.—*La industria de hueso, asta o marfil.*

La industria del hueso comenzó antes del Paleolítico superior, pues en el Musteriense se conocen pedazos de huesos con los extremos aguzados y epífisis utilizados como yunques.

En el Auriñaciense se encuentran puntas de huesos hendidas en la base; pero cuando alcanzó esta industria ósea una gran preponderancia fué

LÁMINA IV



Industria de hueso y de piedra del Paleolítico superior: 1.—Punta aurignaciense, del tipo de Chatelperron. 2.—Pico asturiense. 3.—Punta aurignaciense del tipo de La Gravette. 4-5.—Puntas solutrenses. 6.—Disquito raspador aziliense. 7.—aguja de hueso magdaleniense de la cueva de Cueto de la Mina (Asturias). 8.—Arpon magdaleniense.

J. P. DE BARRADAS

en el Magdalenense. En niveles de esta edad se hallan puntas con la base arqueada, azagayas, punzones, puntas de flecha, propulsores, agujas, bastones de mando y arpones de una o de dos hileras de dientes.

Las agujas son en ocasiones finísimas y están dotadas de un ojo diminuto. De la habilidad de los operarios habla bien claro el hecho de que hasta el Renacimiento no las hubo tan finas. (Lámina IV, fig. 7.)

Los bastones de mando son instrumentos labrados en un candil o asta de reno o ciervo y perforados en un extremo. Han sido interpretados como insignias sociales, estacas para las cuerdas de la tienda, etc.; pero su fragilidad y la frecuente decoración hace suponer serían usados como bastones mágicos para conjuros y consagraciones. (Lám. VI, fig. I.)

Los arpones demuestran un esmerado trabajo y están frecuentemente decorados con motivos geométricos o estilizaciones de animales (Lámina IV, fig. 8.)

8.—*La conquista del fuego.*

Si bien tributamos nuestra admiración y gratitud a los hombres contemporáneos y del pasado que llevaron a cabo los grandes inventos que gozamos, es verdaderamente injusto olvidar y menospreciar a los hombres anónimos que en tiempos remotísimos efectuaron los inventos más trascendentales y de mayor importancia para la Humanidad. El uso cotidiano del fuego, de instrumentos, como hachas y cuchillos, de la

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

vivienda, aun en la forma más miserable, nos hacen considerarlos como algo inherente al hombre, y nos resulta difícil suponer que hubo un tiempo en que se careció de tales elementos, y, más aún, en que hubo necesidad de inventarlos.

¿Cómo pensar, por ejemplo, en que en una fase antiquísima de la Humanidad se careció de elemento tan necesario como el fuego, por no saber obtenerlo?

Pero los estudios etnográficos nos prueban que si bien todos los pueblos primitivos actuales conocen el uso del fuego, algunos, como los indígenas de las islas Andamán (situadas en el Golfo Indico), varios de Nueva Guinea y los pigmeos africanos no saben obtenerlo, según W. Schmidt, E. Hammarstedt y L. Frobenius.

Así, no es descabellada la idea de que hubo algún tiempo entre la aparición de la especie humana sobre la tierra y la invención más trascendental. De todas maneras, desde el comienzo de la Edad de la Piedra tallada (Paleolítico), el hombre conoció el uso del fuego, como acredita el cuarteado y color rojo de los sílex tallados y los huesos quemados.

Primeramente, antes de saber obtenerlo, utilizaría el hombre el fuego producido por la caída de rayos o por erupciones volcánicas. Más adelante, se inventaría el método más antiguo de obtención, que consiste en frotar dos trozos de madera. Entre los bosquimanos se emplea un palo fino terminado en punta roma, que se mueve como el molinillo del chocolate, sobre un pedazo de madera. Otro método, que consiste en sacar chispas del roce violento del sílex con un objeto duro o metálico, pudo originarse en la talla

del pedernal, y se utilizaría, pues se han encontrado en cuevas francesas y belgas de la Edad del Reno trozos de pirita.

El fuego les serviría a los hombres paleolíticos para alumbrarse, calentarse, defenderse de las fieras y para cocinar. Los primitivos actuales temen la noche, y no abandonan la hoguera sin llevar teas o tizones encendidos, pues les sirven para ahuyentar las fieras y los malos espíritus, que aprovechan la oscuridad para ejercer su dañina influencia sobre los hombres.

Las agrupaciones sociales paleolíticas guardarían al fuego toda clase de atenciones y lo considerarían muy probablemente como un don de los dioses. También sería el símbolo de la unión de los miembros de la colectividad. Sobre este punto son sumamente curiosas las costumbres de los bergdama, pueblo cazador y recolector del sur de Africa, estudiadas por Wedder, relativas al fuego, al que rinden una gran veneración. Al fuego sagrado de los hombres sólo se pueden acercar los adultos que han sido objeto de la ceremonia de iniciación. En él veneran el sol naciente y lo consideran como dotado de alma, por lo que ve, siente, tiene voluntad y poder para bendecir y castigar. Hablan del fuego con respeto, se le llama por lo menos "fuego rojo", pero deben emplearse algunos adjetivos más, y nadie se arriesga a decir que quema poco. Un descuido ocasiona ceremonias de desagravio, y se le hacen ofrendas. El fuego está en íntima relación con los hombres. Así, cuando matan una pieza de caza mayor o cuando las mujeres recogen muchos víveres, se le refuerza. Por el contrario, si se atraviesa una temporada de fracasos continuos,

entonces se deja apagar el fuego en toda la horda, se hace desaparecer la ceniza y se muda el lugar del campamento. El caudillo, con ayuda del mago, enciende con toda ceremonia el nuevo fuego de los ancianos. De éste, la primera mujer del caudillo coge un ascua, lo distribuye entre las otras mujeres, y así, todos los fuegos de la tribu descienden del fuego sagrado. Ella es la encargada de su conservación; en caso de apagarse, se acude al de las mujeres, siguiendo una escala jerárquica, y si se han apagado todos, entonces hay que proceder a encenderlo con toda ceremonia. Cuando de una horda se separa una parte, recibe, además de una porción del territorio de caza, una parte del fuego sagrado, que simboliza la dependencia con la horda originaria.

Suceso tan importante como la conquista del fuego, es explicado en los mitos de todos los pueblos como fruto de un robo cometido por animales, como creen los bergdama, que es una familia de leones, o personajes mitológicos, a un ser que lo guardaba por egoísmo.

Para los pueblos polinésicos es un presente divino de Mani, que lo robó de la luna, que es el dios del fuego. Los neozelandeses dicen que sólo pudo traer algunas brasas que eran las uñas de la mano y de los pies del dios, y que éste, con la última uña, provocó un incendio espantoso, del que se salvó Mani transformándose en pájaro. Aunque según F. Graebner se trata de un mito solar, lo citamos para probar la importancia del fuego en los salvajes actuales. Otros pueblos, como los hereros, consideran el fuego como herencia de los antepasados, y se venera al mo-

linillo con que se enciende, como a uno de ellos, Entre los pueblos siberianos el fuego es el símbolo del clan y se cree que fué dado por una antepasada que sirve de intermediaria entre los vivos y los muertos.

Los ainos consideran que en el fuego mora una diosa, que cura las enfermedades y hace posible la cocción de los alimentos. La tabla de madera sobre la que los coriacos encienden el fuego tiene forma humana y se la da poder untándola la sangre y la grasa de un reno, sacrificado al efecto, y pronunciando fórmulas mágicas.

El fuego hizo posible la cocina, que no sólo tiene por fin principal el reblandecer el alimento para hacerlo más fácilmente masticable, convertir sus elementos en otros más asimilables, sino también en dar gusto al paladar, estimular las secreciones y abrir el apetito.

Los dos procedimientos base de la cocina, el asado y el cocido, fueron ya conocidos en el Paleolítico antiguo, sobre todo el primero.

El más primitivo procedimiento de asar carnes, fué seguramente el tender los trozos sobre las piedras calientes del hogar, lo cual, en parte, pudo descubrirse por la casualidad de que, estando varios hombres alrededor del fuego, se cayera a él un trozo de carne, que al ser recogido medio chamuscado, se supo que sabía mejor.

De aquí se pasa fácilmente a enterrar la vianda en rescoldo y ceniza, o a asarla atravesándola con una estaca, que hace de asador, o colocándola sobre carbones encendidos, o, por último, poniéndola en un agujero hecho en el suelo, cu-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

bierto con piedras sobre las que se enciende la hoguera.

En la cueva Coumba del Pré-Neuf, cerca de Noailles (Corrèze, Francia), han hallado J. Bouysonie y H. Delsol una caja de piedra, formada por cinco losas de arenisca, que estaba llena de ceniza oscura. Al lado de esta especie de cocina había otra caja de piedra más pequeña, con las esquinas y uniones tapadas con arcilla. Las losas que la formaban tenían huellas de fuego, y estaba rodeada de ceniza, siendo posible que se utilizara para la cocción o asado lento, como nos referíamos.

La cocción se debió efectuar por tres procedimientos. Probablemente el más antiguo sería, pues constituye una variante del asado, meter en un agujero cubierto de piel la carne junto con agua y encender cerca una hoguera. Así proceden los asinabois de Norteamérica.

El otro consiste en echar piedras al rojo en el interior de vasijas de cuero, madera, etc. Este procedimiento, que ha perdurado hasta nuestros días en el extremo norte de Europa, Carintia y Guipúzcoa, fué el que con seguridad utilizó el hombre del Paleolítico final para la extracción del molusco de las conchas. Por último, no resulta extraño que alguna vez emplearan la cocción poniendo directamente al fuego cráneos de animales o grandes conchas, utilizadas como vasijas. Lo que puede afirmarse con seguridad es que el hombre paleolítico no conoció el uso de la cerámica.

9.—*La vivienda.*

La concordancia del hombre, en su más humilde estado, con la vivienda, no es cosa que pueda causar extrañeza. Por eso, cuando era difícil buscar su nutrición basada solamente en la recolección de productos naturales de la selva, sin poder defenderse de sus enemigos y sin conocer el fuego, es natural que anduviera errante como un animal salvaje y que se acomodara para pasar la noche y para descansar, sobresaltado siempre, en los huecos de las peñas y troncos, al amparo de montones de rocas y de hierbas secas, entre matorrales o lugares de vegetación compacta o sobre las ramas de árboles corpulentos.

Las primeras tentativas de la construcción de chozas consistirían en biombos y empalizadas hechos con ramas tejidas toscamente o de hojarasca, y sin techo, como las actuales de los australianos, bosquimanes y botocudos. El fuego se encendería en el centro o en la entrada y serviría de poderosa defensa contra las fieras.

Posteriormente, y quizás en el Paleolítico inferior, se utilizaron las chozas ya cerradas y con techo, estableciéndose "poblados" permanentes en aquellas zonas de terreno que reunirían condiciones especiales para la vida del hombre. Serían aquéllas, por una parte, las riberas de los ríos, y por otra, las cuevas, y ambas serían habitadas en todo tiempo. Las cuevas, si bien en los períodos glaciares proporcionaban abrigo contra las inclemencias del clima, en los períodos cálidos interglaciares serían buscadas a causa de su frescura y en época de lluvias. Son muy

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

característicos del Paleolítico antiguo los yacimientos al aire libre, frecuentemente situados en las inmediaciones de los ríos. Allí estaban en las proximidades de agua potable, de bosques y de parajes frecuentados por la caza. También los guijarros de cuarcita y sílex les suministraban la materia prima de sus armas y utensilios líticos.

Estas chozas tendrían un parecido con las que en la actualidad construyen los botocudos y australianos. Estos últimos, con las estacas que en las continuas migraciones llevan las mujeres, forman el armazón y lo cubren de cortezas, hojas y hierba, embadurnándolas en algunos casos con barro. No deja de tener su importancia el que en los pueblos primitivos sea la mujer la constructora de las cabañas y que el hombre intervenga solamente en aquellas partes del trabajo que requieren una gran fuerza física.

Durante el Paleolítico superior, en las regiones frías de Europa comprendidas entre los escudos glaciares nórdico y alpino, el hombre vivió al aire libre, cerca de los ríos, pero en terrenos altos y probablemente en tiendas formadas por trenzados de ramas, o por pieles, o en chozas. Una parte de éstas estaría excavada en el suelo, como las viviendas encontradas en Hard Olten (Suiza) y Langmannersdorf (Austria).

Poco hemos de decir respecto a las cuevas, que constituyeron la vivienda más confortable para el hombre paleolítico. Se eligieron sobre todo para ser habitadas las orientadas al Sur, que estuvieran cerca de agua corriente potable. Además de ser excelentes abrigos contra el frío, eran fácilmente caldeables, así como de segura defen-

sa contra las fieras, mediante hogueras encendidas en la entrada. Se habitó, ordinariamente, el vestíbulo, y en algunos casos, sobre todo en el Paleolítico antiguo, el interior.

Es probable, si nos basamos en la posición en que han aparecido numerosos esqueletos paleolíticos, que nuestros más remotos antepasados hayan dormido acurrucados, pues esta postura es la que ofrece la menor superficie para un ataque inesperado. Así duermen los bosquimanos, los wedda, los australianos y los negros. Otra ventaja de dormir de esta manera en compañía es la de procurarse mutuamente calor.

10.—*La caza.*

La ocupación principal del hombre paleolítico era la caza, pues constituía la base de su subsistencia.

En los más remotos tiempos se limitaba a recoger frutos vegetales, hojas, troncos y raíces alimenticias, pequeños animales, insectos, crustáceos, orugas, miel, etc.

Que la mera recolección es anterior a la caza, es indudable, pues la última requiere la confección de armas, utensilios y trampas, la observación de las costumbres de los animales, así como el conocimiento de sus huellas, una verdadera organización social en los casos de caza mayor, y valor personal para la lucha con animales feroces, máxime cuando no se disponía de elementos eficaces para ella.

Así ocurriría con la caza de defensa, esto es, con las fieras, que constituirían la pesadilla noc-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

turna de los hombres paleolíticos, sobre todo cuando carecían de fuego para ahuyentarlas. Además, los félidos (*Machairodus*, león, pantera, lince), osos, hienas y cánidos, eran serios competidores con el hombre en la caza, pues ahuyentarían las piezas y se apoderarían de los animales prisioneros en los cepos, así como de ejemplares heridos o cansados.

Todo esto, unido al deseo de estar libres de sus ataques, que podían surgir de improviso, ocasionó una caza más de defensa que por la utilidad que pudieran obtener con la carne, grasa o pieles.

Los osos serían cazados interceptándoles la salida de las cuevas por hogueras o por montones de piedra que cubrirían su salida por completo.

Las otras fieras sucumbirían en trampas, hábilmente preparadas en sitios por donde acostumbraran a pasar. Tendrían seguramente semejanza con los fosos que confeccionan los pueblos primitivos actuales, que están hábilmente disimulados con hierbas y ramas, y en cuyo fondo hay estacas puntiagudas. En ellos muere el animal, bien por efecto de la caída, bien de hambre, bien a pedradas o asfixiado por hogueras. También serían cazados mediante trampas los grandes y peligrosos elefantes, rinocerontes e hipopótamos, que constituyeron las presas principales del hombre del Paleolítico antiguo. De ninguna otra manera pudo éste, armado de hachas y de puntas de mano, atacar frente a frente a tan peligrosos paquidermos. Así, de igual manera que los bosquimanos actuales de Africa, construirían con ayuda de las hachas de mano grandes hoyos y los cubrirían de césped o de ramas. Resulta emo-

cionante el reconstruir mentalmente las escenas de una de estas cacerías en el Paleolítico antiguo. Primero la larga labor de excavación de la fosa, ejecutada con tan humildes medios, que constituiría una labor pesada y larga. La fatiga cedería después lugar a la astucia para disimular la sima. Después la ansiedad haría presa en aquellos cazadores, que por un lado tenían que vigilar la trampa y por otro procurarían evitar el ser percibidos por los animales, y así pasarían días y días escondidos en los matorrales. Por último, conseguida una presa, podemos figurarnos, por una parte, la titánica lucha del animal para escapar, sus bramidos y su agonía espantosa, y por otra, la alegría de la horda, sus tentativas de precipitar la muerte del animal, y, por último, su feroz descuartizamiento y el banquete copioso, que en muchísimos casos constituiría el término de una larga temporada de hambre. Un apoyo de esta suposición nos lo da el hecho de que en los yacimientos del Paleolítico antiguo, y especialmente en Taubach, predominan los restos de animales jóvenes, que sucumbirían por inexperiencia.

Pero, de todas maneras, nos da idea de lo productiva que fué la caza durante el Paleolítico antiguo la abundancia de los grandes paquidermos y elefantes en yacimientos de esa misma edad, en el de Torralba, perteneciente al Chelense final o Acheulense inferior, se han hallado treinta elefantes antiguos, sin contar los que han sido destruídos en la construcción de la vía férrea y los que yacen todavía en partes inexploradas del terreno. Es muy probable que los cazadores practicaran ojeos para dirigir hacia las trampas

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

manadas de bisontes, toros, caballos o cérvidos. También es posible que acosaran a las bestias hasta llevarlas a pantanos, precipicios o barrancos, donde serían exterminadas con facilidad, a pedradas, mazazos, etc., y es probable que conocieran el uso de la honda, lazo y bolas.

También estaría muy desarrollada por entonces la caza al acecho, sobre todo de ciervos y caballos salvajes. En este caso, el primitivo actual (bosquimanos y australianos) se mantiene inmóvil entre ramas, paja o pequeños puestos, cerca del abrevadero, hasta que aparece el animal, alanceándolo o flechándolo con increíble destreza.

Los frutos de esta caza al acecho y al ojeo nos los da el yacimiento de la Micoque (Francia), donde aparecieron restos de miles de caballos salvajes, fruto, por otra parte, de una caza provechosa y prolongada.

Queda, por último, el ocuparnos de la caza por persecución, en la que uno o varios individuos siguen los animales hasta rendirlos por la fatiga o hasta colocarse lo bastante próximos para matarlos con facilidad. Como paralelo, indicaremos que el cazador australiano sigue al canguro días y días en la estepa, acampando con su pequeña candela por la noche y permaneciendo siempre invisible y en contra del viento, hasta que, deslizándose a rastras, puede acercarse lo bastante cerca para disparar su arco.

Es lógico pensar que en el Paleolítico reciente o superior hubo un adelanto considerable en la caza, que en todo tiempo es escuela de valor y fortaleza.

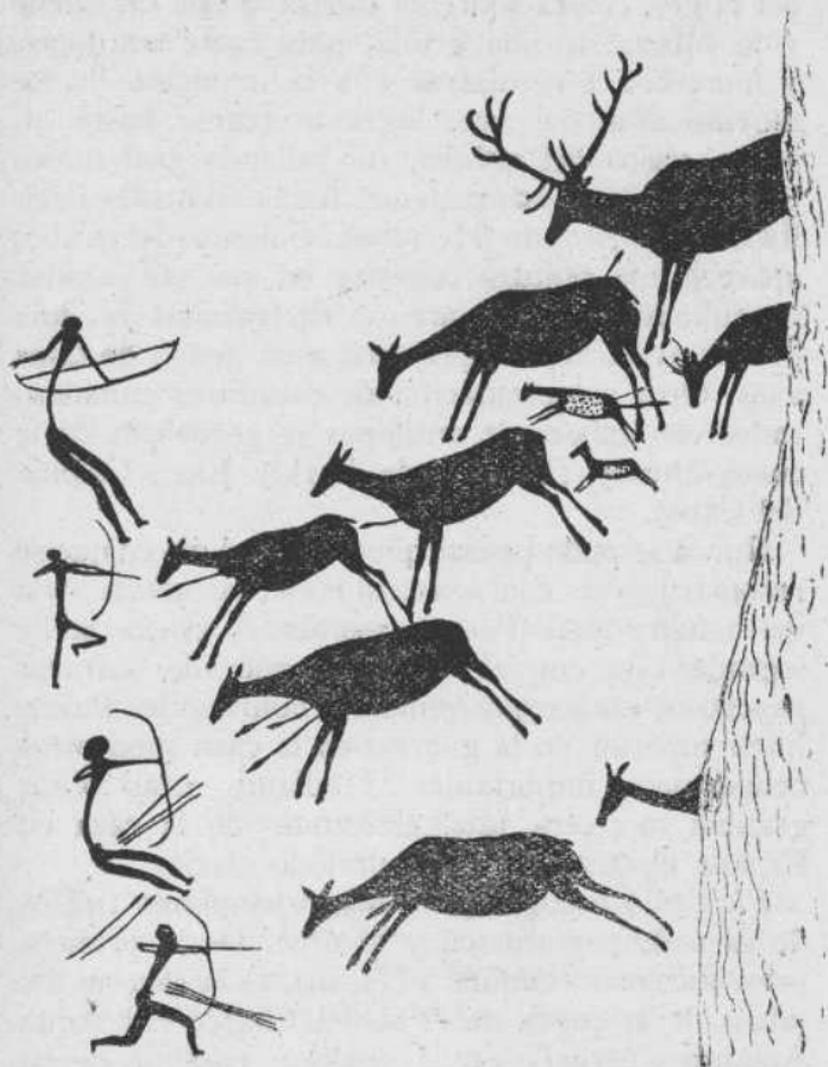
En su evolución ha contribuido, por una parte,

el desarrollo de la mente humana, y por otra, el progreso de la técnica industrial, sobre todo por lo que se refiere al invento de armas de largo alcance, como arco, flechas, tablas arrojadas, azagayas, arpones, puntas de hueso o marfil, propulsores, etc. Sin embargo, hemos de insistir en que la fauna cuaternaria no fué exterminada por el hombre.

En el Norte de Europa (Francia, Inglaterra y la zona situada entre los escudos glaciares nórdicos y alpino), los métodos de caza serían los mismos que se emplean en la actualidad en los países árticos. Las especies principales cazadas fueron, sobre todo, el reno, y en menor escala el caballo salvaje, el bisonte y el mamut.

En el Paleolítico superior siguieron usándose los métodos de caza anteriormente descritos. Las trampas seguirían en uso para la captura del mamut, del rinoceronte, bisonte y toro salvaje, con resultados ventajosos. Citaremos como ejemplo los mil ejemplares de mamut pertenecientes a todas edades encontrados en Predmost (Moravia), que fueron cazados no de una vez, sino en un largo espacio de tiempo (Auriñaciense medio a Solutrense inferior). Una cosa análoga sucede en los yacimientos del Danubio (Baja Austria). Igual ocurrió con la caza al acecho, pues de ello son testigos la brecha de caballos de Solutré (Francia) y ciertos niveles de yacimientos. Como ejemplo de estos últimos, citaremos que en el del Magdaleniense antiguo de la cueva del Castillo se han encontrado restos de más de mil ciervos.

Para la caza por persecución ofrecían muy buenas condiciones los campos nevados, en los que se hundirían los animales, mientras que el



Cacería de ciervos. Pintura rupestre, reconstituida, de la Cueva de los Caballos (Barranco de Vallforta, Castellón). Según H. Obermaier y P. Wernert.

hombre pudo usar, con gran probabilidad, raquetas.

Entonces se practicaría con frecuencia la caza con disfraces. El cazador munchi, de la cuenca del Níger, coloca sobre su cabeza la piel del cuello y la cabeza de una grulla, para cazar antílopes, y merced a este disfraz y a la imitación de los movimientos del ave, logra acercarse hasta algunos pasos del animal, no fallando casi nunca el tiro con esta estratagema. En la cueva de Bildflache (distrito de Herschel, Colonia del Cabo) aparece una pintura rupestre en que un cazador bosquimano, con su arco y disfrazado con una piel de avestruz, se aproxima a un grupo de estas aves. Otra representación de cazadores enmascarados con cabeza de antílopes se encuentra en la cueva Burley (Distrito de Barkly East, Colonia del Cabo).

Nunca se pudo pensar que llegara el día en que se reconstruyeran con exactitud escenas de la vida del hombre fósil. Pero lo asombroso es que se ha logrado esto con el descubrimiento de pinturas rupestres, en las que vemos al hombre del Paleolítico superior en la guerra, en la caza y en otras ocupaciones importantes. Mediante estas obras gráficas nos será fácil el estudio de la caza en España durante el último período glaciario.

Para ello escogeremos unos ejemplares típicos de caza de persecución y al ojeo. De la primera presentaremos (lámina VIII, fig. 1) la cacería del jabalí de la cueva del Val del Charco del Agua Amarga (Teruel), en la cual un cazador persigue al animal, ya herido por una flecha, a toda carrera.

Igual ocurre con las escenas de la cueva de Mas

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

d'en Josef (Barranco de Valltorta, Castellón), que representa dos ciervos, uno de ellos cuidadosa y y artísticamente ejecutado, que huyen delante de un cazador, armado de arco y flecha, que los sigue corriendo. Escena gráfica de gran valor es el grupo sin par de la cueva de los Caballos (Barranco de Valltorta, Castellón), prodigiosa por el arte y expresión con que ha sido ejecutada. Invisibles ojeadores han dirigido hacia los cazadores una manada de ciervos, ciervas y cervatos. Los animales, prodigiosamente representados, llevan flechas clavadas en sus cuartos posteriores y reciben otras en el pecho, que les disparan los cazadores, que aparecen dotados del dinamismo del frenesí propio del momento. (Lámina V.)

Por último, también se conocen representaciones de la caza por persecución, o, por lo menos, de haberse seguido las huellas de los animales, a juzgar por las pinturas de las cuevas del Tolls, de la Saltadora y de Morella la Vella. Todas estas representaciones artísticas hacen pensar más bien en prácticas de magia que en representaciones históricas, como probaremos en páginas posteriores.

II.—*La pesca.*

Los huesos de peces son muy raros entre los restos de cocina que se encuentran en las estaciones paleolíticas, lo que se puede explicar por la naturaleza gelatinosa de su esqueleto, o porque el hombre fósil no concedió gran importancia a la pesca.

De todas maneras, llama la atención que en las grutas de Baoussé-Roussé, donde han apa-

recido tantos restos de mamíferos, sólo se hayan descubierto cincuenta piezas esqueléticas de peces, y tan sólo diez de especies marinas, cifra insignificante, si se tiene en cuenta que las grutas están en la orilla del mar. Las especies de agua de mar son el atún (*Thynnus*), la lubina (*Labrax lupus*) y escienas (*Sciaena aquila*); de agua dulce y de mar, el salmón (*Salmo*) y la anguila (?), y de agua dulce, la trucha. En otros yacimientos franceses de edad magdalenense se han encontrado restos de salmón (*Salmo*), sollo (*Esox lucius*), carpa (*Cyprinus carpio*), barbo (*Cyprinus barbuis*), tenca (*Cyprinus tenca*), dorada (*Abramis brama*), etc.

Sin embargo, la prueba de que la pesca no fué practicada en gran escala por el hombre paleolítico nos la da la escasez de representaciones de peces en el arte rupestre, conociéndose tan sólo dos truchas en la cueva de Niaux, un salmón en la Gorge d'Enfer, uno de especie indeterminada en la cueva de Pindal y varios de mar en la de la Pileta.

De todas las especies, la más frecuente en representaciones artísticas o en restos fósiles es el salmón, que en la actualidad vive en los ríos que desembocan en el Atlántico y mar del Norte. Sería muy frecuente en los ríos paleolíticos, como ocurre en la actualidad en el Canadá, donde es tan abundante, que en muchas ocasiones es cogido simplemente con la mano por los indígenas. Esta aprehensión de los peces con la mano constituye, con toda probabilidad, la forma más antigua de la pesca.

También sería conocida desde los tiempos más remotos la pesca mediante la narcotización del

pescado, pues es muy fácil que el hombre fósil viera caer ciertos frutos o ramas de vegetales en charcas o remansos de ríos y que en seguida aparecieran los peces atontados a la superficie, para ser capturados con facilidad. Igualmente observaría el paleolítico que al retirarse las aguas marinas después de la pleamar, y las de los ríos después de inundaciones, se quedaban algunos peces reclusos en pequeñas charcas. Tendría ingenio para aprovechar esta lección de la Naturaleza, y construiría empalizadas de estacas o de piedra suelta cerca del mar o de los ríos para que, al crecer y penetrar las aguas, quedasen aprisionados los pescados que contuvieran.

También es probable la pesca con cestas y nasas de tejidos vegetales.

Si bien la matanza de peces con arco y flecha, como hacen ahora las tribus salvajes, puede suponerse en el Paleolítico superior, la utilización del arpón es indudable, por encontrarse en los yacimientos magdalenienses y azilienses. La atracción del pescado pudo efectuarse con antorchas.

Los primitivos actuales son extraordinariamente diestros en los procedimientos de pesca últimamente citados. Los australianos van con el arpón y la cabeza dentro del agua, con el fin de acertar en la puntería, la que fallan pocas veces.

Por último, existió en el Paleolítico la pesca con anzuelo, que era de hueso o de asta.

12.—*El traje y el adorno.*

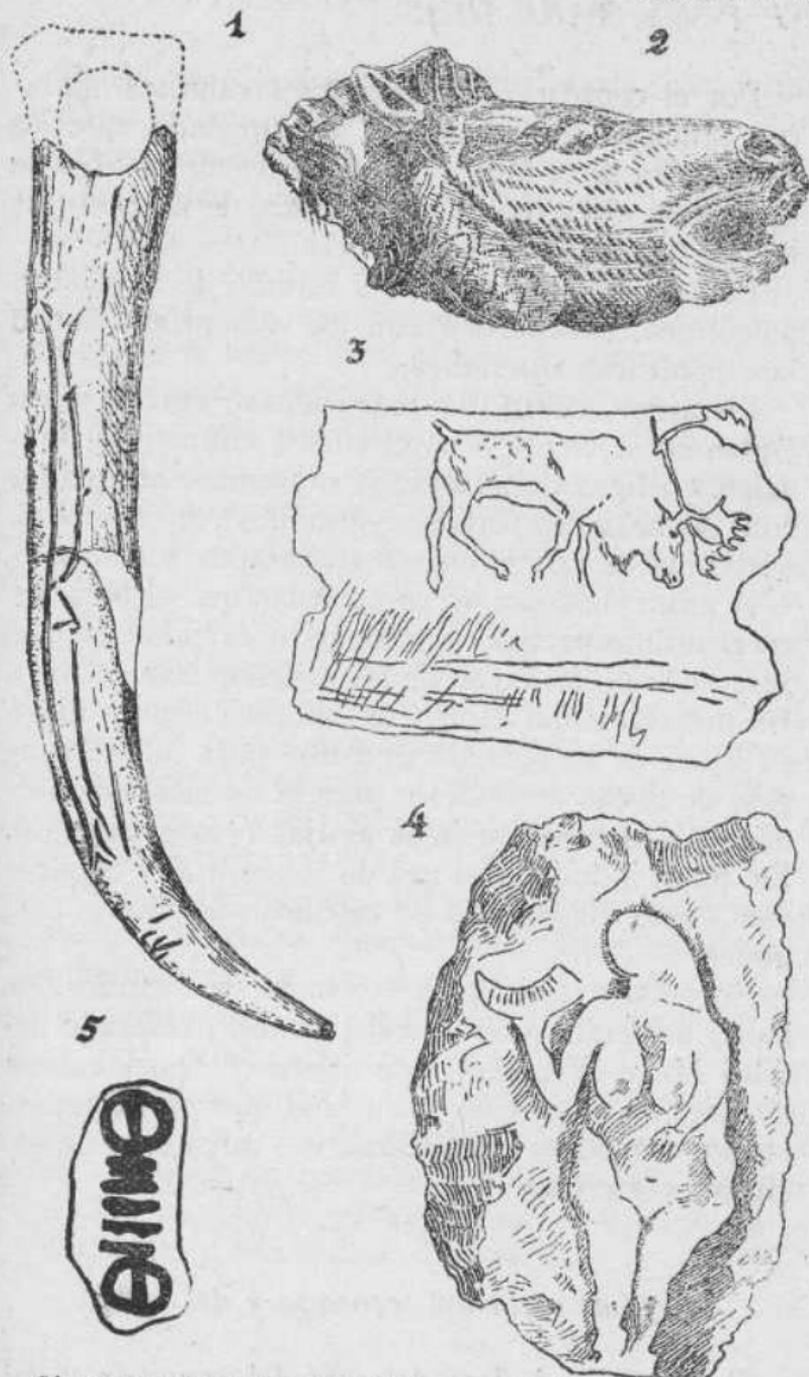
En los pueblos primitivos actuales resulta difícil separar el traje del adorno corporal, pues

mientras éste está muy desarrollado en todos los pueblos de la tierra, aquél sólo se emplea en regiones de clima francamente desfavorable. Por esta razón, hacen vestiduras protectoras contra la lluvia, que consisten en capas de corteza, paja o fibras, usadas especialmente por las mujeres de Nueva Guinea, Carolinas, etc. Para preservarse del calor fuerte se emplean espaldillas de tejidos vegetales. Los delantales y taparrabos se usan especialmente en los trópicos, mientras que en las regiones subtropicales se cubren el tórax con pieles, capas de corteza, etc. La necesidad de envolverse por completo el cuerpo para resguardarse del frío se hace más patente entre los pueblos nórdicos; pero los esquimales, cuando penetran en sus chozas de hielo, suelen desnudarse por completo.

No parece justificada la creencia de que el uso del taparrabos se deba al sentimiento del pudor, pues la mayoría de los pueblos salvajes que andan completamente desnudos son muy continentales.

Así, no debe de extrañarnos que las estatuas pequeñas y los relieves del Paleolítico superior nos presenten a ambos sexos desnudos y con adornos. La estatua de mujer encontrada en la Grotte des Rideaux, en Lespugne (Francia) lleva cubriendo su parte trasera un faldellín, probablemente de fibras vegetales.

Las pinturas rupestres nos muestran a los hombres en sus faenas de caza y guerra, o en danzas rituales, desnudos, con adornos en la cabeza, consistentes en plumas, monteras, gorros o coronas; en la espalda, en los brazos, en la cintura o en las piernas.



Obras de arte moviliar Paleolítico. 1.—Bastón de mando magdalenense con dos peces grabados de la cueva de Cueto de la Mina (Asturias). 2.—Cabeza de caballo esculpida en asta de reno de la caverna de Mas-d'Azil (Francia). 3.—El «reno bebiendo» de Thaining (Suiza). 4.—Escultura de una mujer del abrigo de Laussel (Francia). 5.—Canto pintado de la caverna de Mas-d'Azil.

Por el contrario, las mujeres levantinas aparecen pintadas con una falda acampanada, que les llega hasta la rodilla, y el pecho desnudo. Sólo se conoce un arquero con zaragüelles, de las pinturas del abrigo del Secans (Teruel).

Estos datos, basados en el estudio de la plástica paleolítica, concuerdan con los que proporcionan las sepulturas sincrónicas.

Su ajuar mortuario hace pensar que llevaban cintas en la frente o en el cuello, cinturones, brazaletes o ligas de sustancias orgánicas, adornadas con conchas perforadas, colmillos de animales, vértebras de peces, huesos trabajados, etcétera.

A pesar de todo, no es probable que el hombre, en el último período glacial, haya carecido de trajes que le preservaran de las inclemencias del frío. Es probabilísimo el uso de las pieles, pues entre su ajuar se hallan instrumentos para la preparación de fibras vegetales o para la de pieles de animales, e incluso finísimas agujas (véase pág. 30). Es, pues, indudable el uso de la costura, y emplearían como hilo cerdas de caballo o nervios y tendones.

Se pueden citar como ejemplo de vestidos los bailarines enmascarrados del bastón perforado del Abri Mège (Francia), que tienen cuerpo y cabeza de gamuza y piernas humanas, que quizá representen cazadores enmascarados o miembros de sociedades secretas.

13.—*Las artes del trenzado y del tejido.*

Poco puede decirse del arte del trenzado y del tejido, pues, aunque su uso es indudable en el

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

Paleolítico, por razones fáciles de comprender no se ha conservado resto alguno.

Los esqueletos de mujeres de La Ferrassie y la Grotte des Enfants, y de hombre de la Barme Grande, Raymondén y Laugerie Basse, por encontrarse en una posición violenta, acurrucados o en cuclillas y los brazos aplicados al cuerpo, presupone el haber sido ligados fuertemente con fibras vegetales tejidas o trenzadas.

Otra serie de datos, aunque también escasos, nos la da el arte rupestre del Levante de España. Nos referimos a la pintura, representando una cesta, de la cueva de la Saltadora y a las que llevan dos figuras humanas, una en la mano y otra colgada del brazo, del abrigo principal del Civil, ambas localidades del Barranco de Valltorta (Castellón). Por último, recordaremos que los hombres recogiendo miel, de la cueva principal de la Araña (Biscorp, Valencia), llevan cestas, el uno pendiente del brazo, y otro sobre su espalda. (Lámina VIII fig. 4.)

Sobre la técnica de cestería prehistórica da A. Goetze datos interesantes. Para encorvar el mimbre cree que pudieron emplearse los enigmáticos bastones perforados del Magdalenense, que en parte serían utensilios de trabajo. También servirían para preparar el mimbre los cuchillos, hojas y raspadores de pedernal; y, por último, en el tejido de la cesta se utilizarían los punzones de hueso y hasta para facilitar el trabajo de penetración y trenzado del mimbre.



14.—*La industria de madera.*

Poco podemos decir sobre la industria de madera, pues los únicos datos de que disponemos son los que nos suministran las pinturas rupestres levantinas.

Sin embargo, hemos de suponer el uso de estacas, mazas, bastones, clavos, garrotes, lanzas, venablos y azagayas con punta endurecida al fuego; palos arrojadizos, propulsores, cerbatanas, escudos, palos de parar, recipientes, asientos, etc. Una figura humana del abrigo del Prado de Tormón (Teruel) lleva en una de sus manos un utensilio tridentado, que pudiera ser una fisga. Representaciones de bastones aparecen solamente en las cuevas Saltadora y de los Caballos (Castellón).

No podemos soslayar el estudio de instrumento tan interesante como el arco, cuyo uso ya se suponía antes del descubrimiento de la escultura de un arquero en el abrigo de Laussel (Francia), por la existencia de verdaderas puntas de flecha. Los documentos más positivos para nuestro estudio son las maravillosas pinturas levantinas, que retratan con toda clase de detalles a nuestros antepasados en la caza y en la guerra. El arco suele ser grande y, como indican H. Obermaier y P. Wernert en su admirable estudio sobre las pinturas rupestres del Barranco de Valltorta (Castellón), alcanzan, por regla general, la mitad de la talla de los cazadores. (Lámina VIII figuras 2 y 3.) En la mayoría de los casos se trata de arcos simples; pero también hay, especialmente en las pinturas de la Vieja (Alpera, Albacete), armas de esta clase, con los extremos divididos, que quizá representen arcos compuestos.

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

Las flechas que llevan estos arqueros paleolíticos, en los arcos descritos, terminaban en punta recta o en una punta lateral, y llevaban en el otro extremo un penacho de plumas.

Merece mencionarse la posibilidad de una Edad de la Madera, anterior a la Edad de la Piedra tallada, pues en la actualidad hay pueblos primitivos, como los pigmeos africanos, los andamanes, los semang de Malaca, los wedda de Ceilán, etc., que carecen total o parcialmente de industria de piedra. Todos sus utensilios son de madera, hueso o concha. Estos pueblos están en un grado de cultura más inferior del que alcanzaron los hombres paleolíticos más antiguos conocidos.

15.—*El arte moviliar.*

Junto con las industrias antes mencionadas se encuentran interesantes obras de arte bajo la forma de estatuillas, grabados en hueso, asta o marfil, y bajorrelieves en roca, representando figuras humanas y de animales.

Las representaciones humanas son frecuentes en el comienzo del Paleolítico superior, como ocurre en Brassempouy, Laussel y Lespugue (Francia), Willendorf (Austria), Predmost y Brünn (Yugoeslavia). Las esculturas de Laussel, descubiertas en 1909 por G. Lalanne, representan un arquero y varias mujeres. La más típica está tallada en la pared lateral de una roca suelta, y muestra una cara poco detallada y un cuerpo grueso, de caderas, pechos y órganos sexuales muy acentuados; en una mano lleva un cuerno de bisonte. (Lámina VI fig. 4.)

Análogos caracteres muestran las figurillas de esteatita de Mentone y la caliza oolítica de Willendorf, que representa también una mujer desnuda, con pechos muy desarrollados y amplios muslos y caderas.

La figura del caballo relinchando, de la caverna de Mas d'Azil (Francia) (lámina VI fig. 2), puede considerarse como una de las obras de arte más prodigiosas, y únicamente es comparable con los caballos del Partenón de Atenas, esculpidos por Fidias. En ésta, como en otras obras de arte, sorprende la fidelidad al original, la acertada interpretación, la destreza y los sorprendentes prejuicios estéticos. Los paleolíticos, en sus obras de arte, no solamente representan los animales como son, sino que los reproducen del modo más artístico mediante esquematización y estilización.

Muchos de los animales grabados en piedras planas, pedazos de hueso, asta o marfil, o sobre propulsores, arpones y otros utensilios, son típicamente cuaternarios, como el mamut, reno (lámina VI, fig. 3), cabra montés, gamuza, saiga, bisonte, etc., lo que contribuye a sostener la autenticidad de este prodigioso arte. Los dibujos de plantas son raros.

En el final del Magdaleniense aparecen decorados un gran número de objetos, bien con figuras naturalistas de animales, o bien estilizaciones y rayas, puntos, círculos, líneas curvas con fines ornamentales, etc., que demuestran un gran desarrollo artístico y un afán de decorar aun los más triviales instrumentos.



Arte rupestre de las cuevas franco-cantábricas. 1.—Bisonte grabado de la cueva de Piedad (Asturias). —Mamut grabado de la cueva de Font-de Gaume (Francia). 3.—Rinoceronte lanudo, pintado, de la cueva de Font-de Gaume (Francia).

16.—*El arte rupestre.*

Uno de los resultados más asombrosos de la investigación prehistórica es, sin duda alguna, probar la existencia, en los lejanos tiempos paleolíticos, de un arte mural de sorprendente valor estético.

Las pinturas y grabados que lo constituyen pueden considerarse como fósiles, pues pertenecen a los lejanos tiempos paleolíticos, y su autenticidad no puede ser negada por nadie, pues existen una serie de pruebas. Por ejemplo, hay cuevas que desde el final de la Edad de la Piedra tallada han permanecido cerradas por desprendimiento de tierras que obstruyeron la entrada, por lo que, hasta los modernos investigadores, no ha podido penetrar ninguna otra persona. En otros lugares cubren las pinturas o grabados estratos intactos con industria paleolítica. El hecho de representar animales propios de aquella época, como el reno, bisonte, rinoceronte, mamut, etc., que se han extinguido o han emigrado a otras regiones, basta por sí solo para probar su antigüedad.

España fué la primera nación en que se descubrieron las manifestaciones pictóricas, y el hallazgo se debió a D. Marcelino S. de Santuola, quien, en 1880, presentó al mundo sabio las pinturas de la cueva de Altamira.

Este descubrimiento llamó poderosamente la atención desde 1880, en que lo dió a conocer; pero no se tomaron en consideración sus manifestaciones, en parte, por creerse que el hombre paleolítico fué mucho más atrasado de lo

que ahora suponemos, y por la falta de un estudio serio. No debe extrañar que los sabios franceses negaran la autenticidad de las pinturas, pues los españoles, salvo contadas excepciones, las consideraron como modernas y, todo lo más, como debidas a pueblos históricos.

Su estudio definitivo se debe a E. Cartailhac y H. Breuil, y se efectuó en 1902, en que se comenzó una nueva era de sensacionales descubrimientos.

La cueva de Altamira se encuentra cerca de Santillana del Mar (Santander), y fué desconocida hasta 1870-72, en que se descubrió casualmente su entrada.

El arte mural consiste en grabados, pinturas sencillas con contorno grabado y otras, para los cuales el artista aprovechó las protuberancias y grietas naturales del terreno. Las de esta clase se encuentran en el techo de la sala grande, próxima a la entrada, y son de tan alto valor estético, que este lugar ha sido llamado por J. Déchelette la Capilla Sixtina del arte cuaternario.

En Altamira hay representaciones de manos pintadas y grabados lineales hechos sobre la arcilla, que representan las capas más antiguas de la evolución del arte rupestre, y que se fechan como del Auriñaciense inferior.

Algo más recientes son los grabados toscos de caballos y las figuras antropomorfas, así como los signos y los dibujos negros, de línea sencilla, de toros, caballos, ciervos, etc.

Otros dibujos negros, pero difuminados, pertenecen al Magdaleniense, como también las figuras de animales de color rojo y tintas planas.

La fase culminante del arte magdaleniense

está representada por prodigiosas figuras de bisontes, ciervos, caballos y jabalíes, en las que se aprovecharon las protuberancias de la roca para producir un mayor efecto; estas figuras tienen los contornos y los ojos grabados, y son policromadas.

Muy importantes son también las cuevas de la Pasiéga y del Castillo, situadas ambas en la provincia de Santander.

Están cerca del pueblo de Puente Viesgo, y han sido descubiertas: la primera, en 1911, por H. Obermaier y P. Wernert, y la segunda, en 1903, por H. Alcalde del Río. En la Pasiéga se encontraron, a más de preciosas ciervas, bisontes, caballos y signos, un salón donde se celebrarían ceremonias religiosas, con un trono de piedra. Entre las pinturas de la cueva del Castillo destacan las figuras de manos, los signos y las figuras de animales, alguna de ellas policromada.

Merecen mencionarse las cuevas de Hornos de la Peña y Santián, ambas de la provincia de Santander; la de Pindal (lámina VII fig. 1), Buxu y San Román de Candamo, en la de Asturias. Algunas pinturas y grabados se han encontrado también en las cuevas de las provincias de Vizcaya y Burgos.

Se continúa esta zona nórdica de cuevas con arte mural por el Sur de Francia. Merecen citarse las de Combarelles y Font de Gaume, Cap Blanc (Dordogne), las de Marsoulas y Gargas (Haute-Garonne), las de Tuc d'Audoubert y Trois Frères (Ariège).

La primera encierra numerosos grabados, entre los que destacan los de oso y de león de las cavernas y las figuras antropomorfas, mientras

que la segunda es notable por las pinturas policromadas de mamut, renos, rinocerontes y bisontes (lámina VII figs. 2 y 3). En Gargas aparecen numerosas siluetas de manos. Grandísimo interés tienen para la ciencia las verdaderas esculturas de Cap Blanc y Tuc d'Audoubert. En la primera se descubrió un friso de figuras de caballos en altorrelieve, y en la segunda, una pareja de bisontes modelados en arcilla.

Alejadas de la zona franco-cantábrica se encuentran, en la provincia de Málaga, varias cuevas, relacionadas evidentemente con el grupo nórdico. La más importante es la cueva de la Pileta, situada en la serranía de Ronda, que contiene una figura de rinoceronte, otra de un pez y varias de toros, caballos y cabras monteses.

Nunca se pudo soñar que se descubriera algún día una serie de representaciones gráficas de la vida del hombre cuaternario. No otra cosa nos dice el arte rupestre de los abrigos del Levante de España, que se caracteriza especialmente por las representaciones humanas. En ellos aparecen hombres y mujeres, aislados o formando composiciones, que nos revelan detalles de su indumentaria, adorno corporal, armas y utensilios, y, sobre todo, nos proporcionan una clara visión de sus cacerías, luchas guerreras y ceremonias religiosas.

Uno de los abrigos más célebres es la roca de Cogul (Lérida), en la que, además de una cacería de un bóvido y figuras de toros, ciervos y cabras, aparecen nueve mujeres alrededor de una figura varonil, siendo posible que represente la investidura de un cazador de cabezas.

Llama la atención la escena guerrera en la

cueva del Val del Charco del Agua Amarga (Teruel), en la que un grupo de guerreros persigue a otros en desenfrenada carrera, así como la preciosa caza del jabalí, de la misma localidad. (Lámina VIII fig. 1). Escenas guerreras y de cacerías forman los importantes frisos del Barranco de Valltorta (Castellón) (lámina VIII figs. 2 y 3; lámina V), los de Tormón (Teruel), las cuevas de Alpera y de Minatera (Albacete). También hay una escena de interés en la cueva de la Araña (Bicorp, Valencia), que representa la recolección de miel silvestre por hombres paleolíticos, que llegan a la colmena descolgándose por cuerdas. (Lámina VIII fig. 4.)

En todas estas localidades, las pinturas están en covachas o abrigos protegidos por saledizos de roca, y sus figuras, siempre de menor tamaño que en la zona cantábrica, están dotadas de un movimiento extraordinario.

En cambio, las pinturas levantinas no nos suministran ningún dato sobre el aspecto físico de aquellos cazadores cuaternarios, pues representan determinados tipos, y nunca individuos.

Ofrece el arte cuaternario, no sólo un gran interés arqueológico, sino también artístico, y puede decirse, sin exageración alguna, que aquellos primitivos cazadores aventajaron en arte mural a las pretéritas civilizaciones de Mesopotamia y Egipto.

Dos palabras sobre la técnica. Para los grabados utilizaron buriles de sílex, y para la pintura emplearon carbones, ocre y óxidos de hierro y manganeso mezclados con grasa animal; esto es, formaron una verdadera pintura al óleo.

LÁMINA VIII



Pinturas rupestres de los abrigos del Levante de España. 1.—Cacería del jabali de la cueva de Val del Charco de Agua Amarga (Teruel). 2 y 3.—Guerreros de los abrigos del Barranco de Vallforta (Castellón). 4.—Recogida de la miel de las cuevas de la Araña (Valencia).

J. P. DE BARRADAS

También utilizaron trozos de ocre puntiagudos, y toscos pinceles para extender la pintura.

No es posible encontrar en pueblos de una civilización análoga un sentido más elevado del arte, tanto en ideas estéticas como en la técnica. Sin embargo, no es viable que efectuaran el *arte por el arte*, toda vez que las cuevas que contienen pinturas paleolíticas son inhabitables y de difícil entrada, estando en lugares apartados y casi inaccesibles. Las manifestaciones artísticas son, como dice el profesor H. Obermaier, "muchas veces, del todo invisibles, y fueron confeccionadas sólo para la vista del autor".

Lo más posible es que las pinturas rupestres representen prácticas de magia. Precederían a la caza y a la guerra los conjuros y la representación de animales o escenas de caza o de guerra, haciéndose estas ceremonias con el fin de que ocurrieran los acontecimientos según los deseos de la tribu.

Al lado de las representaciones de animales y de escenas de caza o de guerra existen signos de dudosa interpretación. Entre ellos aparecen figuras antropomorfas de caracteres bestiales, que, por paralelos etnográficos, se consideran como danzas con máscaras, y siluetas de manos con dedos con articulaciones amputadas, costumbre que existe en América y Australia como rito funerario. Otros signos, llamados tectiformes, han sido interpretados como chozas, tiendas, trampas para animales, palafitos, y, por último, como trampas para espíritus malignos. El autor de esta interpretación, que es el profesor H. Obermaier, se basa en la comparación con jaulas de varillas, con flecos y colgantes, de In-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

sulindia, que sirven para atraer a espíritus malignos que causan enfermedades, o para aprisionar los espíritus de los muertos. El paleolítico, como los primitivos actuales, luchó constantemente con multitud de seres misteriosos, invisibles y poderosos, que creaba su fantasía al buscar explicación de los fenómenos naturales, de las desgracias y de los malos resultados de la caza, pesca y recolección, mediante prácticas religiosas, conjuros, etc.

17.—*Las más antiguas sepulturas.*

Guiados más por el materialismo que por la realidad objetiva, algunos investigadores del pasado siglo consideraban que el hombre paleolítico había carecido de religión y que no había practicado enterramientos. Estas ideas, fuerte y reiteradamente defendidas por el célebre investigador francés Gabriel de Mortillet, son actualmente insostenibles, por una serie de hallazgos que prueban, no sólo las ideas y sentimientos religiosos, aunque naturalmente bajos y primitivos, sino también prácticas funerarias y formas primitivas de culto a los muertos.

Es natural que el patético espectáculo de la muerte impresionara profundamente a los hombres de la Edad de la Piedra tallada, y que su pensamiento primitivo buscara una norma de conducta, concediendo tal atención lo mismo a las mujeres que a los hombres, e igual a los ancianos que a los niños. Por lo que a estos últimos se refiere, constituyen una prueba de cariño familiar las sepulturas infantiles de La Ferrassie

J. P. DE BARRADAS

(Francia), hechas en fosas artificiales, que pertenecen al Musteriense.

Es muy probable que se considerara la muerte como un estado parecido al sueño, y por esta razón se colocaron los cadáveres en posición de descanso. El esqueleto de un joven en la gruta de Le Moustier (Francia) yacía sobre el lado derecho; la mano diestra estaba debajo de la cabeza, que estaba apoyada en un montoncito de fragmentos de pedernal. Análoga era la posición del esqueleto masculino de La Chapelle-aux-Saints, descubierto en 1908 por los abates A. y J. Bouyssonie y L. Bardon. Yacía en una fosa abierta en el suelo, y cerca de él se hallaron instrumentos de piedra, trozos de ocre y huesos de bisonte, restos probables de ofrendas alimenticias.

En el Paleolítico superior siguió en uso el entierro en fosas; pero también se protegieron los pies y la cabeza con losas de piedra verticales, y en ocasiones cubiertas por alguna horizontal.

También se abandonaron los cadáveres en huecos naturales, como ocurre con el esqueleto masculino musteriense de la cueva de La Ferrassie (Francia). Su cabeza estaba protegida por algunas losas de piedra, y es probable que, para librarlo de las fieras, haya estado cubierto por pieles, tejidos o ramaje.

Lo corriente era que se colocara al muerto extendido y en posición de descanso, cerca del fuego del hogar, por cuya razón aparecen algunos huesos chamuscados, y se les colocaran con víveres y las armas y utensilios de piedra, hueso, asta o marfil, que les pertenecían, para que los

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

utilizaran en la vida de ultratumba. Tanto a los hombres como a las mujeres se les enterraba con los adornos más valiosos. Junto con el esqueleto masculino de Brünn (Moravia) aparecieron 600 perlas de *dentalium*, cinco discos de piedra, once discos pequeños de hueso y marfil y un ídolo de la misma materia, y alrededor del cráneo del esqueleto de la Grotte du Cavillon (Menton) había conchas marinas y veintidós dientes de ciervo perforados, que constituirían el adorno de una redecilla. Parte integrante del adorno es la pintura corporal, y, como todo él, de poderoso significado mágico en los pueblos primitivos. Con objeto de que los difuntos queridos no dejaran de pintarse en la otra vida, se colocaba ocre en la sepultura. En los casos en que todos los huesos aparecen coloreados de rojo, es probable que pintaran intensamente con ocre el cadáver, bien para tabuizarlo, o bien como práctica mágica benéfica para la vida de ultratumba.

Llama poderosamente la atención que una serie de esqueletos paleolíticos, como, por ejemplo, los de La Ferrassie, de la Grotte des Enfants, los de Raymondén y de Laugerie-Basse (lámina IX fig. 1), yacían acurrucados, con la pelvis al nivel de los pies, los brazos contra el pecho o rodeando el cuello, y con la cabeza aplicada contra las rodillas. Los cadáveres, para aparecer flexionados de esta manera, debieron haber sido ligados violentamente. Mucho se ha discutido sobre el significado de esta extraña práctica funeraria. Unos autores han creído que se trataba de imitar la posición del feto en el claustro materno, o que la posición en cuclillas era la actitud usual de descanso frente al hogar, y, por último, otros,

valiéndose del estudio de pueblos primitivos actuales, creen que era un medio de evitar que el alma del muerto dañara a los supervivientes. (Lámina IX fig. 2).

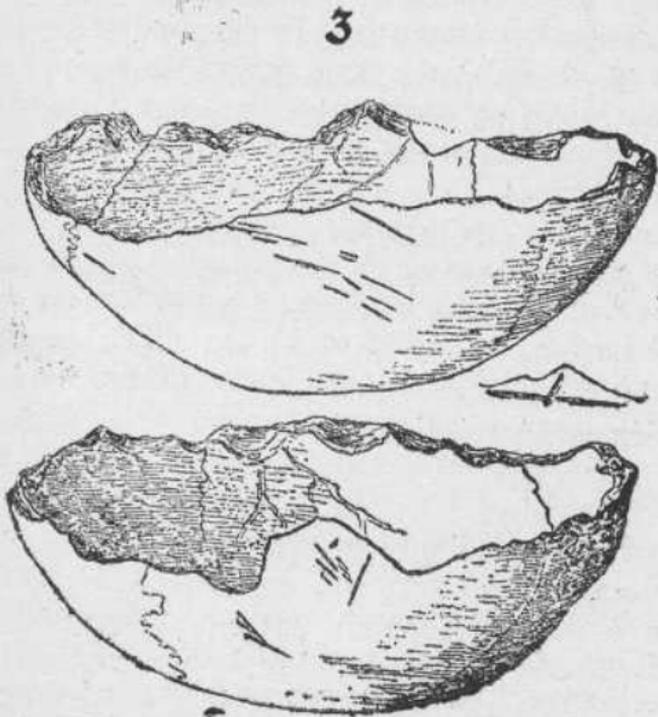
Nuestros más antiguos antepasados, como medida de precaución en aquellos casos en que creyeran que el espíritu del muerto podía hacerles daño, tuvieron el cuidado de atarlo, ponerle pesadas piedras encima y colocarlo boca abajo.

En el Aziliense aparecieron dos nuevos procedimientos funerarios. Uno de ellos es el de la sepultura doble, de Mas d'Azil (Francia), en la que los huesos estaban colocados sin orden. Como presentaban huellas de haber sido raspados y cortados los huesos, suponen los especialistas que el cadáver fué expuesto a la intemperie, y, una vez desaparecida la carne, fueron los huesos limpiados, pintados de rojo y enterrados.

Al lado de estas "sepulturas en dos etapas" hubo otras parciales, como las de Ofnet (Baviera), donde aparecieron dos hoyas rellenas de ocre, conteniendo una 27 cráneos, y otra seis, de los que algunos conservaban las vértebras cervicales y señales de cortaduras. Se trata probablemente de lugares donde se rendía culto a los antepasados, creyéndose que de la veneración de sus cráneos dependía el bienestar de la tribu.

18.—*El culto de los muertos.*

Los repetidos hallazgos aislados de cráneos y de mandíbulas, a partir del Paleolítico inferior, inducen a suponer un lejano y remotísimo culto a los antepasados. Los pueblos primitivos ac-



Sepulturas paleolíticas. 1.—Sepultura magdaleniense, en cuclillas, del abrigo de Laugerie-Basse (Francia). 2.—Sepultura de los indígenas actuales del río Yukon (América). 3.—Copas talladas en cráneos humanos de la cueva de Placard (Francia).

tuales del mismo grado de cultura que los paleolíticos consideran la cabeza como el asiento del alma, y que ésta permanece, después de la muerte, en el cráneo. Son curiosos y dignos de mención algunos de los ejemplos aducidos por el profesor H. Obermaier en apoyo de esta tesis. Entre los *darru* y *falli* (Africa), en Samoa, etc., los cráneos de los antepasados tienen la propiedad de atraer el sol y la lluvia y el deber de cuidar de "que todo marche bien, que la guerra se resuelva a su favor; que la cosecha sea abundante, la caza provechosa, que los niños nazcan sanos y que no mueran los jóvenes". En las islas Andamán, la viuda lleva atado al cuello el cráneo de su marido, hasta que se vuelve a casar.

Son muy conocidos los cráneos momificados de los maorís de Nueva Zelanda, y la costumbre de otros pueblos de modelar sobre el cráneo una cara. En la península de las Gacelas (Nueva Bretaña) había—según dice el profesor Obermaier—la costumbre de aplicar a los huesos de la cara de las calaveras de los antepasados caretas modeladas y pintadas. En las noches de luna eran sacadas en procesión, en fiestas y danzas religiosas, para heredar de este modo la fuerza, el valor y el poder de los viejos caudillos famosos.

También están relacionadas con el culto de los muertos una serie de figuras antropomorfas del arte muebiliar paleolítico. P. Wernet ha considerado como representaciones de antepasados una varilla de asta de reno decorada con espirales y con una cara esquemática en un extremo, descubierta por E. Piette en la cueva de Lourdes (Francia); un colgante de Saint-Mareel, y los cantos pintados azilienses. El primero lo compara con

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

los "talismanes Korwar" de los papúas de Nueva Guinea, o sea varillas de madera con una cara de gran tamaño. También poseen estatuas destinadas a guardar un cráneo. Tanto unas como otras, están destinadas a servir de domicilio al espíritu del muerto, que vaga errante por los alrededores de su aldea mientras se construye el "korwar". La ceremonia de alojar en éste al espíritu es llevada a cabo por un hechicero; el difunto y su familia quedan en comunicación constante, y "se le pide consentimiento y consejo en ocasión de enfermedades, peligros, viajes y otras importantes empresas". Para contentar al espíritu "se adorna al "korwar" con trapos de color y se le ofrece tabaco". Si en la conferencia no ocurre nada de particular, "es señal de asentimiento del espíritu; lo contrario sucede si el suplicante empieza a temblar; en este caso, tiene que desistir de sus proyectos". Los difuntos procuran viaje feliz, viento favorable; en fin, todo lo que les está supeditado. En ocasiones, cuando los "korwar" desatienden las peticiones, los papúas se enfadan con ellos, los golpean e incluso se deshacen de ellos.

Es también muy notable el parecido de los cantos pintados azilienses con los churingas australianos, pues tanto unos como otros llevan representaciones humanas muy estilizadas y signos zoo o fitomórficos. Estos se relacionan con el totemismo, y aquéllos con el culto a los antepasados, pero ambas manifestaciones religiosas están íntimamente ligadas.

Los australianos actuales creen que los espíritus de los antepasados, desde las peñas o árboles, penetran en el cuerpo de las mujeres que pasan, de donde salen en forma de recién nacidos. Por

esta razón, la mujer indica, al sentirse embarazada, el lugar donde cree que penetró en ella el espíritu, para buscar en él la piedra o madera que constituyó su primitivo domicilio. Hallada una u otra, se transforma en churinga, se pinta o se graba encima el signo totémico, y se encierra en un lugar secreto, sagrado e inviolable, llamado "ertnatulunga", donde se guardan los churingas de todo el clan y de los antepasados. La violación de este tesoro es considerada como causa de innumerables daños para sus dueños. A esta creencia australiana corresponden, sin duda alguna, los cantos azilienses hallados intencionadamente rotos en la cueva de Birseck (Suiza), y en los que se ha visto la acción de gente enemiga para despojar a los dueños de aquel "ertnatulunga epipaleolítico" de la benéfica influencia de sus antepasados.

19.—*La casa de cabezas y la antropofagia en el Paleolítico*

De la creencia de que los espíritus de los muertos que habitan los cráneos son bienhechores de la tribu se deriva la caza de cabezas, muy extendida entre los pueblos primitivos. Los dajaks de Borneo, para acrecentar su personalidad y prestigio, deben dar muerte alevosa a enemigos, viajeros extraviados, mujeres o niños, y traer la cabeza como trofeo a la aldea. Allí le dedican honores, le hablan con cariño y le ofrecen buenos bocados para que el muerto se encariñe con la nueva tribu y olvide a sus amigos. En la isla de Timor, para reconciliarse con el muerto, la tribu en-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

tera le dice: "No te enfades porque tu cabeza está entre nosotros; si hubiésemos tenido menos suerte, probablemente nuestras cabezas estarían ahora en tu pueblo. Además, te hemos hecho toda clase de ofrendas para agradarte".

Muy instructiva es la siguiente descripción de Riedel, de la entrada en su aldea de un cazador de cabezas, al regreso de una expedición victoriosa: "Las mujeres y las niñas salen en fila de sus casas para saludar al vencedor con cantos en los que glorifican su nombre, el de su madre y el de los demás antepasados. Mientras esto sucede, los hombres, a patadas, se echan de un modo brutal los unos a los otros la cabeza del desdichado, hasta que queda reducida a una masa informe y ensangrentada, que se lleva al pilori (lugar donde se colocan los cráneos capturados). Hecho esto, se unge al cazador de cabezas con un aceite oloroso, y los ancianos de la negorie (poblado) fijan a sus piernas la jarreta de piel de cabra blanca". Si bien es probable que algunos cráneos aislados paleolíticos sean los representantes de una antiquísima caza de cabezas, es lo cierto que el arte mural capsiense y el moviliar magdaleniense nos presentan cazadores con el adorno en la rodilla, en forma de liga, como el de los cazadores malayos de cabezas. Es más: I. del Pan y P. Wernert ven en la famosa pintura de la danza de Cogul semejanzas a la escena descrita de Timor, pues hay nueve mujeres rodeando a un hombre desnudo, con ligas.

También hablan en favor de esta interpretación las copas hechas de bóvedas craneanas de niveles magdalenienses de las cuevas de Placard (lámina IX, fig. 3), Laugerie Basse (Francia) y Castillo (España). Entre los pueblos primitivos están

en uso, tanto para honrar y venerar a un antepasado, como por venganza y desprecio del enemigo.

El problema de la antropofagia en el Paleolítico no parece resuelto todavía, aunque hablan en favor de su existencia los restos humanos de Krapina (Yugoeslavia), que aparecieron rotos, quemados y mezclados con otros de animales.

Es muy posible que el canibalismo entre los paleolíticos obedeciera, como ocurre hoy entre los pueblos primitivos del mismo grado de cultura, más que a razones puramente económicas, a ideas mágicas o manísticas. Según aquéllas, al comer un hombre la carne de otro, adquiere su valor, su fuerza, su astucia y, en general, sus buenas cualidades. Sociedades secretas del Lago Victoria dan muerte violenta a las víctimas, y comen ciertas partes: los hombres, para adquirir fuerza y poder transformarse en animales feroces, y las mujeres, para convertirse en hechiceras.

Por el contrario, las tribus que practican la antropofagia como forma de culto a los muertos, no se comen a los enemigos, sino a los parientes cuando fallecen de muerte natural o en la guerra. Entre ciertas tribus australianas es frecuente esta práctica, que constituye parte de sus ceremonias funerarias. Un hechicero dirige, entre los turbal, el descuartizamiento y comida del guerrero que muere en la guerra. Con la grasa se frotan el cuerpo los asistentes, los cuales justifican su acción diciendo que comen al muerto porque le conocieron y le amaban, y para que su carne no se pudra. Los tagara, que llevan consigo a todas partes los restos del muerto, comen la carne desecada cuando se sienten tristes. Por último, en otras tribus, también australianas, la madre se come

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

a los hijos, y los hijos a la madre, y los parientes ingieren la grasa del difunto para permanecer siempre unidos a él y para no estar tristes en lo futuro.

20.—*La religión paleolítica.*

En páginas anteriores hemos presentado una serie de deducciones basadas en las analogías de ciertos hallazgos con prácticas religiosas de los hombres primitivos actuales. Pero no creemos oportuno cerrar el tema de la religión paleolítica sin echar una ojeada de conjunto, precedida de algunas observaciones.

No se nos escapa que todo cuanto hemos aducido tiene carácter hipotético, puesto que las analogías y las reflexiones basadas sobre ellas, de los pueblos primitivos actuales con los de la Edad de la Piedra tallada, que son las únicas fuentes de que disponemos, no son suficientes, pues mientras nuestros más antiguos antepasados pertenecían a las primeras etapas de la Humanidad y estaban libres de influencias, los salvajes actuales tienen un pasado desconocido que, en unión de influencias culturales externas, han influido en su vida espiritual y sentir religioso. Sin embargo, el estudio paleoetnológico comparativo es la única manera de obtener algún fruto, dada la unidad psicológica del pensamiento humano. Tanto los hombres primitivos actuales como los del pasado, poseen una manera de pensar irreflexiva, como nuestros niños. La diferente lógica lleva consigo las más extrañas y pintorescas ideas, que sólo se ex-

plican cuando se conocen las formas del pensamiento y su desarrollo.

Lo que primero debemos tener en cuenta es que la inteligencia en los hombres primitivos no es uniforme e igual, sino que hay hombres ingeniosos y de capacidad no común, a los que se deben los progresos materiales y espirituales. También anotaremos que el pensamiento reflexivo es una conquista tardía. El primitivo proyecta sobre el mundo sus conceptos sobre la vida, y considera animado todo por fuerzas espirituales. En la piedra que cae, en el arbusto que crece o en el insecto que revolotea, ve espíritus como el suyo. Fuerza y materia constituyen una unidad, como también el cuerpo y el alma. Débil ante el mundo circundante, y no sintiendo más que débilmente su personalidad y su superioridad espiritual sobre los animales, se originó la idea del parentesco con ellos y el considerarlos como antecesores. Fueron conquistas importantes el conocimiento de la distancia que separa al hombre del animal, y más tarde el del dualismo del alma y del cuerpo. A la concepción de un mundo todo animado por espíritus corresponde el *animismo*, con todas sus derivaciones de culto a los muertos, etc., y al parentesco con los animales, el *totemismo*.

La *magia* tiene su razón de ser en el concepto de la causa y efecto, diferente por completo del nuestro. La fantasía intensa y la falta de conocimiento del alcance de su poder era suficiente para creer que con sólo su deseo podía provocar la realización del mismo. La semejanza, la simultaneidad o el contacto podían originar la transferencia de propiedades. De magia hemos visto una serie de derivaciones: las pinturas rupestres trazadas

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

en la roca para provocar la realización de aquello que se representa, la antropofagia para adquirir las propiedades psíquicas o corporales de los muertos, etc.

Estas formas, tan absurdas, constituyen, según todos los indicios, las primeras tentativas hacia formas religiosas más perfectas, y al investigador prehistórico no le corresponde otra cosa que el señalar la lucha por la adquisición de los valores más elevados. (Véase tomo número 31 de estos manuales.)

21.—*La transición del Cuaternario a los tiempos geológicos actuales y las culturas epipaleolíticas.*

El clima de Europa del último período glacial se fué suavizando en los postreros tiempos paleolíticos. Los hielos se retiraron paulatinamente a las altas regiones montañosas y hacia el Norte, y comenzó a reinar un clima que, por momentos, iba siendo más templado. Los bosques mesofíticos fueron ganando terreno, y la fauna boreal acorralaba a la nórdica y alpina hacia las comarcas septentrionales y montañosas. Por último, el hombre fué lentamente poblando los países libres de hielos, al mismo tiempo que se iniciaban grandes cambios en su cultura. Mientras que una parte de las civilizaciones están relacionadas con el Neolítico, y se estudiarán en el capítulo siguiente, otras, las epipaleolíticas, representan las sucesoras directas de la Edad de la Piedra tallada.

Así ocurre con el Capsiense final, el Tardenoiense, el Aziliense y el Maglemosiense nórdico.

El primero es la última derivación del Capsiense mediterráneo. La industria lítica está formada

J. P. DE BARRADAS

por tipos geométricos diminutos romboidales, trapezoidales y triangulares. En él ha tenido sus raíces el Tardenoisiense francés, que en ocasiones se mezcla con el Aziliense. La industria es también microlítica, pero faltan en absoluto restos de cerámica y piedras pulimentadas. Es interesante que el Aziliense haya tenido su origen en el noroeste de la Península Ibérica, como derrivado del Magdaleniense. Como resabios de éste llama la atención de manera especial el arpón ancho y plano, de asta de ciervo, bastante tosco y con un orificio en la base. La industria de piedra es degenerada y de pequeño tamaño, consistiendo en hojitas, buriles, diminutos raspadores (lámina IV, fig. 6) y microlitos triangulares o semilunares, pero nunca trapezoidales.

Al Azilio-Tardenoisiense corresponde el norte de Europa, el Maglemosiense, cuyo nombre deriva de Maglemose. La población vivía probablemente en balsas en medio del lago. La industria de piedra era de pequeño tamaño, y entre la de hueso existían cinceles, agujas, anzuelos, arpones, leznas, etc.

La manera de vivir de todas estas civilizaciones corresponde, a grandes líneas, a la descrita para el Paleolítico en general. Merece mencionarse la aparición del perro domesticado. Respecto a las sepulturas y culto a los antepasados, que encajan perfectamente en el pensamiento del hombre de la Edad de la Piedra tallada, véase la página 66 y, por lo que se refiere a la Península Ibérica, el párrafo siguiente.

22.—El Paleolítico en la Península Ibérica.

La posición de la Península Ibérica como puente tendido entre dos continentes fué propicia para la vida del hombre fósil. Esta afirmación, lejos de tener carácter teórico, se ve confirmada por el hallazgo de innumerables yacimientos arqueológicos y de frecuentes pinturas rupestres, bien en cuevas y cavernas, bien al aire libre.

Comenzaremos por indicar la ausencia, hasta la fecha, de industria prechelense, pues la dada como tal por el marqués de Cerralbo es un Chelense superior, si no un Acheulense inferior: la tosquedad de las piezas se debe a la mala calidad del material, y no responde a una tipología primitiva. Tampoco la fauna está bien determinada, pues se trata de *Elephas antiquus*, *Rhinoceros sp.*, *Equus caballus*, *Bos* y *Cervus*, y no de *Elephas meridionalis*, *Rhinoceros etruscus*, *Equus stenorhis*.

Yacimientos chelenses aparecen en toda la Península, excepción hecha de la región cantábrica, donde existen tantas estaciones paleolíticas y a pesar de ser una región bien explorada. Tampoco se ha encontrado Chelense en Galicia, pues el yacimiento de Camposancos (Pontevedra) es un concherro asturiense. (Véase cap. II). Dignos de mención, además del ya citado de Torralba, son los yacimientos de los alrededores de Madrid, los del valle del Guadiana, el de Puente Mocho (Jaén), los de la Laguna de la Janda y alrededores de Algeciras, y los de Portugal.

En todos estos lugares se trata de yacimientos de superficie, las hachas y utensilios chelenses

J. P. DE BARRADAS

aparecen mezclados con otros ejemplares del Acheulense o del Musteriense. La mezcla ha tenido lugar por haber estado habitado el terreno sucesivas veces. En Madrid aparecen niveles acheulenses claramente determinados. También en otros lugares, como en la vertiente de la montaña de la cueva del Castillo (Santander), San Felices de Buelna, Panes (Asturias) y Ambrona (Soria), aparecen las hachas acheulenses sin mezcla alguna con otras industrias. Lo mismo ocurre en la cueva del Castillo y en el abrigo de la Cerrada de la Solana (Soria). En los aluviones del Tormes, en los alrededores de Salamanca, junto con las cuarcitas acheulenses aparecen otras musterieneses. Como ya hemos dicho anteriormente, el Prechelense, el Chelense, el Acheulense y parte del Musteriense pertenecen a una misma cultura venida de Africa, que se extendió por la Península Ibérica e Italia, hasta Francia e Inglaterra, y evolucionó *in situ*.

Testigo de una nueva invasión africana, pero correspondiente a pueblos con cultura muy adelantada, es el Precapsiense madrileño, que se intercala entre dos fases acheulenses.

En el Musteriense, la Península Ibérica fué poblada por tres pueblos diferentes, que nos han dejado tres industrias distintas. En las cuevas del Castillo (Santander), del Conde y Morín (Asturias) se hallan niveles del Musteriense de tradición acheulense, esto es, de pueblos indígenas que siguen tallando la piedra, sobre todo hachas de mano y grandes lascas, con arreglo a los antiguos métodos. Esta facies está muy bien representada en Madrid, donde se puede seguir todo su desarrollo. El verdadero Musteriense, esto es,

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

el Musteriense de tipos pequeños, procedentes de Europa Central, se encuentra en Bobadilla (Málaga), alrededores de Iznalloz, Piñar y Morera (Granada), la Puerta y Aldéaquemada (Jaén), Peñalsordo y San Serván (Badajoz), Alía (Cáceres), Madrid, etc. La tercera facies, o sea el Musteriense ibero-mauritánico, sólo se ha encontrado en Madrid. Hasta la fecha, los restos humanos del Paleolítico inferior aparecidos en la Península Ibérica son muy escasos y han aparecido en lugares tan distantes como Bañolas (Gerona) y Gibraltar. En aquella localidad halló P. Alsius, en 1887, una mandíbula inferior con caracteres neandertaloides, que fué estudiada en 1915 por el profesor H. Obermaier. También al *Homo neandertalensis* pertenecen un cráneo de un adulto, descubierto en 1848 por el teniente Flint, encontrado en Forbes Quarry (Gibraltar), y otro de un niño de cuatro o seis años, aparecido en las excavaciones realizadas en 1926 en Devil's Tower, bajo la dirección de miss D. A. E. Garrod.

El estudio del Paleolítico superior de la Península Ibérica confirma una vez más el que ha recibido tanto las civilizaciones nórdicas como las africanas. Una de éstas fué el Auriñaciense o Capsiense inferior, que más tarde perduró, especialmente en el sur y este de España. Yacimientos abundantes no se han excavado en estas regiones; pero, sobre todo en las provincias de Almería y Murcia, se conocen numerosos lugares en que aparecen industrias microlíticas, esto es, de sílex diminutos y de formas geométricas. Restos humanos fósiles no han aparecido en la Península Ibérica. Por el contrario, en todo

el territorio de la cultura capsiese hay una serie de abrigos con pinturas rupestres, que constituyen la provincia levantina. En oposición a las de la provincia franco-cantábrica, están situadas en oquedades poco profundas, y a la luz del día, y gracias a los profundos estudios de H. Breuil y H. Obermaier, ha quedado establecido definitivamente su sincronismo con el arte realista del Norte. La localidad más septentrional es la roca de Cogul (Lérida), célebre por sus nueve mujeres con faldas que rodean a un hombre desnudo; la del Charco del Agua Amarga (Teruel), con la cacería del jabalí (lámina VIII, fig. 1); la del Prado de Tormón (Teruel), con unos bellísimos ciervos y toros y la caza del gamo; la del Prado de Navazo (Teruel), con espléndidos toros policromados; la de Morella la Vella (Castellón), con una lucha de arqueros; los del Barranco de Valltorta (Castellón), con hermosas cacerías de ciervos (lámina V) y numerosas figuras humanas (lámina VIII, figs. 2 y 3); los abrigos de la Arana (Valencia), con una escena que representa la recolección de la miel (lámina VIII, fig. 4), y las cuevas de la Vieja y de Minateda (Albacete), de extraordinario interés científico. Por el estudio de las superposiciones, se ha podido establecer que este arte iniciado en el Auriñaciense llega hasta el Epipaleolítico.

Mientras tanto, en el norte de España se sucedieron culturas de origen septentrional, que aparecen en numerosas cuevas formando niveles superpuestos que alternan con capas estériles. La localidad de mayor importancia es el ves-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

tibulo de la Cueva del Castillo, donde había los estratos siguientes :

- a) Escombros modernos.
 - b) Capa estalagmítica.
 - c) Eneolítico.
 - d) Aziliense.
 - e) Capa estalagmítica.
 - f) Magdaleniense superior.
 - g) Capa casi estéril.
 - h) Magdaleniense antiguo.
 - i) Capa casi estéril.
 - j) Solutrense inferior.
 - k) Capa casi estéril.
 - l) Auriñaciense superior.
 - m) Capa casi estéril.
 - n) Auriñaciense superior.
 - o) Capa casi estéril.
 - p) Auriñaciense superior.
 - q) Capa casi estéril .
 - r) Auriñaciense medio.
 - s) Capa estalagmítica.
 - t) Musteriense superior de tradición acheulense.
 - u) Capa de arcilla casi estéril .
 - v) Musteriense superior.
 - x) Capa estalagmítica.
 - y) Acheulense inferior.
 - z) Arcilla con hogares e industria atípica.
- Piso natural de la cueva.

Una primera invasión septentrional francesa fué la del Auriñaciense medio, que sólo se encuentra en las cuevas cantábricas del Castillo, Morín, Hornos de la Peña, Arnero y del Conde. Más

adelante tuvo lugar la del Solutrense, venida de Europa Central. Tal civilización penetró por Cantabria y Cataluña. Allí aparecen huellas de su etapa inferior (puntas, hojas de laurel de doble punta y alargadas) en las cuevas del Castillo, Hornos de la Peña, Cueto de la Mina, etc., y se desarrolló *in situ*, puesto que aparece un tipo netamente cantábrico, la punta de muesca con base disimétrica, en abundancia, en Cueto de la Mina, Balmori y otras localidades. También el Solutrense penetró por Cataluña, donde también ocurrió el mismo fenómeno, pues en la Cau de les Coges (San Julián de Ramis, Gerona) se encuentra un tipo regional de punta pedunculada, que aparece también en el nivel solutrense de la cueva de Parpalló (Valencia).

Posteriormente, y siguiendo el mismo camino, entró en Cantabria y Cataluña el Magdalenense, de origen francés, ocupando por una parte las provincias vascas (cuevas de Aitzbitarte, Guipúzcoa, y de Santimamiñe, Vizcaya), Santander (cuevas del Valle, Castillo y Altamira), Asturias (cueva de Cueto de la Mina y de la Paloma) y Burgos (cuevas de Oña), y por otra la de Gerona (cueva de Serinyá) y quizás la de Barcelona (abrich Romaní). Como modalidades regionales, citaremos los arpones con agujero lateral en la base.

Los restos humanos del Paleolítico superior cantábrico se reducen al cráneo, muy defectuoso, de Camargo, a la mandíbula inferior de niño y un molar de adulto de la cueva del Castillo. Ambos hallazgos son auriñacienses, y magdalenenses el molar de la Cueva de Cobalejos, otro de la Cueva Morín y algunos fragmentos de la cueva de Serinyá y del abrich Romaní.

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

Además de los yacimientos arqueológicos, tan ricos y tan instructivos, son de fama internacional las cuevas con arte rupestre de Altamira (Santander), por sus famosas pinturas policromadas, la del Castillo, la de la Pasiega y la del Buxu. (Véanse págs. 58 a 60 y lámina VII, fig. 1).

Durante el Epipaleolítico, la Península Ibérica estaba poblada en la región cantábrica por pueblos descendientes de los magdalenienses, que desarrollaron la civilización aziliense, que desde España se extendió después por Europa. Los niveles azilienses se encuentran constituyendo las últimas capas de los yacimientos de las cuevas del Valle, Rascaño, Morín y Castillo (Santander), y Balmori, Riera y Paloma (Asturias).

De grandísimo interés para el conocimiento de la civilización del resto de la Península son los concheros de Mugen, situados en la desembocadura del Tajo (Portugal), donde, junto con conchas de moluscos marinos y otros restos de comida, se hallaron utensilios sencillos de hueso y numerosos sílex microlíticos que representan la etapa final del Capsiense. En la base había también sepulturas. Los esqueletos, que eran principalmente de mujeres y de niños, son dolicocefalos; y según A. Mendes-Correa, pertenecen al grupo primitivo de las razas ecuatoriales africanas.

A pesar de este rápido resumen, creemos haber llevado al ánimo del lector que en España son abundantísimos los vestigios de la más remota antigüedad, pues todo lo descubierto es poco en relación con lo que debe yacer oculto esperando la piqueta del excavador y del estudioso. Y si no fuera argumento contundente la necesidad ineludi-

J. P. DE BARRADAS

ble de salvar los más venerables archivos de la Humanidad para llevar a cabo la investigación intensa de los yacimientos paleolíticos, puede serlo el interés que despiertan en el mundo científico internacional los trabajos realizados en España.

CAPITULO SEGUNDO

LA EDAD DE LA PIEDRA PULIMENTADA

(5.000-2.000 años antes de J. C.)

1.—*Los Círculos culturales neolíticos europeos.*

La Edad de la Piedra pulimentada, que comprende desde el quinto hasta el segundo milenario pre-cristiano, fué el período en el que se llevaron a cabo los más importantes inventos. El progreso conquistado en relación al Paleolítico fué considerable y constituyó a su vez la base para el de las épocas siguientes.

También se inicia en el Neolítico la diversidad de culturas, en oposición a la uniformidad de los tiempos anteriores. Según A. Schuchhardt, pueden distinguirse tres grandes círculos culturales en Europa.

El círculo occidental, emparentado en parte con el del Norte de Africa, se extendió por la Península Ibérica, Francia, Gran Bretaña e Italia y hasta la costa asiática, según A. Schuchhardt, aunque esta opinión no sea muy probable. Pueden todavía señalarse muchas formas culturales más localizadas, puesto que en la Península Ibérica hay la cultura de Almería, procedente del norte de

Africa, que tuvo su foco en el extremo SE. de España, desde donde irradió por Andalucía o por la costa levantina; la cultura central o de las cuevas, que ocupó las mesetas castellanas y el centro de Andalucía y Norte de España, y la cultura portuguesa, caracterizada por los monumentos megalíticos. (Véase § 21.)

Un círculo cultural muy importante es el nórdico, que ocupaba el Sur de la Península escandinava, Dinamarca y el Norte de Alemania, extendiéndose pronto por el Oeste, por Holanda y por el Este, hasta el Vístula.

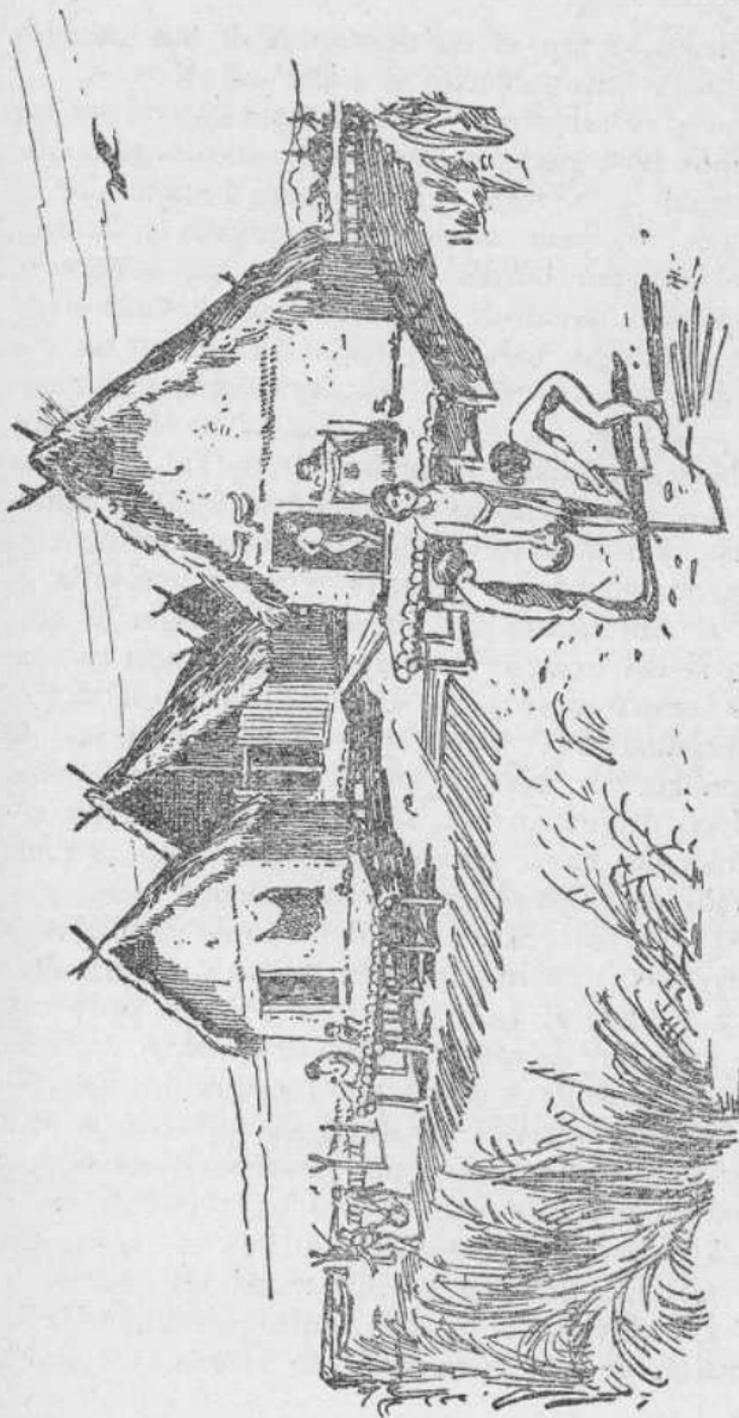
La tercera cultura fué la del Danubio, nacida en la cuenca superior de este río, y que muy pronto se extendió por Bohemia, zonas vecinas de Alemania y Austria y después por los Balcanes y Sur de Rusia, para pasar por el Cáucaso en dirección a la India.

Pudiera citarse todavía la cultura de Turingia, que ocupó el centro de Alemania, llegando sus influencias hasta las inmediaciones del Rin, Bohemia y Austria.

Poco es lo que se puede decir de los pueblos que vivían por entonces en Europa, pero parece muy probable que tanto el Norte como el Centro estuviesen poblados por indogermanos, que entonces iniciaron su migración hacia Oriente.

2.—*Las culturas neolíticas orientales y el comienzo de los tiempos históricos.*

Ya hemos aludido antes a las relaciones de la cultura almeriense con la del Norte de Africa; pero, a su vez, ésta nos plantea un interesante



Reconstrucción de un palafito de R. edschachen, cerca de Schussenried, según R. R. Schmidt.

problema, o sea el conocimiento de los pueblos neolíticos que poblaban el valle del Nilo.

Todo el territorio norte-africano tuvo en los tiempos post-glaciares un clima más húmedo que el actual, y la zona ocupada actualmente por el Sáhara era una zona fértil, regada por ríos y poblada por búfalos, toros, ibis, etc. Ahora se comprende que toda la parte septentrional africana estuviese habitada, como acreditan las rocas con arte rupestre y los numerosos yacimientos neolíticos. Se trata de una evolución de los pueblos capsioses, y las formas de los sílex trabajados son idénticas a las de la cultura almeriense. En la zona mediterránea sus influencias llegaron además a Cerdeña y acaso a Sicilia, y por el Sur, hasta las cuencas del Níger y quizá a la del Congo. De mayor importancia es que estén emparentadas con esta cultura las del Egipto predinástico, Nubia y probablemente las de Somalilandia; pero mientras estos países, como el foco originario del Sahara, permanecieron estacionarios hasta épocas históricas bien tardías, el valle del Nilo progresó rápidamente.

Allí se han excavado abundantes poblados y necrópolis, que indican una población agrícola y ganadera. Los utensilios son de pedernal, que extraían de minas (Wadi-el-Cheikh), y están primorosamente tallados y retocados. En sus fases más antiguas la cerámica es roja con bordes negros, y en ocasiones con pinturas o incisiones. Después aparecen vasos ovoides y cilíndricos y otros de color claro con pinturas en rojo. En los últimos tiempos predinásticos se conoció y trabajó el cobre y el oro, quizá producto de la invasión de los adoradores de Horus. De todas

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

maneras, el comienzo de la época histórica puede fecharse, según E. Meyer, alrededor del 3300 antes de J. C., con el advenimiento de la primera dinastía y la dominación del país por Nerner.

En Asia Menor hubo también, con anterioridad al establecimiento de los pueblos semitas o canaanitas, otros neolíticos con hachas de piedra pulimentada, utensilios de sílex y tosca cerámica, que vivían generalmente en cuevas. Los comienzos de la cultura canaanita, más adelantada que la anterior y que conoce muy pronto los metales, pertenecen también a la Prehistoria, pero sus etapas más modernas pueden fecharse por los hallazgos de objetos egipcios o por las relaciones con otros centros culturales históricos.

Análogamente a lo que sucede en Egipto, en Mesopotamia, Elam y zonas vecinas, una cultura neolítica es la antecesora de la correspondiente a las primeras históricas. En la acrópolis de Susa aparecieron en la base estratos eneolíticos con una interesantísima cerámica hecha a torno y con pinturas de motivos geométricos o figuras esquematizadas de animales y de hombres. Después ha aparecido esta cerámica en otros yacimientos del Elam, en la base de las ciudades sumerias de Mesopotamia, en el Irán, Beluchistán y Transcaucasia, percibiéndose sus influencias hasta en Asia Menor y el Sur de Turquestán. Esta cultura es anterior a los comienzos de la historia segura mesopotámica, que se colocan, según los orientalistas, por el año 3700 antes de J. C. (Messilin, rey de Awan), si bien se supone que hacia el iv milenario estaba en uso la escritura, aunque pictográfica. De todas maneras, era ya fonética, y sus signos los predecesos-

res del sistema cuneiforme usado después, en la época de Ur-Nina de Lagasch (3100 años antes de J. C.) y Kig-bau de Kisch (2967 años antes de J. C.).

3.—Cronología.

El lector se habrá sorprendido al ver encabezado este capítulo con dos fechas: la del v milenario precristiano, que señala el comienzo del Neolítico, y la del II, que marca sus fases finales de tránsito a la Edad del Bronce, y lógicamente deseará conocer cómo se ha logrado saber tales límites cronológicos.

No es necesario advertir que tales cifras tienen un valor aproximado y que se pueden aplicar en líneas generales a toda Europa, por más que sepamos que en algunas regiones ha habido retardos o adelantos.

La fecha inicial ha sido obtenida por los estudios realizados en el Norte de Europa. Aquí la desaparición definitiva de los hielos cuaternarios coincidió con el Maglemosiense, y tuvo lugar en el v milenario precristiano. Después hubo un clima más templado que el actual, el llamado clima óptimo o período de Litorina. A sus primeros tiempos corresponden los antiguos concheros (kjoekkenmoedings), que son sincrónicos con el Campiñense francés y con el Asturiense cantábrico, o sea que estas etapas proto-neolíticas pueden incluirse entre 5000-4000 años antes de J. C. Por tanto, el verdadero Neolítico comenzó en Europa con el IV milenario precristiano, en el que la nueva cultura adoptó formas todavía poco conocidas. Entre los 3000-2500 años

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

antes de J. C. debe colocarse su apogeo, tanto por lo que se refiere a la construcción de los dólmenes como por la cerámica e industria de piedra. Todavía hay mayores adelantos en la segunda mitad del III milenario, que corresponde, por usarse el cobre, al Eneolítico, o sea una fase de transición entre las Edades de la Piedra pulimentada y la del Bronce. Como dice O. Montelius, no hay que considerar, en general, la Edad del Cobre como período independiente entre el Neolítico y la Edad del Bronce, sino como la última etapa de la Edad de Piedra, pues no sólo el metal fué batido a martillo, esto es, empleando el mismo método de trabajo que para la piedra, y su uso no logró reemplazar a la industria lítica, sino que no hubo grandes cambios en la cultura, que es, en realidad, la sucesora y el producto de la evolución de la neolítica. No ofrece discusión, y ya lo justificaremos más adelante, que pueden fecharse los comienzos de la Edad del Bronce en el II milenario precristiano. (Véase cap. III.)

4.—*El pulimento de la piedra.*

El pulimento de la piedra, que constituyó un considerable adelanto industrial, es típico para el Neolítico.

Las materias primas empleadas fueron el sílex en el Norte de Europa, la diorita, la arenisca, el granito, el pórfido, la serpentina, la fibrolita, etc., o sean las rocas duras de la localidad, y también la nefrita, jadeita y cloromelanita, o sea rocas raras objeto de comercio. (Véase § 6.)

Los guijarros de estas materias fueron desbastados primeramente con percutores y después frotados con arena o pulidores ("polissoirs"). Estos son de dos clases: pequeños y portátiles o grandes y fijos. Por lo general, son de arenisca y llevan ranuras en V o en U y cubetas más o menos anchas y poco profundas. En aquéllas se frotaban los filos de los instrumentos y en éstas la superficie.

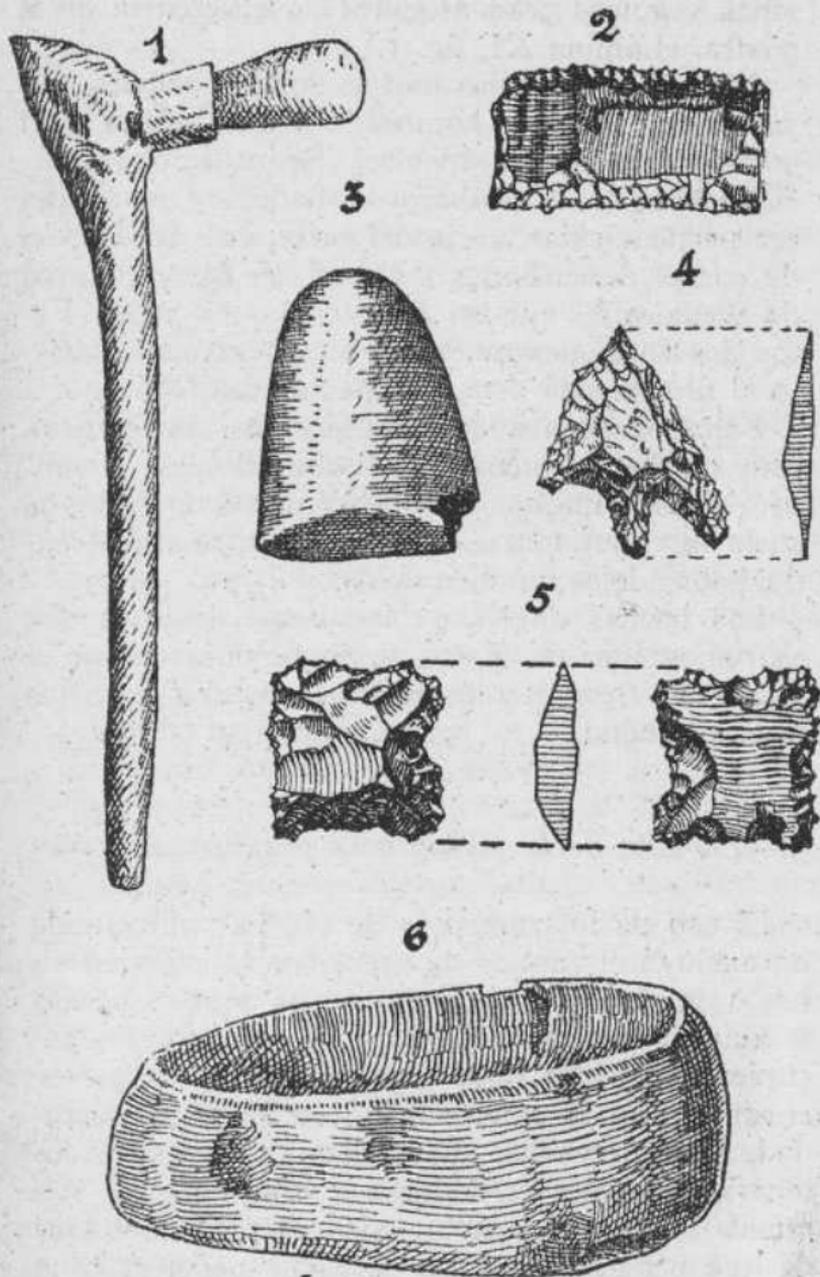
Se conocen talleres para la confección de esta industria, cerca o lejos de yacimientos de la primera materia. En ellos aparecen bloques y fragmentos de todas clases, pulimentados o no, y utensilios terminados.

Su perforación se llevó a cabo con una varilla de madera o con un hueso hueco, arena y un derroche de paciencia y constancia.

El tamaño de las hachas pulimentadas varía entre 2 y 50 centímetros, pero su tamaño ordinario es de 10-15 centímetros. Sus formas son muy variables: triangulares, rectangulares o cilíndricas, planas o gruesas, con filo recto o semicircular, con base rectangular o puntiaguda. (Lámina XI, fig. 3.) También hay tipos regionales, como las hachas en forma de bote del Norte de Europa.

Estas hachas eran a la vez utensilios y armas y fueron dotadas de mangos de cuerno de ciervo o de madera de fresno o roble. En unos casos el hacha está colocada directamente en una muesca del mango, o éste es perforado. En otros, se colocó el hacha en una especie de vaina de cuerno de ciervo, que se incluyó en la muesca del mango, penetró a éste o se dejó entrar por él. En todos los casos se emplearon probablemente re-

LÁMINA XI



Industria de piedra del Neolítico. 1.—Hacha de piedra emangada. 2.—Diente de hoz de sílex. 3.—Hacha pulimentada. 4.—Punta de flecha de sílex. 5.—Raspador de sílex. 6.—Molino de granito. (Salvo el número 1, todos proceden de yacimientos madrileños).

J. P. DE BARRADAS

sinas y gomas para asegurar la adherencia de la piedra. (Lámina XI, fig. 1.)

Más planas que las hachas son las azuelas, cuyas caras son una bombeada y otra plana y el corte es de forma de bisel. Se utilizaron especialmente para el trabajo de madera y su mango era perpendicular al eje del corte. Las gubias son de cortas dimensiones y llevan un filo en forma de mediacaña, que en los cinceles es recto. Estos dos formones muestran en el extremo opuesto al filo señales de los golpes de martillo.

Falta ocuparnos de los utensilios con orificio, esto es, de los martillos, hachas dobles y rompecabezas o mazas. En los primeros un extremo suele ser puntiagudo o en bisel y otro redondeado, habiéndolos también dobles.

Las hachas dobles o bipennes tienen los dos extremos iguales. Estos tipos perduraron en la Edad del Bronce y fueron los modelos para los tipos de metal.

5.—*La talla de la piedra y la primitiva cantería.*

El uso de instrumentos de piedra pulimentada no excluyó el empleo de utensilios tallados en sílex o en otras rocas. Para lograr aquél, que era la materia más empleada, por ser escasos los yacimientos al aire libre y porque el sílex que se encuentra en la superficie no se talla con facilidad, hubo necesidad en muchas ocasiones de obtenerlo mediante verdaderas labores mineras. Algunas de éstas tienen un pozo vertical de entrada que penetra hasta las capas de pedernal, que se explotaban por galerías horizontales. Para es-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

tas excavaciones se usaban picos de asta de ciervo.

En las proximidades de las minas y de los yacimientos al aire libre de sílex se establecieron los talleres, que se conocen hoy día por hallarse grandes cantidades de núcleos y de lascas de desbastamiento. El hombre, dándose cuenta de que la división del trabajo era precisa para obtener una producción rápida, económica e intensa, tallaba en muchas ocasiones en un lugar un solo tipo: raspadores, hachas, cuchillos, etc.

Los utensilios de piedra tallada más frecuentes en el Neolítico son los cuchillos tallados sobre hojas de tamaño variable, los raspadores macizos y toscos (lámina XI, fig. 5), los perforadores y las sierras. Son interesantes los dientes de hoces de pedernal, o sea trozos rectangulares que muestran una serie de dientes en un borde. (Lám. XI, figura 2.) Muchos de ellos se enmangaron en madera, como han aparecido en los palafitos y en Susa. Tampoco son raros los picos, los hendedores y las hachas, que especialmente en Escandinavia se tallaron cuidadosamente.

Piezas cuidadosamente talladas son las puntas de flecha y de lanza, los puñales y las alabardas. En las primeras, el trabajo es delicado y los retoques son finísimos, habiendo que distinguir varios grupos. Uno, que posee aletas laterales y un pedúnculo central, es característico de la cultura almeriense (lámina XI, fig. 4), y otro, con aletas finas separadas por una muesca basal, lo es de la cultura portuguesa. Estas puntas serían enmangadas en vástagos de madera y sujetas por ligamentos y resinas. Hay también puntas en forma de hojas de laurel, que se interpretan como

puntas de venablos o de lanzas. Los puñales y las alabardas están muy retocados en ambas caras. Los primeros tienen con frecuencia dos muescas para sujeción a un puño de madera.

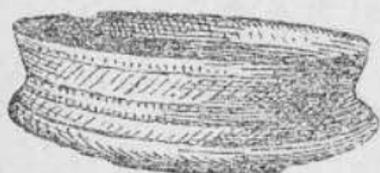
Trabajo muy importante en el Neolítico es la extracción de grandes bloques de piedra para la construcción de los dólmenes. Según A. Schuchhardt, los primitivos canteros no usaron la técnica de introducir en las grietas de la roca cuñas de madera que, hinchadas por agua, hacían saltar la piedra, sino que emplearon el fuego. Lo probable, según dicho autor, es que rodearan la piedra en la parte que deseaban obtenerla por un anillo de madera, que quemaban, para hendirla después de un solo golpe. Este mismo procedimiento fué el que utilizaron las tropas de Aníbal para saltar las rocas que les estorbaban en su paso de los Alpes. Llama también la atención el cuidado extraordinario con que los primitivos canteros tallaron los grandes bloques de los monumentos megalíticos.

6.—*El cobre.*

Una de las adquisiciones más valiosas que realizó el hombre neolítico fué, sin duda alguna, la del cobre. Este metal aparece en estado nativo en la Naturaleza, y se le puede trabajar a martillo, esto es, empleando la misma técnica que para el laboreo de la piedra.

Posteriormente se descubrió su obtención de minerales, y, sobre todo, su fundición, para lo cual se utilizaron moldes de piedra o de arcilla de una o dos piezas, en los que aparece el negativo (esto es, el hueco) de los utensilios que se obtenían con ellos.

1



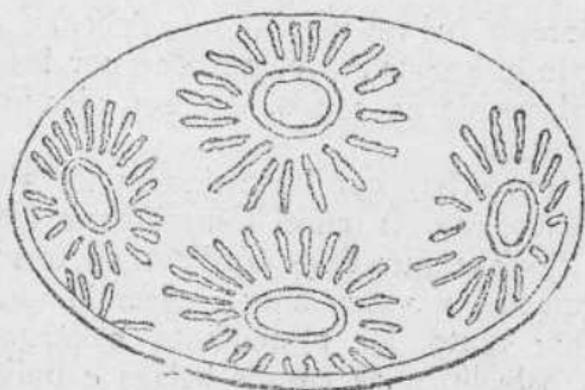
2



3



4



Cerámica neolítica. 1 y 2.—Cazuela y cuenco de panza esférica de Ciempozuelos (Madrid). 3.—Vaso campaniforme de Vallecas (Madrid). 4.—Vaso de Los Miliares (Almería).

Los más importantes fueron las hachas, que en las épocas más antiguas son de forma plana y trapezoidal, como las de piedra. Después aparecen las de filo semicircular, las azuelas y las hachas dobles.

También hay puñales sencillos, por lo general cortos y sin lengüeta, que se unían al mango de madera por clavos. Esto no quita para que los haya con un pedúnculo corto, y con lengüeta larga y estrecha y terminada en gancho, como ocurre en el Mediterráneo oriental (Chipre). También se fundieron alabardas, imitando los tipos líticos de la Península Ibérica.

De armas defensivas se conoce una coraza de cobre de Miskolcz (Hungria), formada por diez y siete trozos metálicos de 22-24 centímetros de longitud, que irían atados a una armadura de cuero o de tejidos.

Todavía hay que mencionar anzuelos, anillos, alfileres, agujas, imperdibles, adornos para pecho y cuello, espirales, etc.

7.—*La cerámica.*

La alfarería fué un invento que debemos a las mujeres, lo que podemos comprobar por las huellas dactilares de los vasos, que son siempre de dedos pequeños.

Los orígenes hay que buscarlos en los albores del Neolítico, esto es, en el Campiñiense francés y en los kjoekkenmoedings nórdicos, en forma de tazas pequeñas y vasos altos, habiendo que rechazar, por tanto, los pretendidos hallazgos de cerámica paleolítica de cuevas belgas e italianas.

Este invento derivó probablemente del uso de

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

vasijas de trenzado vegetal cubierto de arcilla. Puestas cerca del fuego, la mujer pudo ver cómo se endureció esta materia al quemarse las fibras vegetales, y de este hecho se originó la idea de dar forma al barro y de endurecerlo con el fuego del hogar. Los vasos neolíticos fueron confeccionados a mano, y el torno no se conoció en la Península Ibérica hasta el siglo v antes de J. C.

Nos ocuparemos brevemente de las formas y características más generales. Para la confección de la cerámica neolítica se utilizaron barros muy arenosos por lo general, y de paredes gruesas, y se emplearon barros finos, poco arenosos, lo que permitía un menor espesor y una mayor resistencia. Se ve también al lado de vasos bien trabajados, seguramente por obreros diestros, otros toscos, propios de la industria local o familiar. El añadir arena a la pasta tuvo por fin darle mayor consistencia, y su estudio tiene gran interés para saber si los vasos proceden de talleres locales o si han sido exportados. Que la adición de arena fué premeditada nos lo prueba el hecho observado por Müller en Saint-Loup (Isère, Francia) de que los granos no son de arena de río, sino de rocas machacadas.

Tampoco se empleó el horno, por lo que la cocción fué imperfecta y la pasta quedó poco tenaz, porosa y de color rojo por fuera y gris por dentro. Las formas de los vasos son en principio sencillas y nacieron espontáneamente en varios sitios. Después, en el transcurso de los tiempos, se crearon una serie de focos cerámicos, cada uno de ellos con formas y decoración típica. Aparecen así grandes recipientes u ollas con base puntiaguda, esférica o en parte plana, escudillas,

platos, tazas, cuencos, botellas, jarras, etc. Además, aparecen un sin fin de decoraciones que pueden consistir en incisiones, rellenas o no de pasta blanda, en el alisamiento de superficie, en el estampillado, en los ornamentos en relieve, en la pintura en frío o en caliente y en el esmalte.

Respondiendo a sus fines, los vasos neolíticos llevan asas, que varían en su número y en su colocación. Las sustituyen, a lo mejor, protuberancias en forma de pezones, o en sectores de círculo ondulados (Palestina). También se presentan vasos con mamelones (en algunos casos acañonados) y perforados, por los cuales, y con ayuda de cuerdas, se suspendían sobre el fuego del hogar.

Como los vasos de fondo redondeado no son estables, se emplearon soportes, que por una parte fueron de sustancias vegetales o de cuero, y por otra de tierra cocida y rara vez de piedra. Merecen citarse como ejemplos los encontrados en el dolmen de la Garde (Charente, Francia) y en el Cerro de las Canteras de Vélez-Blanco (Almería).

Queda, por último, el mencionar unos vasos llenos por completo de agujeros, que se interpretan como encellas, o sea moldes para quesos o requesones. Pueden mencionarse también como tipos los del Camp de Chassey (Saone-et-Loire, Francia) y Sabinar (Soria).

8.—*El vestido.*

La tendencia del hombre de crearse un medio ambiente artificial mediante el vestido y la vivienda que le preserve de las inclemencias del tiem-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

po, se acusa de una manera manifiesta en el período neolítico, aunque es posible que ello se deba más bien a la mayor cantidad de materiales que conocemos.

Las fuentes de que disponemos para este tema consisten, según A. Gotze, en restos de vestidos más o menos completos, lo que solamente tiene lugar en excepcionales circunstancias favorables; en partes de la indumentaria, como botones, broches de cinturón, agujas, etc.; en reproducciones artísticas, como pinturas rupestres, ídolos, esculturas, decoraciones de vasos, etc., y en la literatura clásica para la prehistoria más reciente. Dada la fácil destructibilidad de los tejidos, no es extraño que no se hayan conservado vestidos del Neolítico de Europa nórdica y central, puesto que los trozos de tela de los palafitos son solamente fragmentos pequeños.

Por esta razón, tenemos que recurrir al estudio de la plástica, que nos suministrará datos indirectos. Según Girke, las figuras humanas de barro cocido de Jablanica (Yugoeslavia) llevan una cinta en el pecho y otra en la cadera, y las de Cucuneti, además, otra en el talle. Estas cintas parecen que sujetan anchos delantales. Una de Laidach está vestida con un traje de fiesta muy adornado.

Las figuras de arcilla cocida del hipogeo de Hal-Saffieni, de Malta, descubiertas por T. Zammit, T. E. Peet y R. N. Bradley, que representan mujeres gruesas acostadas, llevan una falda ancha que les llega hasta las rodillas. En un ejemplar, sus extremos están laciniados, siendo probable, por otros detalles, que llevaran algunos adornos.

De la Península Ibérica podemos contar con tres clases de elementos: con las pinturas rupestres esquemáticas, con los ídolos y con los hallazgos de la cueva de los Murciélagos (Granada).

Los dos grupos primeramente citados son poco utilizables si nos atenemos a su falta de realismo, pues el artista, al proponerse representar, más bien que figuras humanas vivientes, antepasados, seres fantásticos, ídolos, etc., no detalló lo suficiente la indumentaria. Se trataba evidentemente, no de reproducir el mundo real, sino ideas de índole religiosa. (Véase § 19.) También los vestidos, en caso de estar representados, no serían los de uso diario, sino los rituales. En las pinturas esquemáticas de las rocas de Andalucía y Extremadura aparecen al lado de representaciones de animales, soles y signos diversos, figuras humanas, sin la menor indicación positiva de vestidos, cosa, por otra parte, comprensible dado el clima templado de España.

Tampoco el estudio de los ídolos arroja luz suficiente para nuestra investigación por las razones citadas, y porque aunque se interpretaran como adornos o aditamentos de trajes las decoraciones de los ídolos (placas de pizarra de Portugal), siempre cabría la duda de si eran los ceremoniales o los usados en la vida corriente. En donde mejor puede apreciarse la vestimenta de estos ídolos es en el conocido de Peña Tú (Asturias).

Los datos más valiosos para la materia que tratamos son los que nos suministra D. Manuel de Góngora y Martínez sobre la cueva de los Murciélagos, situada en el barranco de la Angostura (Granada). Allí, en 1859, al iniciar unos trabajos mineros, se encontraron primeramente "tres es-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

queletos, uno de los cuales ceñía ruda diadema de oro puro"; algo después, "tres esqueletos, puesto el cráneo de uno de ellos entre dos peñones, y al lado un gorro de esparto"; y al fondo, "doce cadáveres colocados en semicírculo alrededor de un esqueleto de mujer, admirablemente conservado, vestido con túnica de piel, abierta por el costado izquierdo y sujeta por medio de correas enlazadas, mostrando collar de esparto, de cuyos anillos pendían sendas caracolas de mar, exceptuando el anillo del centro, que ostentaba un colmillo de jabalí labrado en un extremo". "El esqueleto de la diadema vestía corta túnica de tela finísima de esparto; asimismo los otros, aunque más toscas, sendos gorros de la propia materia, cuáles doblados su cono, cuáles de forma semi-esférica, y el calzado también de esparto, alguno primorosamente labrado." En otro punto de la cueva "encontraron los exploradores sobre cincuenta cadáveres, todos con sus calzados y trajes de esparto. Cerca de sí tenían algunos un cesto tejido de la misma materia. La conservación inmejorable de estos objetos se debió a la gran cantidad de nitro que revestía las paredes de la cueva y a la mayor sequedad.

9.—*El tejido y el trenzado.*

Ordinariamente se considera como inventos femeninos y como industrias llevadas a cabo por la mujer las artes del tejido y del trenzado.

Algo sabemos del uso de vestidos en el Neolítico, y que se disponía de plantas textiles y de lana; procederemos ahora a ocuparnos del es-

tudio de la técnica textil, sobre la cual se sabe muy poco.

El lino necesita, antes de ser convertido en hilo, el ser espadillado y cardado. El hilado se haría en husos de madera y el tejido se haría en telares de la misma materia. Las fusavolas (pesas de telar) de arcilla cocida o piedra son muy frecuentes en palafitos y viviendas. En las habitaciones lacustres de Suiza, y gracias a las circunstancias especiales de los hallazgos, se han encontrado cerros o manojos de lino cardados y limpios, hilos, cuerdas, redes de pesca, franjas, labores de pasamanería y tejidos. Las armaduras de éstos son sencillas: la de tafetán y la cruzada.

Tampoco podemos ser muy explícitos por lo que se refiere a las labores del trenzado, pues sólo se han encontrado algunos restos de nasas de junco o de mimbre en las estaciones palafíticas de Suiza, y varias bolsas de esparto en la cueva de los Murciélagos (Granada). Estas últimas tenían tapaderas y cuerdas de suspensión.

10.—*El adorno corporal.*

El adorno del cuerpo estaba muy desarrollado en el Neolítico, continuando el uso de las conchas de moluscos, huesos y dientes perforados, trozos de roca, etc. Como nuevos adornos mencionaremos los collares formados por cuentas pulimentadas de caliza, esteatita, serpentina, ámbar y rocas raras, como una roca verde llamada callais. Se usaron pulseras formadas por la unión de dos colmillos de jabalí o de conchas grandes de moluscos o de piedra pulimentada.

Además, aquellos antepasados nuestros se pintaban el cuerpo, a juzgar por los numerosos hallazgos de ocre en viviendas y sepulturas y por los adornos de las figurillas humanas de los Balcanes y Egipto. El tatuaje estaba seguramente en uso, y a él se atribuyen ciertas rayas paralelas de los ídolos antropomorfos de Portugal.

II.—*El comercio.*

El hombre del Paleolítico satisfacía por sí mismo todas sus necesidades. Por el contrario, a partir del Neolítico, inclusive, se marca cada vez más la especialización del trabajo y el intercambio de los productos.

Mucho se discute si las conchas marinas encontradas en los yacimientos del interior de los continentes y utilizadas para el adorno corporal del hombre fósil llegaron hasta allí mediante comercio; pero lo más probable es que procedan de cambios, de regalos, de robos o de migraciones. También pueden explicarse suponiendo que los hombres paleolíticos efectuaban correrías comerciales como los deri de la Australia de nuestros días. En esta tribu se realizan expediciones, formadas por setenta u ochenta individuos, a países situados a 500 kilómetros, sólo para adquirir ocre con que pintar sus cuerpos.

Para el arqueólogo es siempre muy difícil el estudio del comercio prehistórico y solamente puede hablarse de él, no por el simple conocimiento de los objetos extraños a los centros culturales, sino por el estudio completo de todo el mecanismo del cambio. A los artículos importados correspondían otros exportados, pero en muchos

casos esto no se puede comprobar, pues pudieron consistir en víveres, animales domésticos, esclavos o simplemente metales.

En los principios del Neolítico, en los que la tierra se cultivaría con el azadón (véase § 14), por llevarse a cabo una división del trabajo por sexos y por ser los oficios complementarios, habría ya comercio entre los habitantes de una misma región (véase pág. 92, en la que tratamos de los talleres). Más adelante el comercio tuvo mayor alcance con las migraciones de pueblos, pues los hombres, acostumbrados a una serie de cosas, al alejarse de su patria mantuvieron relaciones para procurárselas mediante cambio con otras nuevas materias.

De cómo se llevaba a cabo el comercio por entonces, podemos decir muy poco. Sin embargo, es muy posible que se efectuara el comercio silencioso que practican hoy día los pueblos primitivos. Estos, como por ejemplo los wedda, colocan en sitios acostumbrados los objetos que desean cambiar y se retiran; los compradores los examinan y colocan al lado lo que ofrecen en cambio, y se ocultan igualmente. Si al vendedor le agrada el cambio, se lleva su parte en señal de conformidad.

La aparición del comerciante de oficio no tuvo lugar probablemente hasta la Edad del Bronce.

12.—*Las materias objeto de comercio.*

La dificultad que existió en el Neolítico para encontrar sílex de buena calidad originó un activo comercio con piezas de esta materia. Los talleres de las islas de Rügen y Schonen suministraron hachas, cinceles y puñales de formas característi-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

cas a todo el círculo nórdico, que fué abastecido también por objetos de sílex de Galitzia y del círculo del Danubio. También en Turingia hubo centros de fabricación y de comercio con objetos de pedernal, y el hacha de facetas, característica del círculo de cerámica de cuerda, se extendió por Alemania del centro y del Norte. También grandes territorios del Oeste de Europa se abastecieron del sílex francés de Grand Pressigny, o del belga de Spiennes.

Aunque por hallazgos *in situ* de jadeita, nefrita y cloromelenita, o sea de rocas raras utilizadas para hachas de lujo por su vistoso pulimento, hay que rechazar la vieja hipótesis de que procedan de Oriente, sin embargo, hay que pensar en que fueron objeto de comercio, aunque dentro de un radio más reducido.

No es posible tampoco que se hiciera comercio con cerámica por la fragilidad de la mercancía, ni que los casos en que han aparecido vasos fuera de su patria originaria se deban a migraciones. Lo más probable no es la migración de sus poseedores, sino del tipo que fué adaptándose sucesivamente en distintos lugares. Lo que llama poderosamente la atención es que las materias para el adorno, como ámbar, azabache, callais y marfil hayan sido objeto de comercio más activo, y de mayor radio, quizá, que las materias de verdadera importancia económica.

Ya muy pronto empezaron a explotarse los yacimientos de ámbar del Norte de Europa, tanto los de la costa Oeste de Jutlandia, como los de la costa prusiana y del golfo de Dantzig del mar Báltico. Perlas de collar y otros objetos de ámbar se

han encontrado en toda Europa, e incluso en la Península Ibérica.

El azabache se exportó de Inglaterra hasta Suiza y España (Almería), y el callais, mineral parecido a la turquesa, que se encuentra en yacimientos franceses, portugueses y españoles, debe proceder de los yacimientos de Francia.

Si bien en todo Europa no hay, o son de dudosa antigüedad, objetos de marfil, han aparecido en varias estaciones eneolíticas españolas algunas pocas piezas de esta materia que proceden del comercio con la vecina costa africana.

13.—*Los caminos de comercio y los medios de transporte.*

No creemos necesario llamar la atención en que los primitivos caminos de comercio habrán consistido sencillamente en vías naturales de comunicación, como los ríos, en cuyas orillas floreció siempre la cultura.

Si bien se puede suponer que el comerciante viajó por tierra en los valles abiertos, también hemos de anotar que utilizaron embarcaciones de dos clases: piraguas y balsas. Las primeras consistirían en medios troncos de árboles vaciados con ayuda del fuego. Entre los ejemplares que se conocen los hay con los dos extremos rectos o redondeados. El más notable es el hallado en Saint-Aubin-en-Charollais (Francia), que mide 6 metros de eslora y 75 centímetros de manga; tiene la proa en espolón y la quilla redondeada.

También es muy probable que utilizaran balsas, probablemente parecidas a las más antiguas de Egipto, donde estaban formadas de haces de pa-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

piros fuertemente atados. Como estas embarcaciones, a pesar de ser ligeras y de tener una gran capacidad, necesitaban ser sacadas del agua con frecuencia, pues la embebían y se hacían pesadas, se construyeron más adelante de madera de acacia y de sicomoro, o sea de los únicos árboles que crecían en el valle del Nilo. No deja de ser curioso que estos barcos se pintaran imitando los haces de papiros.

Los caminos terrestres se desarrollarían en las zonas libres de bosques y serían simples pistas determinadas por la Naturaleza. Es probable que por ellos haya transitado el comerciante llevando la mercancía sobre sus hombros o sobre esclavos o sobre animales de carga. La unión de comerciantes formando caravanas sólo tuvo lugar en los primeros tiempos de la Edad del Bronce. Aunque entonces fué cuando se empleó con toda seguridad el carro, hay indicios de que fué utilizado en el Neolítico. En las pinturas esquemáticas de Extremadura aparecen representados los carros por rectángulos vistos por arriba, con dos o cuatro ruedas laterales de cuatro radios. Antes de este vehículo se habrán empleado los trineos de forma parecida a los rastrones actuales de Asturias y León.

Ahora bien; no puede hablarse de la existencia de carros en tiempos anteriores a la domesticación del toro, que sería el animal que con mayor frecuencia se habrá uncido al yugo.

14.—*La agricultura.*

Los modernos estudios de los actuales pueblos primitivos, que arrojan siempre una luz insospe-

chada sobre los estudios prehistóricos, aclaran extraordinariamente el problema del origen de la agricultura.

Entre los pueblos cazadores se marca una división de trabajo. El hombre vive dedicado a la caza, y su alimentación es en su casi totalidad carnívora. Las mujeres, a las que corresponden pequeñas porciones de carne, se dedican especialmente a la recolección de raíces, frutos y, en general, de plantas alimenticias. De este antagonismo económico se originó que los más primitivos cultivos fueran obra de las mujeres. En un principio limpiarían éstas de malas hierbas los lugares en que crecían naturalmente las plantas que apetecían, y después, conocida la siembra, bien por semilla, bien por tubérculos o estacas, trasladarían los campos cultivados a las cercanías de las viviendas. Esta primera fase agrícola se llama del azadón, por ser el utensilio empleado, y es anterior al uso del arado. Se trata, más bien que de grandes campos cultivados, de huertas o jardines en los que se siembran varias clases de plantas y que se recogen según las necesidades diarias.

Más adelante, al emplearse el buey y el arado, el hombre sustituyó a la mujer en las labores agrícolas y se cultivaron los cereales, que se extendieron muy pronto por Europa. Las huellas de sus granos aparecen, por ejemplo, en muchas vasijas neolíticas del Museo de Copenhague, las que probablemente se hicieron con barro de campos cultivados. Los más antiguos cereales fueron el trigo, la cebada y el mijo, y de la Edad del Bronce el centeno y la avena.

De necesidad para la agricultura en gran escala fueron los riegos y el conocimiento del calen-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

dario. Los primeros estuvieron muy desarrollados, tanto en Egipto como en Mesopotamia, donde quizás la agricultura tuvo su origen, pues además de ser conocida en las más remota antigüedad, había en estado silvestre los principales cereales cultivados. El conocimiento de un calendario de 360 días, necesario para prever las inundaciones de los ríos y para saber las fechas en que debían hacerse las siembras o las recolecciones, tuvo lugar en fecha muy remota en los círculos culturales de Oriente. Para Egipto, puede que la más antigua fecha conocida sea el año 4241 antes de J. C., en que se celebró el solsticio de la estrella de Sirio.

El arado tuvo en un principio una punta de piedra o era simplemente de madera. Después fué de bronce.

La recolección se hizo con hoces de madera que llevaban inclinadas hojas de pedernal con dientes (véase pág. 95), y los granos no serían trillados, sino simplemente pisoteados por el ganado.

Para la obtención de la harina se utilizaron molinos de piedra, que constan de una losa grande y fija con una superficie plana o convexa sobre la que se movía otra piedra pequeña. (Lámina XI, figura 6.) Con la harina se hizo pan, sin levadura, tostándolo un poco al horno. Trozos de este pan se han encontrado en palafitos suizos.

15.—*La ganadería.*

Paralelamente a la agricultura progresó la cría de animales domésticos. Su origen no obedeció a motivos puramente económicos, sino a razones religiosas, como por ejemplo, a la de tener

cautivos animales totémicos o reservados para sacrificios. También contribuyó el espíritu de incesante curiosidad del primitivo que conserva vivos cerca de su vivienda una serie de animales pequeños. Por último, la vanagloria de poseer muchas cabezas de ganado, sin idea utilitaria alguna, es sentimiento que muy posiblemente influiría en la ganadería primitiva. Como ejemplo puede citarse el de los bantus, que a pesar de poseer grandes manadas de toros, casi nunca comen carne, ni juega la leche un papel esencial en la alimentación.

El animal que más pronto entró en relaciones con el hombre fué el perro. Los primeros restos del perro domesticado pertenecen al Aziliense, debiendo recharzarse la suposición de una antigüedad más remota, pues los cánidos de las pinturas de Alpera representan chacales, y el estar situados cerca de las figuras humanas es accidental. Además, el perro, en los primeros tiempos de su domesticación, estuvo en relación más bien con la mujer y con el fuego del campamento, que, según W. Wundt, seguía deliberadamente, que con el cazador. Los australianos y los bosquimanes consideran al perro, en la caza, más que como ayuda, como impedimento. También los restos de los concheros nórdicos parecen indicar que su carne fué comida por el hombre.

El predominio creciente de la ganadería se aprecia fácilmente al estudiar los restos de la alimentación del hombre neolítico, pues en los tiempos antiguos predominan los animales salvajes sobre los domésticos, invirtiéndose esta proporción al acercarnos a la Edad del Bronce.

Los hombres de los palafitos suizos tenían razas de pequeña alzada de toros, cerdos, ovejas y

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

peros. Como en el resto de Europa, procedían de la domesticación de las mismas especies que vivían en el país en estado salvaje.

Hacia el Este tuvo una gran importancia el caballo. En el yacimiento de Cernavoda (Dobrukscha) los huesos de este animal recogidos, eran tan abundantes como el doble de los de otros animales. Las invasiones indogermanas propagaron su uso en Asia como animal de silla, a partir de los comienzos del segundo milenario precristiano.

En Asia se domesticaron en época antigua perros, cabras, ovejas, cerdos y toros, y más tarde las razas de caballos de constitución ligera.

En el valle del Nilo se domesticaron también los galgos, que derivan del chacal, y otras razas de perros, una forma de oveja, el asno y el gato. Este animal fué primeramente animal sagrado dedicado a la diosa Bast; después, entre los griegos y romanos, animal de lujo, y tan sólo en tiempos cristianos se le encomendó la lucha contra los ratones.

16.—*La vivienda.*

Aunque en la época que nos ocupa los hombres siguieron habitando las cuevas naturales, es un hecho que entonces comenzaron a construir cabañas al aire libre y en ocasiones verdaderas casas. De esta manera podían establecerse en las proximidades de sus campos cultivados o de los terrenos donde tenían sus ganados.

Otro hecho muy digno de notar es que, mientras en Europa meridional y occidental la casa más antigua era de planta redonda, en Europa central y nórdica apareció la casa de planta rectangular, lo que constituye una diferencia impor-

J. P. DE BARRADAS

tante que acentúa el marcado dualismo de ambos territorios. La explicación de esta diversidad de viviendas se debe a que mientras la cultura del Sur tenía sus raíces en la paleolítica, en el Norte, como país nuevo, apenas desembarazado de los hielos pleistocenos se desarrolló la cultura por especiales circunstancias, sobre nuevas bases.

Que la cabaña redonda sea la más antigua, y que existiera ya en el Paleolítico, es muy posible, así como que en un principio fuera de juncos y materias vegetales. Para hacerla más confortable se excavaba una parte en el suelo y se cubría la parte externa con arcilla húmeda. De esta manera son los fondos de cabañas que encontramos en muchas regiones españolas, esto es, una excavación redonda u oval y poco profunda rellena por restos de la cocina, como cenizas, carbón y huesos de animales; de utensilios domésticos, sílex trabajados, hachas de piedra pulimentada, molinos de mano, etc., y trozos de arcilla con huellas de vegetales que formaron parte del revestimiento exterior.

Estas cabañas redondas se hicieron también de piedra y se cubrieron con capas de piedra, que avanzaban progresivamente hasta tocarse, o sea con una falsa bóveda, procedimiento que se usó también en los dólmenes andaluces.

No deja de ser interesante que la construcción de planta circular haya tenido un arraigo extraordinario en la zona mediterránea y occidental y que haya perdurado hasta la Edad Media, pues en las catedrales de Perigueux y Angulême los ábsides están cubiertos con falsas bóvedas. En nuestros días, todavía las cabañas campesinas de juncos

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

tienen con frecuencia planta circular, como las de la Edad de la Piedra pulimentada.

De esta forma simple se desarrolló una compuesta por dos, tres, cinco o siete cabañas agrupadas en forma de herradura, alrededor de un patio abierto donde estaba el fogón. A esta forma corresponden las construcciones de las islas de Malta, Gozzo y Pantelaria.

La oposición de esta forma con la casa del norte de Europa es extraordinaria, tanto a causa del clima como por haber sido construídas de madera, mediante postes hincados en el suelo y con techo de dos aguas, por lo general, como se deduce de las urnas ecomorfás (en forma de casa), que son interesantes modelos de su aspecto general. Merecen especial mención las viviendas de Grossgartach, de planta rectangular y en parte excavadas en el suelo. Presentan dos habitaciones: una el dormitorio y otra la cocina. Algunas estaban pintada al fresco, con un color amarillo y meandros blancos. Una forma interesante es la casa de planta rectangular con antesala, que fué la originaria del megarón griego, pues las migraciones de los pueblos indogermanos la llevaron al Egeo.

No podemos dejar de ocuparnos de forma de construcción tan interesante como los palafitos, o sea de las viviendas construídas sobre pilotes en los lagos de Suiza y de las regiones vecinas. Dichas aldeas lacustres estaban construídas sobre pilotes de madera hincados en el suelo, asombrando verdaderamente cómo con la sola ayuda del fuego y de los instrumentos de piedra pudieron cortar los árboles, preparar los pilotes y aguzar la parte puntiaguda que había de hincarse en el suelo. Sobre ellos se extendía una plataforma de tablas

J. P. DE BARRADAS

que sustentaba las viviendas, que estaban construídas de madera y cubiertas por ramaje o paja. (Lámina X.)

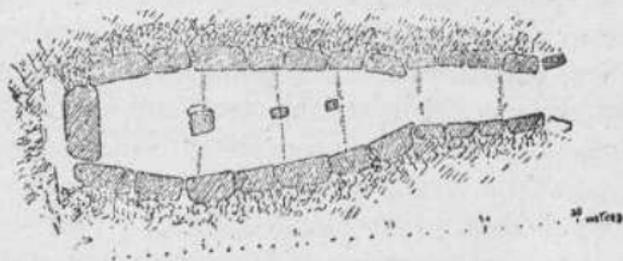
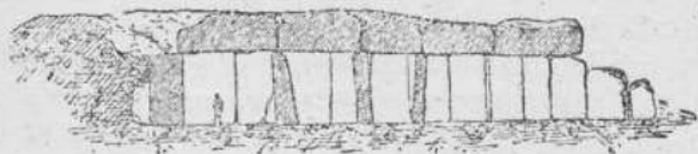
Los palafitos comunicaban con las orillas por puentes, a veces de grandes dimensiones, balsas y barcos construídos con troncos huecos de árboles.

17.—*Las fortificaciones*

La concentración de gente originada por el nacimiento de una vida ciudadana creó el nacimiento de aldeas y de rudimentarias ciudades, que estuvieron defendidos con fortificaciones. Un bonito ejemplo es el poblado de Los Millares (Almería), que está situado entre el río Andarax y un arroyo tributario sobre una colina escarpada que le proporciona una defensa natural por dos lados. En el tercero se ha construído una muralla o parapeto, de 275 metros de larga y de un metro de altura, formada en alguna porción por las paredes de las casas.

En su parte media hay una puerta cerrada por una losa y franquea un pequeño barranco merced a un pequeño puente. Fuera de las murallas había una fuente, de la que partía una conducción de aguas que atravesaba los valles por acueductos de piedra y tierra y que terminaba en una cisterna.

Como la ciudad está dominada por pequeñas colinas, hay sobre ellas pequeños fuertes encargados de la protección de aquélla. El principal estaba rodeado de una trinchera y un foso, y está formado por varios contrafuertes o torres unidos a un recinto groseramente circular. Las entradas están formadas de dobles puertas protegidas por los torreones.



1.—Distribución de los dólmenes en España. 2.—Alzada y plano de la «Cueva» de Menga (Antequera, Málaga).

La porción formada por el poblado ocupa dos hectáreas, y dentro de él se encuentra la necrópolis, que es altamente interesante por sus singulares hallazgos.

Como se ve, la organización ciudadana ya estaba entonces desarrollada y dió origen a poblados de cierta importancia, desde donde se regiría la comarca, y en la cual se comerciaría con los productos agrícolas y pecuarios, con objetos de sílex, adornos, esclavos, y más tarde a ella acudirían comerciantes extranjeros, con el fin de apoderarse de las riquezas metalúrgicas del país.

Como en este caso, se conocen muchos poblados neolíticos españoles situados en cerros inaccesibles, en los que se ha reforzado la defensa por muros de piedra. Estas fortificaciones de planta circular tuvieron su origen en la Península Ibérica, según A. Schuchhardt, y se extendieron por el Mediterráneo hasta el Egeo.

Otro origen tuvo el grupo de fortificaciones neolíticas formadas por fosos y trincheras. Su patria de origen es, según A. Schuchhardt, el Occidente de Europa, pues se encuentra en Francia (Camp de Chassey) en el Eifel y en el valle del Rin. Como ejemplo puede citarse el castillo gigantesco de Urmitz, situado en lugar tan estratégico, pues el Rin forma un foso natural, que sobre él se construyeron un campamento cesariano y un castillo de la época de Druso. El recinto, de forma de media luna, tiene una serie de entradas, por lo que G. Loeschke llamó a esta fortificación "La Tebas de las cien puertas". El mismo autor y Lehner han hecho notar su distribución, parecida al campamento de los navíos de los griegos delante de Troya, descrito por Homero. En

ambas fortificaciones, esto es, en la homérica y en la alemana, había una doble fosa, detrás de una ancha ronda, y una empalizada de madera apoyada sobre un montículo de tierra. Que este parecido no sea casual lo prueba la distribución geográfica de estas fortificaciones, que se extendieron por el valle del Danubio, hasta los Balcanes. Se trata, por consiguiente, de un elemento llevado por los pueblos indogermanos en su migración hacia Oriente.

18.—*Sepulturas y dólmenes.*

La duda expresada por algunos especialistas del pasado siglo de que en el Paleolítico no se enterraron los muertos, no pudo hacerse extensiva a la Edad siguiente de la Piedra pulimentada, o Neolítico, pues desde los primeros estudios prehistóricos se conocen los monumentos funerarios hechos con grandes piedras, llamados *dólmenes*.

El estudio de los sepulcros del Neolítico es sumamente interesante, pues revela, además de monumentos grandiosos, ideas curiosísimas sobre la vida de ultratumba, el germen de la oposición cada vez mayor de las culturas nórdicas y meridionales.

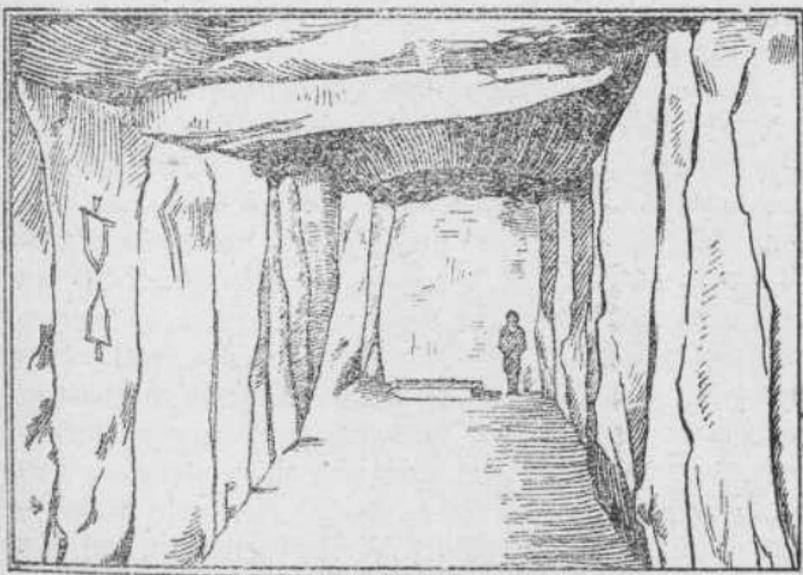
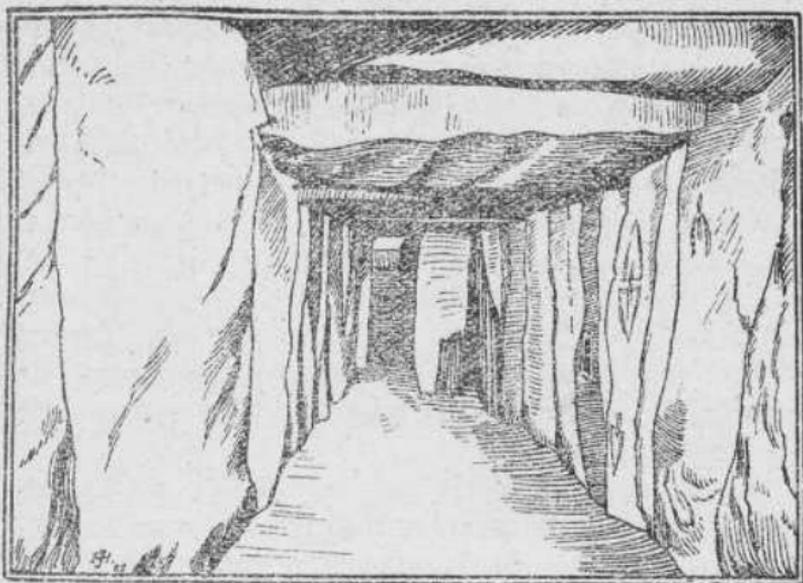
Los hombre neolíticos comenzaron enterrando a los muertos en cuevas; pero cuando éstas faltaban, las construyeron excavando los paredones rocosos, o las imitaron con los dólmenes. Es curioso que aquellas gentes, que se contentaban con vivir en pobres chozas de ramaje cubiertas de arcilla, o en pequeñas casas de madera o de piedra, construyeran para sus muertos monumentales sepulcros, formados de grandes bloques de piedra,

que requerían un enorme y fatigoso trabajo. Hemos de suponer, por tanto, fuertes y arraigadas ideas de respeto a los muertos.

Los dólmenes están formado, en los tipos más antiguos, por varias grandes piedras verticales que delimitan un espacio cerrado por una horizontal, y están cubiertos por un túmulo de tierra y piedra menuda. Más adelante se inicia un corredor, y a partir del Neolítico pleno el dolmen consta de una cámara con un largo corredor que se abre fuera del túmulo. Los megalitos son entonces de enormes dimensiones, y en ellos en ocasiones hay pilares que sostienen las piedras del techo, falsas bóvedas y cámaras accesorias. Los túmulos que los cubren son a veces de enormes dimensiones.

Los esqueletos aparecen siempre, por lo menos en el norte de Europa, extendidos sobre la espalda, con armas y utensilios de piedra, vasos para la bebida y cuencos para la comida. Como en algunas ocasiones (túmulo de Grundoldendorf, cerca de Buxtehude, Alemania) el montículo que cubre los megalitos contiene sepulcros sencillos, se comprueba la idea de A. Schuchhardt de que las cámaras sepulcrales principales son los mausoleos de las familias nobles, y que en el túmulo se enterraron en simples fosas los siervos dependientes de ellas.

Para la construcción de estos dólmenes, que aparecen en la Península Ibérica, Francia, Islas Británicas, Holanda, norte de Alemania, Escandinavia, etc., fueron precisos esfuerzos continuos y disciplinados y un "arquitecto" primitivo dotado de absoluta autoridad. Debieron construirse primeramente pistas o rudimentarios caminos, por



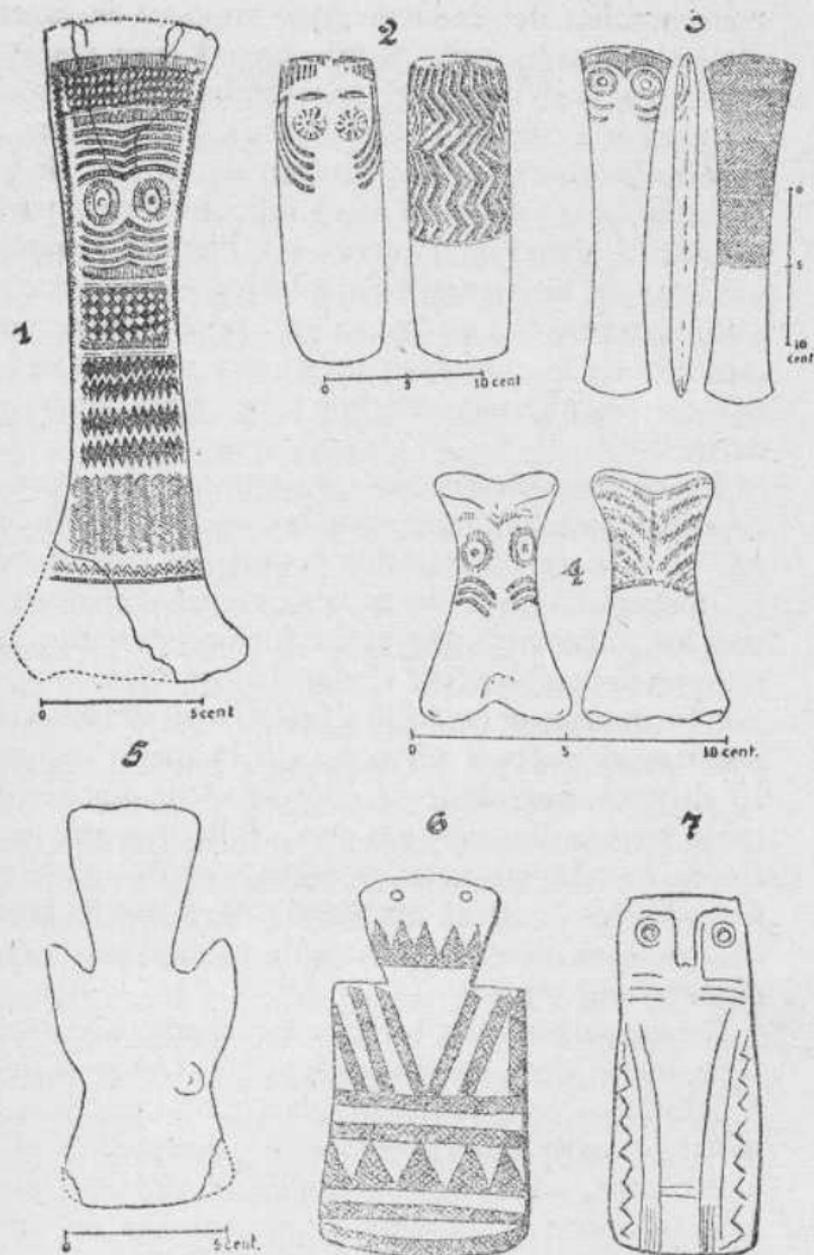
Interior de la galería cubierta de Soto (Huelva).

los cuales fueron transportados los grandes bloques tallados en la primitiva cantera (véase página 96), por medio de rodillos, palancas y cuerdas. Con estos elementos y con planos inclinados se colocaron las losas laterales en un foso excavado en el interior de un montículo artificial. Las cubiertas se colocaron, según H. Obermaier, después de rellenar el interior del dolmen de tierra, para evitar el hundimiento de las paredes.

Al iniciarse la edad del Bronce (2000-1000 años antes de J. C.) se utilizaron en las regiones dolménicas las cistas, formadas por losas de piedra, de forma rectangular y frecuentemente de reducido tamaño.

En la zona ocupada por la cultura de Turingia, y en el valle del Danubio predominan los sepulcros en fosas profundas, abiertas en el suelo; el cadáver, que está acurrucado, esto es, con las rodillas al nivel de la cara, fué enterrado posiblemente en un sarcófago de madera, que se rodeó de grandes piedras.

Restos de la costumbre paleolítica de enterrar en las cuevas habitadas se encuentran en el sur de Alemania, en España, en las islas mediterráneas y en Asia Menor. Recordaremos tan sólo que Manasés fué sepultado en su casa (II Paralipómenon XXXIII, 20). Que esta práctica era antihigiénica no cabe la menor duda, y según A. Schuchhardt, la cremación de los cadáveres tuvo su origen, por una parte, en la necesidad de evitar el daño que causaba a los supervivientes la descomposición del cadáver, y, por otra, en el deseo entre los pueblos nómadas de llevar consigo sus muertos. La cremación representa un cambio en las ideas de la vida de ultratumba, pues si la



Idolos neolíticos: 1.—Hueso grabado de Almizaraque (Almería). 2.—Piedra de procedencia desconocida (Extremadura?) 3.—Objeto en forma de hacha doble (Bad joz). 4.—Falange grabada de Gorafe (Almería). 5.—Idolo de alabastro de Fon-las (Granada). 6.—Placa de pizarra de Cáceres. 7.—Idem de procedencia desconocida (Extremadura?).

conservación del cadáver hace suponer la creencia en que el muerto seguía en relación con sus parientes y el lugar en que estaba enterrado, la incineración condujo a la idea de que el alma se separa del cuerpo y a la imagen de un país de los muertos, que puede ser islas felices de vida paradisíaca, o, como en Homero, el Tártaro sombrío.

Como en los tiempos paleolíticos, se enterraron a los muertos con sus adornos, armas y utensilios. Además de las vasijas para comer y beber se les ofrecía en algunas ocasiones un gran trozo de carne.

En contraposición con las ideas que muy pronto comenzaron a reinar en las zonas meridionales, en el norte de nuestro continente perduró de tal manera la idea de la convivencia del muerto con los supervivientes y las formas de culto correspondientes, que en el derecho germánico aparece formando un capítulo, el relativo al derecho del muerto, al cadáver viviente y a la mano muerta. El difunto, que sigue en propiedad de sus bienes hasta treinta días después de su fallecimiento, continúa siendo persona jurídica, puede adquirir propiedades y queda formando parte de la familia, que está obligada a sustentarlo mediante ofrecimientos al sepulcro.

Diametralmente opuesta a esta manera de sentir son las ideas de los pueblos del sur de Europa, donde se creyó ya en época temprana que, al morir, el alma quedaba libre del cuerpo. El culto a los antepasados no se rendía al cadáver, sino a aquello donde se suponía que moraba su espíritu. En Francia y en otras regiones europeas, pero especialmente en Bretaña, se encuentran piedras de tamaño enorme hincadas en el suelo y

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

generalmente aisladas (menhires), que se interpretaron erróneamente como fetiches de piedra, monumentos conmemorativos, marcas fronterizas, etcétera. Ahora se interpretan como los paraderos de las almas de los sepulcros próximos, las que, según los textos egipcios, podían salir de ellos y en forma de pájaro posarse al sol y picotear las frutas del campo. De la existencia de estas ideas en los pueblos prehistóricos es una prueba el sarcófago pintado de Hagia-Tríada (Creta), donde aparecen pájaros posados sobre obeliscos.

En estrecha relación con estas ideas están las columnas y bastones de piedra de Malta y de Tesalia, y los numerosos idolillos de piedra o de arcilla cocida de forma más o menos antropomorfa. Las placas de pizarra de los dólmenes de Extremadura y de Portugal, que equivocadamente se consideraron como representaciones de una diosa funeraria, fueron colocadas en los sepulcros para que sirvieran de residencia a los muertos. También son muy frecuentes las representaciones de antepasados en las necrópolis de Almería.

Por último, indicaremos como ligado con el culto a los muertos las figuras humanas ultra-esquemáticas del arte rupestre de Sierra Morena y Extremadura, pues aparte de otras razones que no son del caso exponer, aparecen también grabadas y pintadas en el interior de los dólmenes, como ocurre, por ejemplo, en el de Soto (Huelva) y en el de la capilla de Santa Cruz (Asturias).

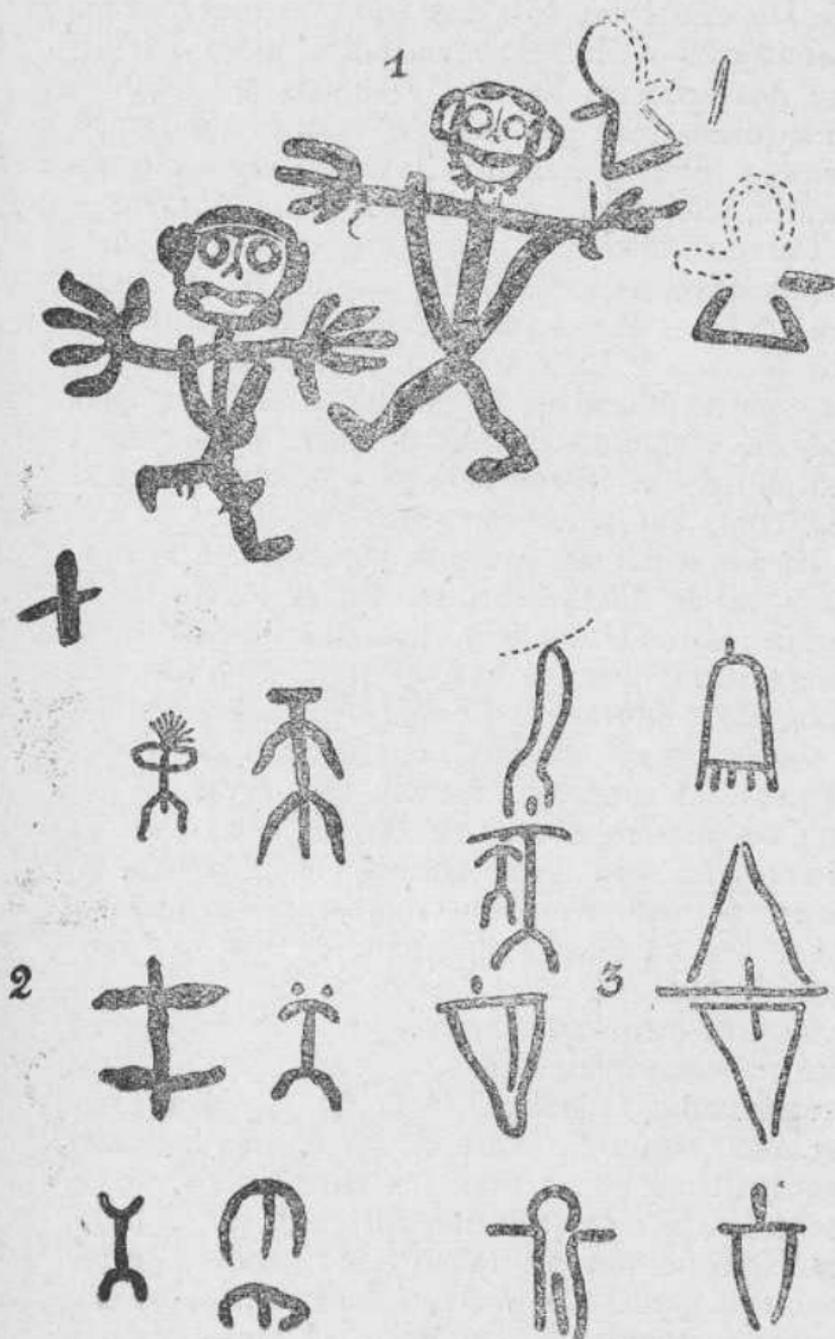
19.—*El arte neolítico.*

Al comparar las manifestaciones artísticas del hombre paleolítico tan llenas de vida, de tan espléndida ejecución y de un maravilloso realismo,

con el arte esquemático simplista y antiestético del Neolítico, nos llama nuevamente la atención cómo ha podido caer la Humanidad en un atraso semejante. En realidad, no puede hablarse de una degeneración, sino de un cambio fundamental en las ideas artísticas y religiosas. Si la magia que guiaba, por ejemplo, la ejecución fiel de la representación de aquello que se deseaba, en el Neolítico tenía, por el contrario, un marcado carácter simbólico, imaginativo y enigmático. Así, el carácter principal del arte de la Edad de la Piedra tallada era el realismo, mientras que el del Neolítico era la esquematización, la tendencia a representar por signos, ideas que debían permanecer ignoradas a los no iniciados.

Nos ocuparemos primeramente de las pinturas y grabados rupestres de la Península Ibérica, que son en gran parte sucesores de los de la edad cuaternaria. La escala gradual desde las figuras realistas a las ultraesquemáticas se aprecia fácilmente, habiendo comenzado la simplificación ya en tiempos epipaleolíticos.

Las pinturas esquemáticas aparecen en los mismos frisos cuaternarios, como Cogul, Alpera, superpuestas a las realistas anteriores. De gran interés son los peñones y abrigos del valle de las Batuecas, pues las pinturas, según H. Breuil, tienen caracteres especiales y parecen establecer el tránsito entre el realismo y la esquematización. Las más antiguas son cabras monteses pintadas de rojo pardo oscuro, en las que si bien el contorno del cuerpo está bien ejecutado, los cuernos y las extremidades muestran una mezcla de buenas intenciones y de mala ejecución. Más esquematizadas son las figuras pintadas en rojo y en blan-



Arte rupestre neolítico: 1.—Pinturas del Peñón de la Graja (Jaén)
 2.—Idem de distintas localidades españolas. 3.—Grabados del dolmen de Soto (Huelva).

co. De este color hay dos peces y unos ciervos tosquísimos y ultraesquematzados, a los que cazan dos arqueros lineares y simplistas. También en la misma zona hay animales toscos, semi-esquemáticos, figuras humanas lineares, signos ramiiformes, soleiformes y asteroiformes, puntos, etc.

Corresponden a las primeras etapas del arte esquemático las rocas de La Laguna de la Janda, y a las fases finales los peñones y abrigos de Sierra Morena y Extremadura. Entre las primeras hay representaciones de animales algo realistas todavía y algunas escenas de caza, y no resulta extraño el que fueran debidas a prácticas de magia, como sus antecesores del Paleolítico.

En las segundas, la figura humana está reducida a varias líneas sencillas. En el Peñón de la Graja (Miranda del Rey, Jaén) hay unas figuras interesantes que nos dan el significado de esta clase de pinturas. Allí aparecen dos horribles y toscas figuras humanas, constituídas por líneas gruesas. El cuerpo lo forman tres rayas, de las que las prolongaciones de dos de ellas son las piernas. La otra línea termina por cada lado en cuatro o cinco trozos que representan la mano y los dedos. La cara es un círculo en que está figurada la boca, la nariz, los ojos, las cejas y las orejas. El conjunto es horroroso, y es de suponer que su confección, repulsiva y antiestética, fuese premeditada. (Lámina XVI, fig. 1.) En efecto, como según P. Wernert, las figuras humanas esquemáticas representan los antepasados, no se atendió a la representación corporal, sino a la de los espíritus que inspiraban tanto miedo y terror a aquella gente. Como creen muchos pueblos primitivos actuales, los neolíticos, al pintar figuras

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

humanas en las rocas, lo hacían con el fin de aprisionar en ellas los espíritus de los muertos y cortar así los daños y perjuicios que pudieran causarles por envidiar su vida terrena.

Si tenemos en cuenta que la pintura al temple hecha con suero de sangre es inatacable por el agua, y la idea tan arraigada de que al escribir o firmar con sangre propia se da fuerza y solemnidad al trato, es posible que el color rojo de estas pinturas tenga mayor valor de lo que se cree. Es sabido que la magia simpática se une a la imitativa, y que, para que el hechizo sea eficaz, la imagen de la víctima debe contener algo que ha estado con ella o que le haya pertenecido. ¿Se habrá utilizado la sangre del muerto para sujetar el espíritu a la roca?

Son curiosas las numerosas representaciones solares asociadas a las figuras humanas. ¿Es que había la creencia de que el sol era el país de los muertos? Algo como una diadema de rayos sale por detrás de la cabeza del "ídolo" de Peña Tú (Asturias).

Es notable la asociación del arte rupestre con las sepulturas, como también que existen grabados y pinturas en el interior de dólmenes y de grutas funerarias. El hecho primeramente citado está confirmado al parecer en muchos lugares; pero precisan más investigaciones serias. Se menciona que hay sepulturas cerca de Cachao da Rapa y Eira dos Mouros (Portugal). En las proximidades de la Cueva de los Letreros había muchísimos sepulcros excavados en las rocas. La cueva del Gabal está en una pequeña cueva situada sobre otra utilizada para enterramiento. Por último, cerca de la cueva de la Granja, M. Gó-

J. P. DE BARRADAS

mez Moreno refiere que se hallaron utensilios funerarios neolíticos.

Un dolmen o galería cubierta, muy interesante por sus grabados y enterramientos, es el de Soto (Huelva), estudiado por el profesor H. Obermaier. (Lámina XIV, lámina XVI, figura 3.) También en las piedras del dolmen de la Granja de Toniñuelo (Jerez de los Caballeros) hay pintados varios soles, una estrella y una figura humana, y en la cabecera del dolmen de Santa Cruz (Asturias) está decorada con líneas quebradas y triángulos pintados, raspados o martillados.

También merecen mencionarse las grutas artificiales de la Champagne (Francia) por sus esculturas en bajo relieve. En ellas había una cámara sepulcral interior, que comunicaba por una galería estrecha con una antecámara, donde había una representación humana de forma rectangular. Un extremo es curvo y corresponde a la cara, formada tan sólo por dos puntos, o sean los ojos, y en algún caso por la boca. Como adornos llevaban collares, y en un caso se trataba de una mujer, por presentar dos senos semiesféricos prominentes. Mucho se ha tratado de que estas figuras representan una "diosa funeraria", pero lo más probable es que se trate de representaciones de antepasados, como las estatuas, menhires y las estelas.

El arte moviliar neolítico, como habrá supuesto el lector, ofrece también los mismos caracteres que el arte rupestre. Es poco corriente el encontrar pequeñas figuritas de piedra o barro cocido representando animales; pero las humanas son muy abundantes, sobre todo en el círculo cultural del Danubio. Se trata de representaciones muy toscas

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

y esquematizadas, faltas del arte realista del Paleolítico.

Merece mencionarse, por fin, la aparición dentro de este arte mánico, de un arte ornamental, si bien aplicado solamente a la cerámica. Muchas vasijas de esmerado trabajo, elegante forma y finísima ornamentación, como, por ejemplo, las correspondientes a la cerámica de bandas de la cultura del Danubio, con sus espirales pintadas, son verdaderas obras de arte decorativo y pueden colocarse sin desentonar al lado de vasos de los más modernos estilos.

20.—*La religión neolítica.*

Después de lo que llevamos dicho, el lector se habrá dado cuenta por sí solo del carácter de la religión del período neolítico. Los gigantes monumentos funerarios, en contraposición a las frágiles viviendas de juncos y arcilla, hablan suficientemente de la creencia de una vida después de la muerte, y el esfuerzo necesario para su construcción, de cuán grande era el cuidado que se tenía en dar al muerto toda clase de comodidades para hacerle dicha vida grata. La idea de que el muerto seguía en relación estrecha con sus deudos, que prueba además sentimientos familiares muy desarrollados, aparece, merced al dualismo de los pueblos nórdicos y mediterráneos, en distinta forma. En aquéllos se atendía a la conservación del cuerpo, y en los otros se conoció muy pronto el dualismo entre el cuerpo y el alma, y si se rodeó de cuidados al primero, se rindió culto a la segunda, alojándola en ídolos, pinturas, men-

hires, etc. La forma religiosa principal fué el culto a los antepasados, que representan según E. Graebner, una derivación de la vida sedentaria en comunidad y de las culturas matriarcales.

El miedo de los muertos se convirtió, por la aspiración de conservar su fuerza en beneficio de la comunidad, en tener las sepulturas cerca de las viviendas y de los cultivos. Los espíritus de los muertos se erigen en protectores de los hombres y los acompañan en sus empresas. Los hallazgos de botones circulares o elípticos de huesos craneales, a veces perforados y con adornos, efectuados en yacimientos franceses, pueden ser amuletos y tener su paralelo en los huesos humanos que cuelgan los primitivos de sus lanzas para intensificar su efecto.

No es tampoco una cosa extraña que el arte naturalista de los pueblos paleolíticos no se encuentre en las culturas neolíticas, pues en las culturas agrícolas de los pueblos actuales, el interés, como dice F. Graebner, está monopolizado por la representación de los muertos y de los espíritus.

La magia misma, aun quedando huellas de su aplicación para la caza, se convierte en un auxiliar del animismo. Se la empleó probablemente para encerrar los espíritus en sus domicilios (pinturas, ídolos, menhires, etc.), y quizás también para obtener su ayuda o para preservar sus daños.

21.—*El Neolítico de la Península Ibérica.*

La riqueza de la Península Ibérica en yacimientos, monumentos y obras artísticas de la Edad de la Piedra pulimentada es extraordinaria, sobre todo por lo que se refiere a su etapa final.

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

El Protoneolítico, es decir, el Asturiense, aparece solamente en el Norte de España (en la costa cantábrica y en Cataluña) y en el sur de Francia (Biarritz). Se trata de amontonamientos de conchas y huesos de animales, entre los que aparecen algunos objetos de hueso y picos de cuarcita, toscamente tallados en la punta (lámina IV, fig. 2), que se utilizarían especialmente para desprender los moluscos de las rocas. En los concheros asturienses típicos falta la cerámica, pero restos de ésta se encuentran en otros posteriores, aunque de edad incierta.

Desde estos yacimientos de los comienzos del Neolítico hasta los del Neolítico final, y del Eneolítico (Edad del Cobre, véase pág. oo) debió transcurrir un gran espacio de tiempo. Pero, en realidad, hay que suponer, pues el problema es general para toda Europa, que la cultura humana permaneció estancada por entonces. Solamente se observa un desarrollo interrumpido en las pinturas esquematizadas del sur y del este de España, que derivan del arte capsiese paleolítico (página oo). En las más antiguas, de la Laguna de la Janda (Cádiz), de los Canjorros de Peñaranda (Jaén), ciertas fases de Minateda (Albacete), etc., la esquematización es grande y las figuras, especialmente las de animales, tienen todavía cierto realismo. Son frecuentes aún las escenas de caza, por lo que no sería extraño que respondieran a ideas mágicas. Más esquematizadas que estas pinturas últimamente mencionadas son las de Fuencaliente (Ciudad Real), de Aldeaquemada, de la cueva de la Granja y del Peñón de la Graja (Jaén) (lámina XVI, fig. 1), de Vélez Blanco (Almería), de la Esperanza y de Cachao da Rapa (Portugal), que

J. P. DE BARRADAS

representan el grado final del proceso esquemático y el predominio del culto a los muertos. Esta cronología se confirma, si se compara el estilo del arte rupestre con los grabados y pinturas de los monumentos megalíticos (Jerez de los Caballeros, Soto, Barranca Espolla, etc), o con las figuras de ciervos e ídolos de la cerámica eneolítica (Palmella, Los Millares, Las Carolinas). Además, en algunas rocas, como Peña Tú (Asturias), hay representaciones de objetos de cronología bien segura (en el caso citado un puñal de cobre). Ya en el florecimiento de la cultura neolítica de la Península Ibérica, que tuvo lugar aproximadamente hacia los comienzos del III milenario precristiano, se marcaron cuatro regiones culturales muy características: la occidental, la central, la almeriense y la pirenaica.

La primera, que se extendió por Portugal, Extremadura y Galicia, ofrece como carácter principal los monumentos megalíticos. Los dólmenes de esta región representan todos los estadios de su desarrollo, desde los tipos más sencillos hasta los más complicados. Como esto sólo ocurre en Escandinavia y en Portugal, se han considerado a estos países como la patria originaria de los dólmenes. El tipo más sencillo consiste en grandes piedras que delimitan una cámara (la Petra dos Mouros de Belhas, l'Arca de Outeiro do Rato, Alvao, etc.), marcándose muy pronto un corredor incipiente (Alvao y Orca dos Padroes). En éstos, que pertenecen al Neolítico final, aparecen puntas de flecha mal trabajadas, cerámica tosca con algunos adornos incisos y algunos objetos de adorno.

Los dólmenes del comienzo del Eneolítico tie-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

nen corredor ya marcado, y aparece la galería cubierta, esto es, un dolmen en el que el corredor tiene la misma anchura que la cámara. Los hallazgos efectuados en ellos son puntas de flecha, puñales y alabardas de sílex, bien trabajados, cilindros y conos de hueso (lámina XV, fig. 2), y placas de pizarra con caras esquemáticas (lámina XV, figs. 6 y 7), que representan figuras de antepasados.

En el Eneolítico pleno, los monumentos megalíticos alcanzan su mayor perfección, pues se hallan cubiertos por falsas cúpulas y dotados de cámaras accesorias. En el sepulcro con corredor de Marcelha está empedrado el suelo y la cámara subdividida. Entonces aparecieron en Portugal objetos de cobre, como puñales, hachas planas y puntas de flecha, exportadas de Almería, puntas de flecha de sílex con aletas finas, o sea el tipo característico de la cultura occidental, los vasos campaniformes típicos del Centro, perlas de ámbar nórdico, todo lo cual denuncia un activo intercambio. En este tiempo, el uso de los dólmenes se extiende por Galicia y Asturias (dolmen de la Capilla de Santa Cruz, en Cangas de Onís), Salamanca (Lumbrales), Extremadura y Andalucía.

Debemos citar, por último, las cuevas de los alrededores de Lisboa (Carvalhal, Cezaleda, Alcobaca, Cascaes); las artificiales de Palmella, que reproducen la forma de los sepulcros con falsa cúpula y los castros de Rotura y Chivanes.

Caracterizada por la preferencia de la habitación de cuevas y por la decoración de la cerámica, se destaca la cultura central de la anteriormente estudiada y de la almeriense. Ocupó Andalucía ambas Castillas y Cataluña, marcándose

bien pronto en dos regiones, pues mientras que en el Sur (Andalucía y Extremadura) se marca una preferencia por el decorado inciso de la cerámica, en el Norte (Castilla la Vieja y Cataluña) se practica principalmente el adorno con cordones de barro e impresiones dactilares. La industria, en general, es pobre, tanto la de sílex como la de piedra pulimentada.

Anteriores al Eneolítico son las cuevas de los Murciélagos (Granada), de la que ya nos hemos ocupado (pág. 102), la cueva Lóbrega (Logroño), los poblados del Sabiñar y de Argecilla ((Guadalajara) y las cuevas de Llenes d'Erinya (Lérida) y Rialp (Gerona), y pertenecientes al Eneolítico inicial las cuevas de la Mujer (Granada), Pileta (Málaga), Boquique (Cáceres), Solana de la Angostura (Segovia) y Foric y Negra (Lérida).

En el Eneolítico pleno Andalucía adopta los monumentos megalíticos de Portugal y los construye con extraordinario dominio técnico, como acreditan el megalito de Soto (Huelva), con grabados en las losas (lámina XIV), los de falsa cúpula de la cueva de la Pastora y de Matarrubilla (Sevilla) y los de Menga, Viera y Romeral (Antequera, Málaga).

En esta región nació tipo tan importante como el vaso campaniforme, la cazuela y la vasija en forma de casquete esférico, decorados con labores incisas, de finas combinaciones. (Lámina XII, figs. 1 y 3.) También en Carmona apareció la copa con pie. Esta cerámica se extendió en seguida hacia el Centro, y de ella se han encontrado piezas muy típicas en Ciempozuelos y Vallecas (Madrid), Algodor, Burujón, Bargas y Talavera de

la Reina (Toledo), en la cueva de Somaen (Soria), en varias de Cataluña y en algunos dólmenes vascos.

Si bien la cultura portuguesa se debe, como la central, a los pueblos descendientes de los antiguos capsenses, la cultura almeriense parece deberse a un pueblo africano, que arribó a la costa de Almería a fines del Neolítico. Este círculo, cuando llegó a su más alto grado de civilización, ocupó pronto todo el SE. hasta Cataluña, y en el Eneolítico pleno irradió por Andalucía.

A la constancia ejemplar de los ingenieros belgas H. y L. Siret debemos especialmente el conocimiento de este importantísimo foco cultural, y podemos seguir su desarrollo gracias a las excavaciones de numerosos poblados y necrópolis megalíticas.

En el Neolítico final, las viviendas de El Garcel y Tres Cabezos están excavadas en parte en el suelo. La cerámica es sencilla, sin decoración alguna. En los de fecha un poco más reciente, esto es, del Eneolítico inicial, se comenzó a usar el cobre, pues se conocen pequeños objetos y escorias, siendo muy probable que Almería fuese la región de la Península donde primeramente se utilizó tal metal. Entonces se perfeccionan la cerámica y el trabajo del sílex, apareciendo las puntas de flecha lenticulares y con pedúnculo y alas, y algunos ídolos.

Un cuadro perfecto de la cultura almeriense del Eneolítico pleno es el poblado de Los Millares (véase pág. 116), con sus casas de piedra rectangulares. La necrópolis está formada por sepulcros de cúpula (los anteriores consisten en

cistas pequeñas, rodeadas de círculos de piedras), en los que han aparecido vasos campaniformes o con ornamentos (soles y ciervos) pintados o incisos (lámina XII, fig. 4), perlas de ámbar y de callais, alabardas, puñales, puntas de flecha, etc., de sílex finamente trabajados, objetos de cobre, como hachas planas, puñales, punzones, etcétera, y figuras humanas. Son muy curiosos los huesos pintados de Almizaraque. (Lámina XV, fig. 1.) Sobre las relaciones comerciales de Almería véase la pág. 108.

El cuarto círculo cultural de la Península Ibérica es el pirenaico, que abarca desde las Vascongadas hasta Cataluña. Sus primeras manifestaciones datan del Eneolítico pleno y tienen toda la apariencia de una adopción de manifestaciones culturales venidas de diferentes sitios. El pueblo pirenaico parece ser el sucesor del Paleolítico superior, que vivió mucho tiempo en la zona montañosa, ante el avance de los capsenses, epipaleolíticos y neolíticos, y que solamente en el Eneolítico pleno avanzó hacia el Sur, superponiéndose a la cultura de las cuevas o central y haciendo retroceder a la almeriense. Según todos los indicios, los actuales vascos son los descendientes de este pueblo pirenaico que tiene sus raíces en el Paleolítico superior.

Las características principales de la cultura pirenaica son los monumentos megalíticos, que forman dos regiones, la vasca y la catalana. Allá en las sierras del Aralar, Aitzkorri, Andia, etcétera, se han encontrado cistas megalíticas rectangulares con su túmulo de piedras, y algunos pocos sepulcros de corredor. No hay ninguna galería cubierta bien conservada. Por el contrario,

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

en Cataluña, donde las cistas son semejantes, las hay muy típicas en Santa Cristina de Aro (Masbou Serenys), Romaña de la Selva (Cova d'en Daina) y L'Estany (Pig Rodó). La cerámica, los objetos de sílex y de metal son parecidos, y al parecer fueron adoptados de otras culturas.

CAPITULO TERCERO

LA EDAD DEL BRONCE

(2.000-1.000 años antes de J. C.)

1.—*La Edad del Bronce.—Sus límites y el origen de la metalurgia.*

En páginas anteriores (pág. 69) indicamos que al final del Neolítico se conoció y se utilizó el cobre, y dejábamos para más adelante, por razones metodológicas, el estudio de todo lo referente a la metalurgia, máxime después de haber advertido que no puede hablarse de una Edad del Cobre como período independiente e intermedio entre el Neolítico y la Edad del Bronce, pues se trata de una fase de tránsito, en la que la cultura es el último término de la neolítica y en la que la mayor parte de los utensilios eran de piedra.

La Edad del Bronce, según O. Montelius, es el período en que los utensilios y armas se fabricaban generalmente con bronce rico en esta-

ño (10 por 100) y en el que esta aleación forma la base material de la cultura.

El bronce, que, como todos saben, es la aleación de cobre y estaño, recibió su nombre de Brundisium (Brindis), ciudad italiana que se hizo célebre por su comercio.

Para buscar la patria originaria de este invento, hay que tener en cuenta, en primer lugar, aquellas regiones que conocieron pronto el cobre. En Oriente se trabajó el cobre en Elam aproximadamente en el siglo xxxii a. J. C.; pero, según O. Montelius, todavía en fecha más remota se conoció en la India. A Creta llegó este invento en el comienzo del III milenario, y a las Penínsulas Italiana e Ibérica hacia 2500 años antes de J. C. Esta es la Edad, poco más o menos, de los más antiguos broncees conocidos, o sea una estatua del Rey egipcio Pepi y una hoja de puñal de Creta. O. Montelius considera el bronce como originario del Mediterráneo oriental. Sin embargo, en el país del Nilo, por ser el estaño escaso, por su alejamiento de las minas, no hay broncees con 10 por 100 de estaño hasta después de la XVIII dinastía, mientras que de Creta, por su activo comercio, se conoció en época anterior. En Mesopotamia, en los comienzos del II milenario sólo se conocían cobre y bronce pobre en estaño.

Hacia el comienzo del II milenario entraron en la Edad del Bronce Italia, España e Inglaterra, y algunos siglos más tarde el resto de Europa. El término de la Edad del Bronce y el comienzo de la del Hierro corresponde también a fechas más antiguas en el Sur de Europa y Oriente que en el Norte. En el Mediterráneo aparece el hierro con

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

anterioridad al siglo x precristiano, y en el Norte persiste el uso del bronce hasta 800 años antes de J. C.

2.—*Las culturas europeas de la Edad del Bronce*

En contraposición con la Europa bárbara y formando una transición con el Oriente civilizado, llama la atención, con gran fuerza, la cultura de los pueblos egeos. Las excavaciones practicadas, tanto en Creta como en las islas egeas y en el continente griego, han exhumado las ruinas de una cultura refinada y llena de adelantos. Sus antecedentes tenemos que buscarlos para los pueblos micénicos o aqueos en el Neolítico, en el que, como se ha dicho anteriormente (pág. 66), los indogermanos invadieron el continente griego. Los indígenas, entre ellos los cretenses o minoicos, eran de origen asiático. Muy pronto la cultura floreció de manera extraordinaria y las artes y los oficios alcanzaron una perfección insospechada. Los campos fértiles se cubrieron de palacios y castillos y los barcos establecieron un activo comercio con la costa siria, Egipto, Sicilia e Italia del Sur.

Italia, poblada por ligures, fué invadida también por otro grupo indogermano, esto es, los italos, que venían empujados por los celtas, que penetraban entonces en la Baja Austria. La cultura italiana, con sus terramaras típicas, floreció pronto y superó a la del Norte de los Alpes, quizá por la posesión de minas de cobre y de estaño y por las relaciones comerciales con el Egeo.

Son tan curiosos los monumentos de la Edad

J. P. DE BARRADAS

del Bronce de Cerdeña y Baleares, que ya nos ocuparemos más adelante.

El grupo cultural occidental comprende la Península Ibérica, Francia, partes de Suiza y de la región del Rin e Inglaterra. En la primera es curioso que después del florecimiento cultural del Eneolítico haya habido una decadencia tan extraordinaria. Solamente son conocidos poblados y necrópolis de los primeros tiempos, y de la fase denominada de El Argar; ésta es una localidad muy típica de la provincia de Almería, desde donde se extendió por Andalucía y la costa levantina. De fecha posterior no se conoce ni un poblado ni una necrópolis. Solamente depósitos como el de Hío y Huelva permiten pensar en influencias del Oeste.

Francia estuvo influenciada por el Centro de Europa y más todavía Suiza, a causa de la entrada de los celtas en el Sur de Alemania. En los valles alpinos siguieron en uso los palafitos. La riqueza de Inglaterra en cobre, estaño y oro hizo posible un rápido florecimiento, así como relaciones comerciales con Bretaña y Galicia, por un lado, y con el círculo nórdico, por otro.

Este abarcaba, como en el Neolítico, Escandinavia y el Norte de Alemania. Estos territorios estaban habitados por los germanos. La cultura deriva directamente de la neolítica, y, a pesar de la falta de minas, floreció bien pronto, como acreditan los sepulcros de incineración, los grabados rupestres escandinavos y la industria ricamente ornamentada.

El último círculo cultural europeo de importancia es el húngaro, que se propagó por extensas regiones de Europa. La forma ("cultura") de

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

Aunjetic (pronúnciese Uñetich) se extendió por el Sur hasta los Balcanes y por el Norte hasta Bohemia, parte de Silesia y Turingia, y la de Lausitz por Silesia, Brandeburgo y Sajonia septentrional. Muy discutidos son los pueblos portadores de estas culturas. La primera pertenece a los ilirios o a los celtas, y la segunda a ilirios, según Kossina, o a los germanos, según A. Schuchhardt.

3.—*Las minas de cobre.*

Si bien se buscó primeramente minerales de cobre en la superficie del terreno, más adelante se extrajeron de verdaderas minas, que en algunos casos, habiéndose conservado excepcionalmente tanto las labores como los utensilios empleados en la explotación, han sido descubiertas en los últimos tiempos.

Los minerales de cobre son muy frecuentes en todos los países, y se citan minas prehistóricas en los Urales, Chipre, Creta, Italia, Francia, Inglaterra, Península Ibérica, Erzgebirge, Silesia, Hungría, Siebenbürgen y el Tirol.

Sólo nos ocuparemos brevemente de las minas españolas y tirolesas, que, por otra parte, son las mejor conservadas. Como corresponde a la riqueza minera tan extraordinaria de Andalucía, hay aquí numerosos vestigios de galerías prehistóricas y martillos pesados de diorita u otras rocas duras. Igual ocurre en el Sur de Portugal y en Extremadura. Minas muy importantes son las del Milagro y la del Aramo, ambas en Asturias. En la segunda, las galerías comunicaban con el exterior por pozos verticales o grietas natura-

J. P. DE BARRADAS

les modificadas por la mano del hombre. Las galerías son estrechas y siguen los filones, por lo que son de planta irregular. En sitios de peligro, los hastiales están sostenidos por arcos y pilares. Los trabajos de excavación se hicieron con picos de asta de ciervo o con martillos de piedra. En muchos detalles, la mina del Aramo corresponde exactamente con las de la región del Tirol, que son las mejor conservadas y estudiadas. Al exterior se conocen, porque al hundirse las galerías han formado surcos en la superficie del terreno. Dentro de ellos están los pozos de entrada, siendo curioso el que M. Much encontrara uno cerrado por travesaños de madera cubiertos por tierra y césped, y parece como si los antiguos mineros, obligados a marcharse del país, lo ocultaron cuidadosamente. Desde los pozos se ramificaban las galerías en busca del filón, que se explotaba cuando era rico y ancho en grandes oquedades. Para alcanzar la parte alta se construían tablados de madera. El mineral se obtenía calentando el hastial con fuego y enfriándolo bruscamente con agua. En las grietas que resultaban se introdujeron cuñas de madera y se arrancaban los trozos de la mena con picos de bronce y martillos de piedra. Dentro de la mina se separaba la ganga del mineral, el que se sacaba a la superficie en sacos o bolsas de cuero, bien a brazo, bien por cabrestantes. Para el alumbrado se utilizaron teas. Al aire libre se separaba cuidadosamente la ganga del mineral, rompiéndose la piedra con grandes martillos y con pequeñas piedras, triturándose después el mineral en molinos. El polvo resultante se echaba en bateas de madera, que contenían agua, y así se

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

separaba de una manera muy perfecta el mineral.

Este se fundía en hornos rectangulares de mampostería. Allí se encendía fuego y se colocaban capas alternas de carbón y de mineral, y una vez terminada la fundición se apartaba la escoria y se recogía en la base del horno una masa discoidal de cobre relativamente puro. El metal que se funde a una temperatura relativamente poco elevada se refundía en crisoles de arcilla y se trasvasaba a los moldes mediante embudos de barro.

4.—*Las minas de estaño.*

La casiterita, o sea el mineral estannífero más importante, se encuentra diseminado formando masas en los terrenos más antiguos, y principalmente en el granito. Así, en los aluviones y en los derrubios formados por la descomposición de las montañas, aparecen a flor de tierra trozos de mineral. Su explotación en estos casos se hace fácilmente, mediante su lavado en bateas. Por haberse empleado este procedimiento en la Edad del Bronce y por no haberse conservado las huellas, en parte por las intensas explotaciones posteriores que agotaron los aluviones y derrubios, no se poseen datos abundantes. Más tarde, cuando el estaño de los yacimientos al aire libre comenzó a escasear, se le buscó más bien mediante fosas descubiertas que por pozos y galerías.

En la Península Ibérica, la zona estannífera más interesante es Galicia, que a su vez es la

más rica en bronce prehistóricos. La casiterita aparece en pequeños filones o entre los derrubios del granito, en numerosas localidades. En Maside, al SE. de Carballino, llama la atención, según M. Sales y Ferré, la enorme cantidad de tierra removida, y en el Monte Muradas, al Oeste del mismo pueblo, hay vestigios de minería romana y aún aparecían hace años pepitas de casiterita. Otras minas antiguas de estaño se encuentran en Salabe y Ablaneda (Asturias), donde también causa asombro la gran cantidad de tierra removida. Sin embargo, aunque no se posean indicios claros de la explotación de estos lugares en la Edad del Bronce, el hecho de presentarse la casiterita a flor de tierra y el incalculable valor que tuvo entonces, hace suponer, como dice H. Obermaier, que tales yacimientos hayan sido explotados.

Entre las antiguas minas de estaño de Francia es interesante que en Montebras (Creuze) se descubriera en una galería un esqueleto humano aplastado por un bloque de piedra y que a su lado tuviera un hacha de piedra pulimentada. Por consiguiente, esta mina se laboró en los últimos tiempos del Neolítico o en los primeros de la Edad del Bronce.

Inglaterra, y especialmente la península de Cornwall, fué un centro productor de primer orden de estaño. Se explotaron, sobre todo, los aluviones y los derrubios y probablemente se abrieron zanjas. En Carnon se han encontrado a 9-12 metros de profundidad varios cráneos humanos, que se suponen de la Edad del Bronce.

Como el estaño era escaso, se intentó producir el bronce con otros elementos, como antimonio,

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

arsénico, níquel y plomo; pero solamente cuando el porcentaje es de alguna consideración se puede considerar la aleación como intencionada, ya que cuando la proporción es muy pequeña se debe pensar en impurezas naturales del mineral de cobre. Ordinariamente, estos bronce sin estaño se encuentran en regiones apartadas de los yacimientos estanníferos o de las vías comerciales y pertenecen a los primeros tiempos de la Edad de los Metales.

Réstanos, por último, el ocuparnos, aunque brevemente, del método empleado para la extracción del metal de las minas estanníferas. Purificadas éstas por lavado, como se hacía con las de cobre, se tostarían para eliminar los sulfuros y arseniuros. Después se pulverizarían y se lavarían nuevamente y se fundirían en crisoles. El metal así obtenido se utilizó puro muy raras veces, pues sirvió para la elaboración del bronce, que era para aquellos hombres de extraordinaria importancia, o se comerció con él en forma de lingotes

5.—*La fabricación del bronce y la industria del metal.*

Los utensilios de cobre puro no eran prácticos para el trabajo, por su blandura. Esto fué la causa de que el hombre emprendiera la busca de alguna materia que, al mismo tiempo que facilitaba la fundición del cobre, le diera más dureza. Encontrado el estaño, pronto se descubrió como la fórmula más conveniente la de un 90 por 100 de cobre y un 10 por 100 de estaño. pues si cifras inferiores dan un bronce blando, una proporción superior lo hace quebradizo. Es natural

que esta proporción varíe según la técnica que necesitaban los objetos. De esta manera están construídas cadenas con bronce rico en estaño, pues era preciso que la aleación se fundiera con facilidad. Por el contrario, se utilizaba bronce pobre en estaño cuando era preciso someterlo a una labor de martillo.

El bronce no se fabricaba fundiendo unidas las menas, sino los metales, y probablemente los hombres prehistóricos emplearían un método análogo al que, según Plinio, se usaba en Campania. Aquí se fundía el cobre varias veces para limpiarlo de impurezas, y en la última fundición se le adicionaba el estaño. La razón de este procedimiento es que si se funde el bronce pierde pureza y estaño. El bronce, en estado líquido, se vertía, con ayuda de embudos de barro, en moldes de arcilla o de piedra, de una o dos piezas, que mostraban en negativo el objeto que se deseaba obtener.

En la Edad del Bronce aparecen los prototipos de la industria del metal, como hachas, azuelas, puñales, espadas, alabardas, puntas de flecha, de lanza y de javalina, trompetas, cuchillos, hoces, cinceles, limas, barrenas, sierras, punzones, anzuelos, martillos, vasijas, navajas de afeitar, alfileres, imperdibles (fíbulas), etc.

Las hachas, en un principio, fueron de cobre, y su forma recuerda las de piedra pulimentada. (Lámina XX, fig. 2.) Después aparece en bronce el tipo con talón adelgazado, con aletas laterales que abrazan el mango y con talón hueco con una o dos asas. Las primeras se colocaban entre las dos porciones de un mango hendido de

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

madera y se sujetaban por ligaduras, y en las últimas, el mango penetraba dentro del hacha.

Los puñales y las espadas tenían una hoja más o menos larga, terminada en punta por un extremo, y por otro por un mango macizo de metal o por muescas, orificios o lengüetas que se sujetaban a un mango de madera, hueso, cuerno, etcétera. Como corresponde a arma tan importante como la espada, fué dotada de adornos en muchos casos y envainada en fundas de cuero o madera con conteras de metal. (Lámina XX, figuras 1 y 3.)

Utensilio tan necesario como el cuchillo es lógico que se confeccionara pronto de bronce. En unos casos tienen lengüetas o talón hueco para un mango de madera, y en otros, el mango es de metal fundido al mismo tiempo que la hoja.

Los alfileres y los imperdibles son de tipos muy variados y sirven de base para la clasificación cronológica.

6.—*El oro y la plata.*

En algunas regiones, como, por ejemplo, en el Oeste de Europa, se conoció el oro en el Neolítico, lo que no debe extrañar, por presentarse en estado nativo en los aluviones de los ríos y por poder trabajarse a martillo. Los cuatro centros auríferos principales de Europa fueron Macedonia, Tracia y la isla de Tasos; Hungría y Siebenbürgen; la Península Ibérica e Irlanda.

No se conocen restos de explotaciones prehistóricas, por estar enclavadas en las orillas de los ríos. Las arenas se lavarían en bateas de ma-

dera y quizá se utilizarían también pieles de pelo largo para retener las partículas metálicas.

Es curioso que en los primeros tiempos de la Edad del Bronce se empleara el oro con derroche en joyas grandes, macizas y pesadas, y que después, al disminuir la riqueza de los aluviones y al aumentar el valor del metal, las joyas seran menos pesadas.

En el círculo egeo la joyería alcanzó bien pronto un enorme desarrollo, destacándose tanto por su técnica adelantada, como por la belleza de sus producciones, de la joyería bárbara del resto de Europa. Citaremos tan sólo como ejemplos los collares de Festos y Hagia-Triada, las máscaras, las cabezas de animales, la diadema y el cáliz de Micenas y los vasos de Vaphio.

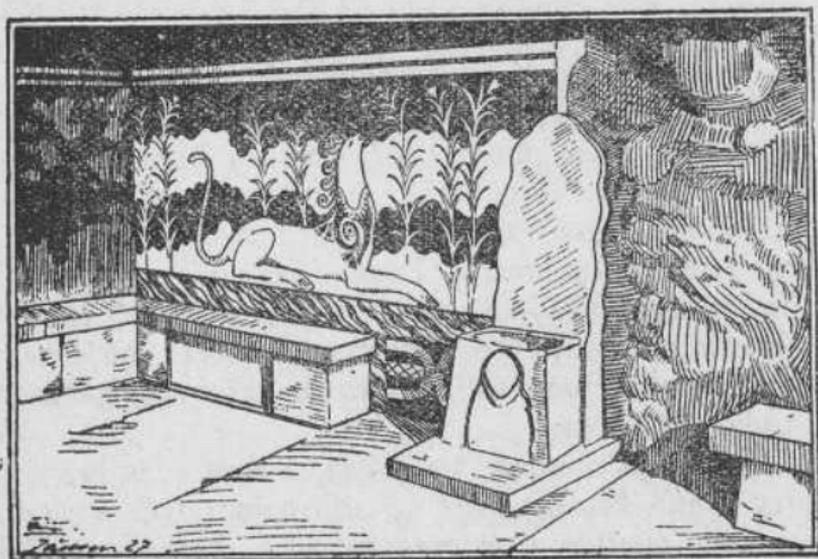
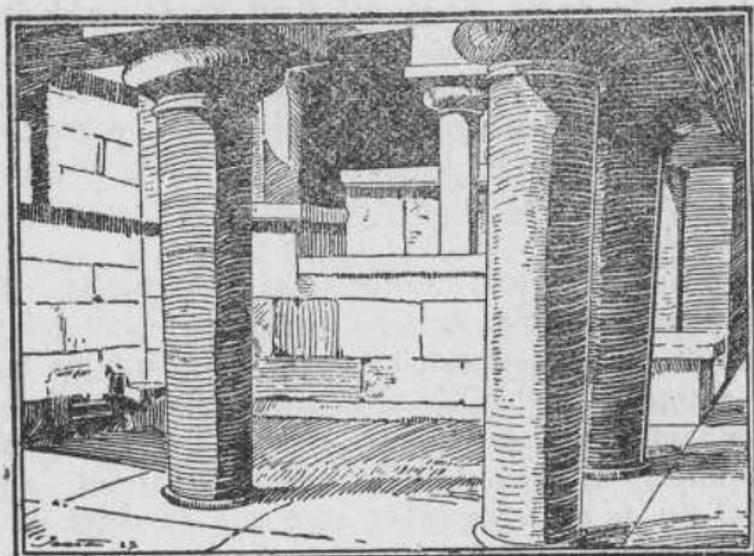
En la Europa bárbara, la primitiva técnica del trabajo del oro fué paralela al de la piedra, esto es, a martillo, y al del bronce, después, cuando se descubrió la fundición de los metales. Las joyas más usuales son cuentas de collar, anillos, brazaletes, adornos para el cuello, entre los que merecen citarse los de forma de media luna, de Irlanda, pendientes, placas, adornos para el pelo, y, por último, vasos.

La plata, que se buscaría también en los aluviones o se obtendría mediante zanjas de filones superficiales, fué también conocida y apreciada en la Edad del Bronce, pero en menor escala que el oro.

7.—*El traje y el adorno.*

Ya hemos insistido en el anterior capítulo (página 101) que es sumamente difícil el estudio del vestido del hombre prehistórico, y que solamente

LÁMINA XVII



Palacio de Cnosos (Creta). 1.—Sala de las columnas y gran escalera. 2.—Sala del trono.

pueden suministrar indicaciones el estudio de las representaciones humanas del arte y algunos hallazgos de restos de vestidos en casos verdaderamente excepcionales. Los abundantes monumentos gráficos de la cultura egea, por un lado, y por otro los hallazgos de vestidos de los sarcófagos de roble de Jutlandia, nos servirán para conocer una vez más el antagonismo entre el Norte bárbaro y el Sur civilizado.

Causa verdadero asombro el contemplar las representaciones de trajes de mujeres egeas, pues no sólo no se parecen en nada a los usados en la antigüedad clásica, sino que si se busca algún punto de comparación, hay que buscarlo en las modas actuales. G. Glotz, al estudiar los vestidos de las mujeres egeas, dice que "a veces parecen copiar modelos de París". Llevaban una falda acampanada larga, muy adornada con labores de pasamanería, bordados, y, más frecuentemente, con volantes. Por lo general, llevaban el torso desnudo o cubierto en parte por una blusa de mangas cortas, abierta por delante. Para el tocado hubo infinitas modas: capotas, tiaras, bonetes, turbantes planos, etc. Los hombres cretenses iban, por lo general, desnudos, con un taparrabos o una falda corta; los micénicos usaban pantalones cortos. Para ceremonias se vestían con túnicas largas, de colores vivos, muy adornadas. Tanto los hombres como las mujeres usaban capas para salir fuera de casa y calzaban sandalias y botas.

Los egeos amaban las joyas, y tanto los hombres como las mujeres se adornaban con sortijas con piedras preciosas talladas, brazaletes y collares formados por perlas de ágata, amatista,

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

cianita, etc., y flores, figuras de animales o humanas de oro. Para el pelo usaron alfileres de cobre o de oro, con cabezas adornadas con trabajos a cincel o con piedras preciosas, y diademas de oro.

Frente a esta rica explosión de arte y de buen gusto contrastan, por su sencillez y pobreza, los vestidos empleados por el hombre del Norte de Europa. Proceden éstos de enterramientos hechos en sarcófagos de madera de roble, en túmulos de Jutlandia. Su conservación se debe al tanino de la madera. Los hombres (se conocen cinco sepulcros) iban vestidos con una capa redonda, una especie de túnica con un cinturón, un bonete circular o alto. Las mujeres llevaban una falda amplia, una blusa corta, con mangas, una cofia y dos bandas estrechas o cinturones. Esta ropa estaba tejida con lana y pelo de cérvidos.

También el hombre nórdico gustó de llevar brazaletes, anillos, collares y cadenas, alfileres en el pelo, etc. (véase pág. 152); pero no igualan de ninguna manera a los de los pueblos egeos. Una mujer de los sarcófagos escandinavos llevaba con otros objetos de adorno un pequeño puñal de bronce.

8.—Palacios, ciudades y fortalezas.

El esplendor de la cultura egea se aprecia, sobre todo, en los maravillosos palacios de sus reyes, tanto los de Cnosos, Festos y Hagia-Triada, en Creta, como los de Micenas y Tirinto, en el continente griego. Todos estos grandes edificios fueron construídos con bloques de piedra

cuidadosamente tallados, unidos por mortero. La distribución de los palacios cretenses era muy complicada. Las entradas no eran centrales, sino que estaban situadas en los ángulos, y por salas de guardia y pasillos se llegaba a un patio central de grandes dimensiones. En Cnossos mide 60 metros de largo por 29 de ancho y está orientado de Norte a Sur. En las cuatro direcciones parten corredores que ponen en relación las dependencias del palacio, las salas del trono (lámina XVII, fig. 2) y de recepciones, los santuarios con sus sacristías y salas de purificaciones, los tesoros, los departamentos privados, los almacenes y los talleres. En los departamentos privados había dormitorios, salones, cuartos de baño y retretes, que comunicaban con una alcantarilla que recogía las aguas residuarias del palacio.

Estos palacios tenían dos plantas, pues hay escaleras, flanqueadas por columnas. (Lámina XVII, fig. 1.) Estas se usaban también para el apoyo de la planta superior, bien aisladas o agrupadas.

En los primeros tiempos fueron pilares cuadrados de piedra; después, columnas de madera en forma de tronco de cono invertido, pintadas con colores vivos. Más adelante, esto es, en el siglo XVII, se construyeron columnas de piedra cilíndricas u octogonales, que se decoraron con exceso.

La cubierta consistía en terrazas disimétricas. En el exterior estaba situado el teatro, y en Cnossos había un pequeño palacio.

Mientras que los reyes cretenses edificaron sus palacios en el llano o en el flanco de las colinas, los micénicos construyeron en la cima de los montes verdaderas fortalezas, provistas de fuertes

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

muros. Las entradas se hacen por rampas que bordean el recinto, y por puertas bien defendidas. Pasillos interiores llevan a porches cubiertos (propyleos), a un patio, y, por último, a una gran cámara (megarón), donde ardía siempre el fuego. A ambos lados estaban las restantes habitaciones.

Las casas particulares fueron construídas con ladrillos secos al sol. Por esta razón no se ha conservado casi nada. Conocemos su aspecto exterior por una serie de placas de fayenza encontradas en Creta, que pertenecen al siglo *viii* precristiano. Son de varios pisos y están construídas con ladrillo o piedra y con las maderas al descubierto; tienen ventanas, que probablemente estarían cerradas por pergaminos engrasados.

En el Occidente, Centro y Norte de Europa, las viviendas de la Edad del Bronce no representan adelantos en relación con las antecesoras del Neolítico. Son rústicas casas de madera, y, en el Sur, de piedra, cubiertas por ramas y arcilla, sin ningún lujo y comfort. Las tejas y los ladrillos siguen desconocidos.

En muchos sitios, especialmente en Francia, se continuaron habitando los poblados neolíticos hasta la época romana (Camp de Chassey). Las casas son de piedra, sin argamasa de unión, frecuentemente rectangulares y pequeñas.

Los datos que poseemos sobre España se refieren exclusivamente a los primeros tiempos de la Edad del Bronce, esto es, a la época de El Argar. El más importante poblado es el conocido con este nombre, que está situado en las proximidades del pueblo de Antas (Almería). Está enclavado en una loma cortada a pico en su parte

I. P. DE BARRADAS

occidental y defendida en el resto de su perímetro por un muro de piedras. Dentro de él aparecieron series de muros longitudinales de unos ocho metros de longitud y 0,5 metros de grueso, que distaban 1-2,5 metros entre sí y que se unían en un ángulo ligeramente agudo. Las casas del poblado de Campos (Almería) eran las mejor conservadas al ser excavadas por los hermanos Siret. Una de ellas se encontraba en la cima de un cerro y constaba de dos recintos de forma trapezoidal. El exterior estaba flanqueado por tres torres, dos redondas y una rectangular, y en la parte Sur formaba una curva entrante. Los muros, que tenían 40-60 centímetros de espesor, estaban hechos de piedras mezcladas con barro, y no se abrió la zanja para los cimientos. El techo sería de cañas o ramas mezcladas con barro, y se apoyaría en puntales de madera. Estos sostendrían también un piso superior, formado por maderos cubiertos de tierra.

Las viviendas del Norte de Europa no aportan nada nuevo a cuanto hemos dicho al tratar del Neolítico (pág. 113), ni tampoco los palafitos suizos. En las terramaras italianas se ve utilizado este sistema de construcción por un pueblo diferente. Aquí se trata de poblados situados sobre tierra firme más o menos pantanosa, rodeados por fosos con agua corriente. Las casas están construídas sobre pilotes, como los palafitos.

9.—El comercio.

La repartición geográfica desigual del cobre y del estaño fué probablemente la causa principal del desarrollo del comercio en los tiempos bron-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

cievales, que no se realizaba tan sólo dentro de los círculos culturales, como en el Neolítico, sino entre lejanas regiones. El continente europeo estaba cruzado en todas direcciones por una serie de vías comerciales que ligaban entre sí el Norte con el Sur y el Oeste con el Este.

En la Edad del Bronce apareció el oficio de comerciante, que viajaba con las mercancías. Muy buenos datos de la psicología de sus relaciones con los compradores nos dan los "depósitos", esto es, los conjuntos de objetos metálicos nuevos ordinariamente enterrados en un puchero de barro. A veces el comerciante habrá escondido su mercancía en tiempos de guerra, o por temor al encuentro con bandidos, o como medida de precaución para no despertar ambiciones. También es posible que ocultaran la mercancía para obtener una mayor ganancia, dando la impresión de un ficticia escasez. También estos comerciantes habrán sido, pues se conocen depósitos de objetos rotos, fundidores ambulantes, que habrán ido de uno a otro lugar fundiendo y componiendo objetos o cambiando por piezas nuevas las deterioradas por el uso. De todas maneras, gracias a esta intensa comunicación comercial, se propagó muy pronto por Europa el conocimiento del bronce.

Audaces comerciantes fueron los egeos, especialmente por sus relaciones con Egipto y Asia Menor. Las naves cretenses, primero, y las micénicas, después, surcaron el Egeo en todas direcciones. En Chipre adquirieron cobre en lingotes; en los puertos de Pylos, ámbar; en la costa asiática, marfil, perfumes y caballos, y en Egipto, legumbres secas, oro y plata, vidrios, porce-

lanas, vasos de piedra, etc. Por estas materias ofrecían aceite, vino, toros, trajes, armas, objetos de adorno y cerámica. Los restos de esta última, de procedencia cretense, se encuentran hasta en Nubia, y la micénica por una parte hasta Macedonia y orillas del Mar Negro, y por otra hasta Italia del Sur y Sicilia.

Un centro comercial importante fué Tartessos, que, según nuevas investigaciones de P. Borchardt y A. Herrmann, estaba situado, no en la desembocadura del Guadalquivir, como supone A. Schulten, sino en Libia. P. Borchardt, que se basa principalmente en la revisión de los "Diálogos" de Platón, en que se habla de la Atlántida, ve en las indicaciones del autor de los "Diálogos" que utilizó referencias de Solón y que las adaptó a los conocimientos geográficos de su época. El situar a la Atlántida en la Syrte Menor parece comprobado por los relatos geográficos de la antigüedad y por el origen libio de los nombres. Los estudios de A. Hermann han avanzado en esta manera de ver la cuestión, puesto que considera que las columnas de Hércules no fueron en un principio el Estrecho de Gibraltar, sino dos oasis, situados en la desembocadura del Schott-et-Djerid, en la Syrte Menor, que hoy se llaman El Melah y Oudref. En las cercanías de éste estaría situada la ciudad de Poseidón, capital de la Atlántida.

El Schott-et-Djerid sería el Atlántico, y la ciudad de Tartessos, con sus riquezas metalúrgicas y el Monte de Plata, estarían situados en la parte occidental externa del Schott, cerca del oasis Nefta. Aquí, según el arqueólogo francés Tissot, desenterraron los indígenas un barco que, a juz-

gar por el relato, parece ser una galera. Al mismo autor le indicaron el emplazamiento de un puerto. El antiguo camino de la Syrte, cerrado por los cartagineses en el año 540 antes de Jesucristo, cayó en olvido; pero los nombres que permanecían fijos en la memoria de los hombres fueron aplicados después a España, aunque no se ajustaran con exactitud.

Después de esta digresión volveremos a ocuparnos del comercio europeo, siguiendo las costas mediterráneas. Desde Italia, las mercancías llegaron al Norte de Europa por un camino de comercio que escalaba los Alpes por el paso del Brenner, y que bajaba al valle del Danubio, desde el que, por medio de las cuencas del Saale, Moldava y Elba, llegaba al Mar Norte.

Poco puede decirse del comercio de la Península Ibérica durante la Edad del Bronce, lo que es tanto más chocante por su riqueza metalúrgica. Unicamente, el depósito de la ría de Huelva, perteneciente al final de la Edad del Bronce, que ha sido considerado como el cargamento de un barco comercial, habla en favor de una unión, en Andalucía, del comercio mediterráneo con el costero atlántico. Las discusiones sobre la situación de las islas Cassiterides, o sean las islas del Estaño, de la antigüedad, han probado que este nombre se fué aplicando sucesivamente a las gallegas, las de la Bretaña francesa y, por último, a las inglesas. Diódoro nos refiere que los habitantes de Cornwall confeccionaban grandes barras de estaño, que llevaban en carros durante la marea baja a las islas del litoral. Desde aquí pasaban en barcos a las Galias, y sobre caballerías llegaban a la desembocadura del Róda-

no. Irlanda comerci6 principalmente con oro en bruto o con joyas, as6 como Siebenb6rgeren.

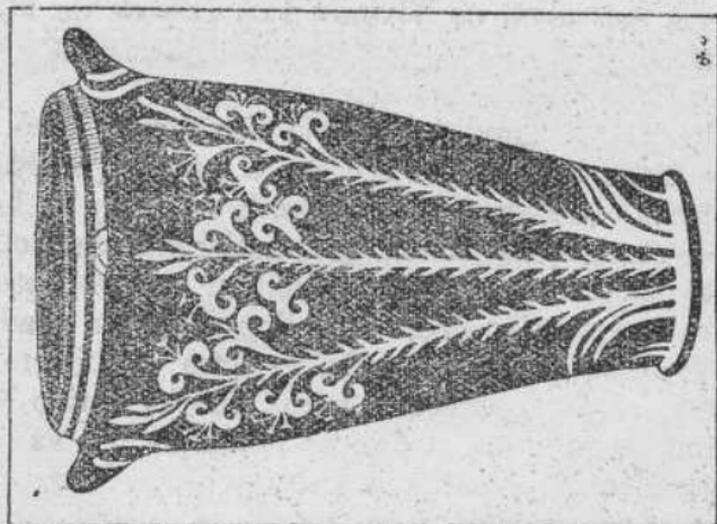
El Norte de Europa estableci6 el cambio de metales u objetos manufacturados por el 6mbar de Jutlandia, que lleg6 hasta Irlanda, Italia y Grecia.

Este comercio a gran escala es imposible sin la existencia y adopci6n de un sistema de pesas y medidas. Los egeos adoptaron bien pronto los sistemas babil6nico y egipcio. Con la est6tera egipcia hay que relacionar lingotes de cobre de Kyme, Micenas y Eukomi, y los pesos de los palafitos suizos, que son de plomo y estaban dotados de un asa.

10.—*El arte.*

Resulta extraordinariamente dif6cil dar en breves l6neas un resumen del maravilloso arte cretense, que no s6lo sobrepuja en expresi6n est6tica al de los pueblos contempor6neos europeos, sino al sincr6nico egipcio de la XVIII dinast6a y al de Mesopotamia. Los egeos eran un pueblo de artistas que amaban con pasi6n lo bello, pues convirtieron aun los m6s sencillos objetos en verdaderas obras de arte. Fueron, como dice G. Glotz, los japoneses del Mediterr6neo.

Para comprender esta audaz comparaci6n basta ver las maravillosas pinturas murales de los palacios de Cnosos, Hagia, Triada, Phylakopi, Tirinto y Micenas. Entre los del primero llama la atenci6n el del colector de azafr6n, los de danzarinas y el que representa delfines y peces. Los del segundo est6n dedicados a motivos florales. Maravillosos por su fuerza decorativa y colorido son el



Cerámica minoica. 1.—Vaso de Cnosos (Creta) del estilo de Camares. 2.—Vaso de los lirios de Cnosos, del estilo del Palacio.

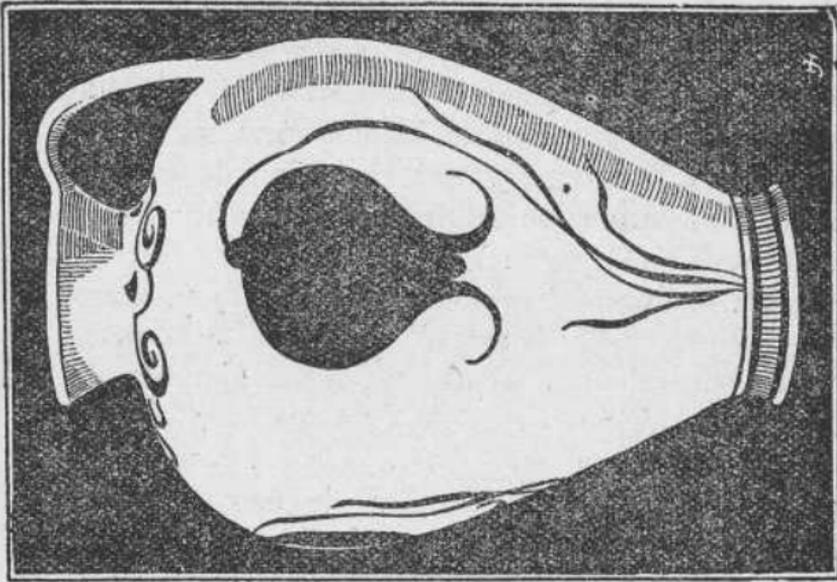
J. P. DE BARRADAS

fresco de los peces voladores de Phylakopi y la cacería del jabalí de Tirinto. Los frescos de Micenas, de corridas de toros y de guerreros, indican la decadencia del arte.

Un sentido agudizado de la decoración llevó a los artistas de Cnossos a crear el relieve pintado. La pieza conocida más importante es el rey de los lirios. Aunque la plástica egea está reducida a objetos pequeños, no se debe olvidar que el naturalismo y el sentido decorativo llegaron a un grado extremo de perfección. En fayenza se hicieron flores, frutos, crustáceos, peces, cabras dando de mamar a sus crías, y figuras humanas; en vasos diminutos de esteatita se esculpieron escenas de lucha o procesiones, y en marfil se tallaron animales heráldicos y figuras humanas. Merecen especial mención el taurómaca y la diosa de las serpientes, que, por su belleza serena, pueden colocarse al lado de las mejores obras griegas. De bronce hay también figuras humanas. En piedra tallaron los micénicos, aunque sin éxito, estelas y las figuras de leones de la puerta de Micenas. Por el contrario, entre las piedras de sello hay verdaderas maravillas.

La cerámica egea discrepa también de una manera sorprendente de la sincrónica del continente europeo.

En Creta se conoció muy pronto el torno, y entre los escasos restos cerámicos del período primitivo minoico se ven, primero, el barniz brillante y los adornos incisos rellenos de pasta blanca, y más tarde, los colores y motivos decorativos curvos. Más adelante, en el minoico medio primero, se desarrolla esta decoración, la cual culmina en la llamada cerámica de Camares. Las formas son



1.—Vaso del estilo decadente del Palacio, de Zafer-Papura (Creta).
2.—Vaso micénico y micénico. Cerámica minoica y micénica.
2.—Vaso micénico de Phylakopi.

variadas y de gran elegancia de línea, y la decoración, formada por círculos, espirales, zig-zags, representaciones de plantas y figuras de peces y humanas, de colores fuertes, ocupa la superficie de los vasos. Son altamente decorativos, y aunque se resienta su arte por la incoherencia, el recargamiento y la irregularidad, no dejan de carecer de encanto para la sensibilidad artística moderna. (Lámina XVIII, fig. 1.)

Hacia el final del minoico medio (III) se acentuó el gusto a lo "barroco", iniciándose la marcha al naturalismo, siendo un buen ejemplo de ello el vaso de los lirios de Cnossos, que es una verdadera obra de arte. Otros vasos llevan decoraciones de pulpos y estrellas de mar. Aunque correspondían a una época de decadencia, los vasos del estilo del Palacio son bellos y notables por su ornamentación estilizada de flores, hojas, animales acuáticos y dobles hachas, pintados de oscuro sobre fondo claro. Sus formas son variadísimas: ánforas panzudas, esféricas, cónicas, globulares, etcétera. (Lámina XIII, fig. 2; lámina XIX, fig. 1.)

No queremos dejar de llamar la atención sobre los grandes *pithos* con decoración plástica de los almacenes del palacio de Cnosos, que miden 1,18 y 1,40 metros de altura, ni sobre el baño con toros pintados de Gurnia, de 47 centímetros de alto y 1,17 metros de largo. Ambas piezas son ejemplos claros de la destreza de los alfareros cretenses para modelar y cocer.

La cerámica micénica no va muy a la zaga de la minoica. Sus formas son harmónicas, especialmente las ánforas panzudas y las copas. La decoración

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

tuvo primitivamente carácter naturalista, como se ve en las ánforas de Pylos y Philakopi (lám. XIX, fig. 2), y en el vaso de los gansos de Argos. Más adelante hubo una tendencia a la estilización, acusada ya en el vaso de los guerreros de Micenas, y de una manera manifiesta en el de Tirinto, que culmina en los ejemplares de Ægina y Jalysos, cuyos dibujos carecen de firmeza y de sentido artístico.

Aunque de estos vasos minoicos y micénicos se hizo un activo comercio (véase págs. 159-160), no influyeron para nada en el desarrollo de la cerámica del continente europeo; pero podemos deducir una verdadera fabricación industrial. Por el contrario, la cerámica del continente europeo corresponde, durante la Edad del Bronce, a una industria localizada en mayor o menor escala, como en el anterior período neolítico. Los barroes son finos; la cocción, perfecta, y el perfil, muy regular. Las asas están ya muy desenvueltas y en número variable (de cuatro a una), según las piezas. Sus formas son vasos doble-cónicos, ollas de panza esférica, jarras, tazas, cuencos, etc., y su superficie estaba decorada con incisiones profundas, acanaladuras o mamelones. Al final de la Edad del Bronce aparecen unos vasos de forma de grano de trigo, con un cuello cilíndrico en su parte media y un orificio en un extremo, que se interpretan como biberones.

En la Península Ibérica sólo se conoce la cerámica de El Argar, que corresponde a los primeros tiempos broncevales, y sus tipos principales son el cuenco esférico, la tinaja grande, casi esférica; el vaso de paredes cónicas y el fondo semi-

J. P. DE BARRADAS

esférico, y la copa de pie alto. (Lámina XX, figuras 5 y 6.)

Lo mismo que sucede con la cerámica, ocurre con el arte plástico y ornamental de Europa, que acusan una falta de inspiración y una carencia casi absoluta de técnica. El retroceso en relación al Neolítico es manifiesto, pues lejos de sobrepasar el arte esquemático, aceptó las representaciones deformadas y las produjo con manifiesta torpeza. Tampoco los arquitectos supieron sacar partido de la construcción de los grandes monumentos megalíticos del pasado.

Comenzaremos por señalar la existencia de grabados rupestres entre Cuneo y Ventimiglia, cerca de la frontera francoitaliana, esto es, en los valles vecinos al Monte Bego. Se encuentran a gran altura sobre el nivel del mar (a 2.600 metros los más altos, cerca del nivel de las nieves perpetuas, y a 1.890 metros los más bajos) y en una zona desierta y poco propicia para la vida humana. Las representaciones más numerosas son las de bóvidos libres o uncidos a carros, arados o trineos. Estos animales se figuran vistos por encima, y con frecuencia no enteros, sino solamente la cabeza con los cuernos, de manera muy esquemática. A los arados van uncidos, por regla general, dos bueyes, y excepcionalmente tres o cuatro. Con frecuencia los guían figuras humanas. También aparecen estas últimas muy esquematizadas y lineales, llevando de la mano alabardas con un mango exageradamente largo. Como objetos aislados se reconocen puñales, alabardas, espadas, lanzas, utensilios varios, azadones, hoces, carros, etc. Resta, por último, el indicar la existencia de signos de interpretación dudosa, como espirales, ruedas,

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

etcétera. El significado de estas figuras parece ser imágenes votivas de carácter religioso. Es posible que aquellos antiguos agricultores del principio de la Edad del Bronce subieran a la región alpina a tributar un culto a una divinidad agrícola, semejante a Saturno, que era el dios de las cosechas y de los fenómenos celestes.

Otra zona de grabados rupestres de la Edad del Bronce se encuentra en Escandinavia, y especialmente en Suecia del Sur, en la región limítrofe de Noruega y en el Este de Schonen. Los grabados aparecen raras veces en las piedras sepulcrales, como ocurre en Kivik, y sobre todo en planos rocosos poco inclinados, situados a media ladera y en el centro o márgenes de los territorios más propicios al cultivo. En algunos casos se han encontrado en las proximidades de las rocas grabadas restos de grandes hogares de sacrificios. Las figuras más corrientes son barcos muy estilizados, con espirales o cabezas de animales, en los que, si bien no se han representado ni remos, ni velas, llevan con frecuencia un disco, un árbol o dos grandes hachas. Con frecuencia se indica la tripulación tocando trompetas, saltando o bailando. Las figuras humanas más frecuentes son hombres armados, escenas de luchas y de amor, agricultores llevando el arado, trompeteros, portadores de ruedas, procesiones, etc.. También hay jinetes y carros, llevados por caballos o toros. Además de estos animales, aparecen ciervos y algunas raras figuras de cerdos y perros. Por último, indicaremos la existencia de imágenes aisladas, de armas y enseñas simbólicas, como ruedas, círculos, huellas de pies, etc.

Este arte rupestre tuvo su origen en la Edad de la Piedra pulimentada, y se desarrolló progresivamente hasta el principio de la Edad del Hierro, como demuestran las figuras de jinetes de Tanum, que llevan escudos rectangulares.

Algunos autores sólo han visto en él entretenimientos sin finalidad práctica alguna, o sucesos históricos, opiniones ambas que no pueden sostenerse. Más acertado es el considerar estos grabados relacionados con la religión, el culto o la magia (véase más adelante), pues sólo los de época tardía tienen, o pueden tener, un significado profano.

Nos falta, por último, ocuparnos del arte decorativo de utensilios o armas de metal que están adornados, en parte, con motivos ornamentales neolíticos, como meandros, círculos, zigzags, rombos, triángulos, etc., y en parte con otros nuevos, como círculos concéntricos ligados por líneas rectas paralelas y espirales. A pesar de no ser muy numerosos los motivos, los artistas supieron agruparlos con variedad, y obtuvieron así un arte verdaderamente decorativo, aunque pobre en relación al del círculo cultural egeo.

II.—*Las sepulturas.*

En la Edad del Bronce hay la diversidad más extrema en los ritos funerales. En el Egeo se usaron las sepulturas en las cuevas o en las grietas de las rocas. También se excavaron cuevas artificiales, pozos o fosas, o se construyeron grandes sepulturas de falsa cúpula, como la llamada "Tesoro del Atreo", de Micenas, que injustificadamente se ha relacionado con los dólmenes españoles.

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

En Europa, también las prácticas funerarias de la Edad del Bronce fueron muy variadas. Al principio siguieron en uso las sepulturas en grutas y cuevas, y, sobre todo, en cistas, esto es, en cajas hechas por losas de piedra de pequeñas dimensiones. También fué corriente el sepelio en cámaras de planta rectangular con cubierta plana, o circulares, con falsa bóveda, dentro de un túmulo de tierra y piedras pequeñas.

Lo predominante en los primeros siglos de la época broncieval fué la inhumación, haciéndose general la incineración en los últimos tiempos. Las cenizas se guardaban en vasos de cerámica. Por otra parte, ambas prácticas responden a las ideas anteriormente expuestas (véase pág.). Sobre el culto a los muertos trataremos más adelante. Debemos indicar que se dió a los muertos sus armas y utensilios.

12.—*La religión.*

4 En el II milenario precristiano hubo en Europa un cambio general de ideas religiosas, aunque siguieron subsistiendo la magia y el animismo. Sin embargo, hemos de indicar que lo que sabemos de la religión anterior al politeísmo antropomorfo de la época clásica es bien poco.

En el Egeo, la religión parece influída por las de las regiones vecinas, aunque también las analogías han podido tener un origen independiente. Como restos de cultos fetichistas hay que citar el de las piedras sagradas, el pilar, la doble hacha, el escudo, los árboles, el toro y la paloma sagrados. Al mismo tiempo aparece una divinidad femenina, de la fecundidad y de la muerte, y a su

lado hay dos divinidades, una femenina: Britomartis, diosa de la juventud y del amor, y otra masculina: el Minotauro, que tomaba la forma de un toro. Se conocen lugares de culto, al aire libre, donde espesas capas de cenizas indican restos de ofrendas, en grutas y en santuarios. Estos eran públicos y privados, siendo el más importante el del palacio de Cnossos, que tenía una sala próxima para la purificación lustral, y la sacristía en una cripta. También se han conservado altares de tierra cocida coronados por pares de cuernos. Las ceremonias consistían en adoraciones, danzas rituales, procesiones, sacrificios y ofrendas.

En Europa, la religión consistió en la adoración de los poderes sobrenaturales, como el sol, la luna, las fuentes termales, etc. Naturalmente, los hombres no se pudieron desprender fácilmente del animismo y de la magia, que tanto arraigo tuvieron en el Neolítico. Las explicaciones de Bing, Schnitger, Ekholm y Norden de los grabados rupestres escandinavos parecen ser más acertadas que las de los autores que anteriormente trataron la materia. El paso de la magia a la idea de los dioses tendría lugar de una manera paulatina, por lo cual pueden resultar ciertas explicaciones diferentes sobre un punto determinado. Así, es posible la idea de J. Bing de que una parte de las representaciones de barcos de las rocas escandinavas fueran de barcos de verdad para los que se deseaban bendiciones de los poderes sobrenaturales. También es factible que estas rocas nórdicas respondan a ideas mágicas, como quiere Schnitger, y que sus grabados hayan tenido por finalidad el provocar el sol, la fertilidad de los campos y la suerte en la caza.

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

En sus primeros tiempos, los grabados rupes-
tres escandinavos estuvieron en relación con el
culto a los muertos. Esta idea, que es muy vero-
símil, si se da participación a otras explicaciones,
ha sido dada de una manera exclusiva especial-
mente por Holmboe, para quien los barcos eran
representaciones de los navíos en los que los
muertos hacían su viaje al otro mundo; las rue-
das, carros y huellas de pies tenían también rela-
ción con este viaje, y las cazoletas eran platos de
sacrificio a los muertos. Sin embargo, es indu-
dable que los grabados, especialmente los de las
piedras sepulcrales, servían para la custodia de
los muertos, y que los de Kivik representan las
ceremonias de sepelio y los objetos de culto uti-
lizados para lograr la fuerza mágica de los
muertos.

Por una serie de razones que no es del caso
exponer, este culto a los muertos está en tan es-
trecha relación con el culto a la fertilidad, que hace
muy difícil el averiguar si en un caso determina-
do se está en presencia de uno u otro, puesto que
los símbolos son comunes.

También parecen hablar los grabados escandi-
navos del culto al Sol, muy repartido por todo el
Continente. De esta manera, H. Schneider consi-
dera las figuras de barcos como embarcaciones del
dios Sol o de la fertilidad, especialmente aquellas
que llevan un disco o un árbol. También inter-
preta muchas figuras como escenas de culto. Así
hay que considerar los adorantes, los trompete-
ros, las procesiones y los barcos llevados por hom-
bres o por caballos.

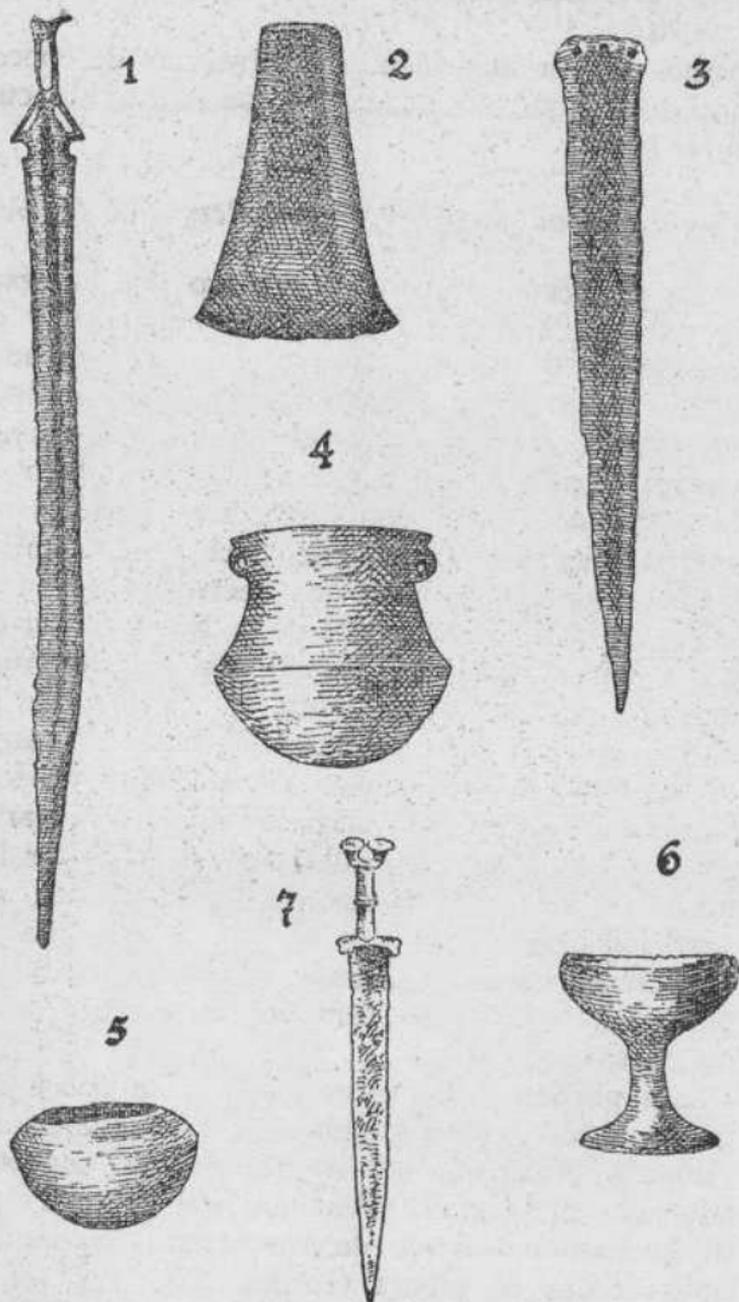
La comprobación de este punto la tenemos es-
pecialmente en los carros procesionales y en las

barcas con signos solares. El más importante de los primeros es el de Trumholm (Seeland), es un pequeño carrito de bronce, de seis ruedas que podían girar libremente sobre su eje. Sobre las de las cuatro delanteras se apoya un caballito de estilo arcaico, y sobre las traseras, un disco cubierto en su parte central por una lámina fina de oro estampada y grabada. Entre las segundas es importante el hallazgo efectuado en Nors (Tutlandia) de un centenar de pequeñas naves de oro, trabajadas a martillo, que llevan en sus paredes externas círculos concéntricos. Estos círculos, ruedas y sus derivaciones, y la swástika, se encuentran repartidos en todo el Continente.

En los grabados escandinavos se ven escenas míticas en los combates, que representan la lucha del invierno y del verano, y se reconocen las estaciones en la pareja amorosa, en la muerte del novio, en el duelo de la novia y en su resurrección y venganza; pero, aunque Bing y Kossina pretendan hasta buscar dioses diferentes, hay que reconocer como más probable que se trata de escenas de culto, y no mitológicas.

El culto a los poderes naturales de los lagos, ríos y fuentes lo vemos comprobado por los objetos votivos. Especialmente, las fuentes termales, por sus propiedades curativas, fueron objeto de gran veneración. El ejemplo más notable nos lo ofrece el hallazgo de espadas y otros objetos en el orificio de la antigua fuente del conocido balneario suizo de Saint-Moritz (Suiza). En relación con este culto a los genios lacustres, coloca J. Déchelette las representaciones de cisnes.

Las posibilidades del culto al toro y al hacha se basan en pequeño número objetos, en los que



Cerámica y armas de las Edades del Bronce y del Hierro de España.
 1.—Espada de bronce de Sigüenza (Guadalajara). 2.—Hacha plana de cobre de Torreorgaz (Cáceres). 3.—Espada de bronce de Linares (Jaén).
 4-6.—Cerámica del tipo de El Argar. 7.—Espada de hierro de antenas de Aguilar de Anguita.

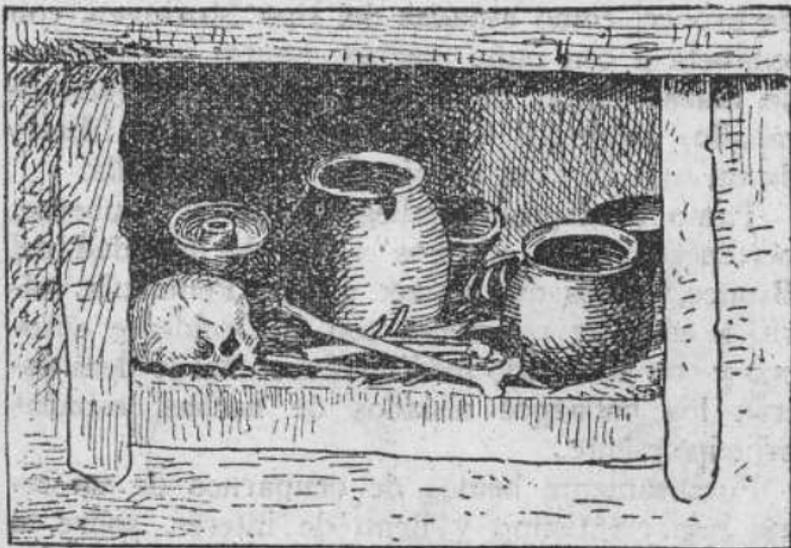
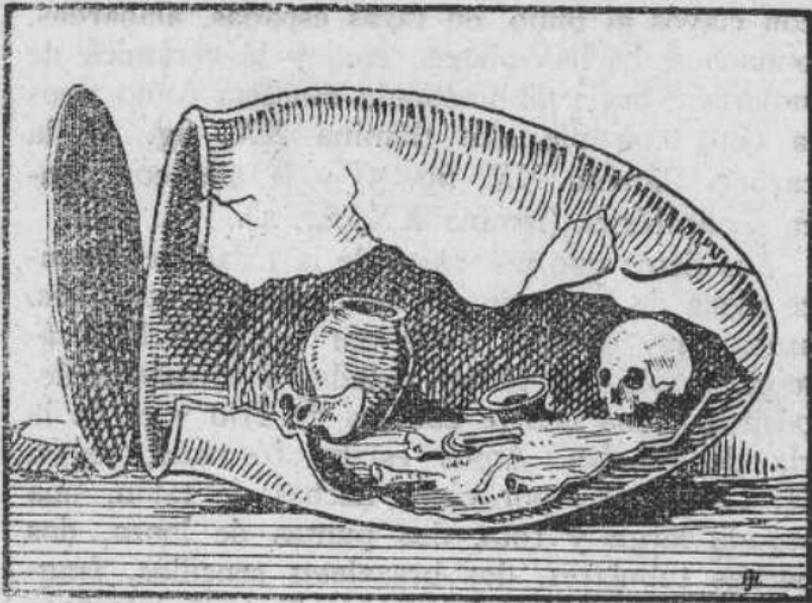
hemos de ver más bien supervivencias de épocas anteriores, que no relaciones con el círculo cultural egeo.

13.—*La Edad del Bronce en la Península Ibérica.*

Es un hecho sumamente curioso que, a pesar de ser la Península Ibérica rica en cobre y de no carecer de estaño, sólo se conozcan poblados y necrópolis de los primeros tiempos de la Edad del Bronce. Parecen faltar elementos de los tiempos medios y en la fase final, pues si bien se han hallado numerosos ejemplares aislados de hachas, espadas, puntas de flecha, etc., no se conoce ni un poblado ni una necrópolis.

En los primeros tiempos de la Edad del Bronce, el círculo cultural almeriense del Neolítico originó, por evolución lenta, la cultura de El Argar, que, si bien se extendió hasta Portugal y Cataluña, se fué haciendo más pobre conforme se aleja de su foco originario. Por otra parte, en el resto de la Península parecen subsistir los mismos pueblos del Eneolítico, en idéntica repartición geográfica, y se nota la persistencia de tradiciones culturales, tanto de ciertos tipos sepulcrales, como de la cerámica de la cultura de las cuevas.

Los poblados que se conocen de la época argárica están todos situados en la provincia de Almería, mientras que sepulturas se conocen, además, en Granada, Portugal y Cataluña. Las de la localidad típica de El Argar son de dos tipos: cistas de piedra (lámina XXI, fig. 2), o grandes tinajas de barro (lámina XXI, fig. 1), estando en uso la incineración y la inhumación.



Sepulturas de la Edad del Bronce (Epoca argárica).

J. P. DE BARRADAS

Los tipos de metal consisten en puñales sujetos con clavos al puño, en raras espadas, alabardas, punzones, hachas planas, etc., y la cerámica de superficie lisa y pulimentada muestra como tipos la copa con pie alto (lámina XX, fig. 6), la cazuela (lámina XX, fig. 5) y la olla con panza semiesférica (lámina XX, fig. 4).

Los datos que poseemos de la Edad del Bronce plena de la Península son, como hemos dicho antes, muy escasos. Falta por completo la cerámica, y sólo hay piezas aisladas o formando depósitos, como ocurre con los de Hio y el de la ría de Huelva. Aquél estaba formado, según H. Obermaier, por cinco hachas de talón, una espada larga y rota, dos puntas de lanza, dos hachas tubulares, dos brazaletes sencillos, fragmentos de vasos de bronce y otros sin interés o de difícil determinación.

El depósito de Huelva consiste en 150 piezas de bronce, como espadas del tipo Moringen, con lengüeta o con puño macizo; puntas y regatones de lanza, puntas de flecha, probables frenos de caballo, supuestos trozos de un casco, y fíbulas de un tipo de arpa propio de Italia y Sicilia.

Tanto el depósito gallego como el onubense, pertenecen a los últimos siglos de la Edad del Bronce, en los que parece que la Península volvió a entablar relaciones con el Occidente europeo y con el mundo mediterráneo. Así lo demuestran los hallazgos aislados de hachas, espadas principalmente.

Forzosamente hemos de ocuparnos de un tema importantísimo y lleno de interés, sobre el cual ha llamado la atención, en 1923, el profesor H. Obermaier. Nos referimos al arte ru-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

pestre gallego, que según el mencionado autor, es "posterior al Neolítico (Eneolítico), aunque con reminiscencias de él, y anterior a la época céltica". Se trata de grabados en lajas graníticas, bajas, horizontales o con pequeños declives, que se pueden dividir en varios grupos: uno de dibujos lineales sencillos que representan figuras humanas o de animales ultraesquematisados; otro de círculos sencillos o concéntricos, o a base de cuadriláteros u óvalos; un tercero, de representaciones de animales muy estilizadas, pero con reminiscencias realistas, y, por último, figuras complicadísimas, formadas por complicaciones y agrupaciones de rayas, círculos, cazoletas, puntos, etc. Sobre el significado de estas rocas con grabados, no se atreve tan alta autoridad como el profesor H. Obermaier a dar una contestación concreta. "Se trata—según dice—, con mucha probabilidad, de sitios sagrados de culto, cuyos misterios desconocemos por completo. ¿Estarían relacionados con ideas de astrología, manismo o adivinación? ¿Serían oratorios dedicados al culto de las fuerzas de la Naturaleza, tales como la luz, el agua? ¿Hay que ver en ellos sitios de sacrificios, o de asambleas político-religiosas, correspondiendo a los grabados ya el valor de una escritura primitiva? Lo ignoramos; pero es de esperar que también este problema se aclarará con el tiempo."

No queremos dejar de ocuparnos de los importantes monumentos de las islas Baleares, pertenecientes a la Edad del Bronce, donde se superpone a una época argárica la cultura de los talayots, que llega hasta la época romana.

Los talayots, como las navetas y las taulas, que

J. P. DE BARRADAS

están contruídos con grandes piedras formando gruesos muros, elevados a partir del final de la Edad del Bronce. Los primeros, que se asemejan a los nuragues de Cerdeña, tienen forma cónica o de pirámide truncada, y, tanto ellos como las navetas, que tienen forma de barco invertido, planta oval y fachada plana, parecen ser sepulcros. Las taulas son grandes losas planas, de piedra, que reposan sobre otra vertical. Se usarían probablemente para exponer a los muertos a la intemperie y a las aves carnívoras antes de proceder al sepelio definitivo de los restos en los monumentos anteriormente citados.

Los hallazgos más interesantes consisten en vasos cónicos de doble fondo y hachas y espadas de bronce. En ocasiones aparecen fragmentos de hierro.

CAPITULO IV

La Edad del Hierro.

(1.000 años antes de J. C. hasta la conquista romana.)

1.—*Los límites de la Edad del Hierro y el origen del uso de este metal.*

No está todavía aclarado de manera suficiente el problema de la patria del uso del hierro, ni tampoco el de los primeros tiempos en que empezó a usarse de manera general.

J. de Morgan ha colocado la patria originaria del uso del hierro en Trascaucasia y Sur de Persia, lo cual no es muy seguro. En Mesopotamia, a pesar de conocerse en época muy remota, quizás en tiempos de Gudea (alrededor del año 2.500 a. J. C.), no se usó de manera general hasta el IX siglo precristiano. En Palestina y Siria, donde hay hallazgos en capas arqueo-

lógicas muy antiguas, parece que la Edad del Hierro empezó alrededor de 1.100 años antes de J. C. Los israelitas conocían ya el uso del hierro al establecerse en Palestina; pero es equivocada la suposición de Hall de que fueran los filisteos los que les iniciaron en el arte de la herrería, pues en el territorio en que vivían faltaban por completo las menas de hierro.

Tal era la rareza de este metal en el valle del Nilo, que con él no se confeccionaron en épocas antiguas armas ni herramientas, sino objetos de adorno como las cuentas de collar del sepulcro prehistórico de Gerzeh. Posteriormente, por relaciones de comercio, regalos y tributos, recibieron los egipcios armas y utensilios de hierro en pequeña cantidad, como el puñal de hierro de la momia de Tut-ankh-amen. Más numerosos son los hallazgos de los últimos tiempos del Imperio en el cual las tropas mercenarias sárdanas y sobre todo las griegas, llevaban armas de hierro; pero, según Roeder, solamente en la época romana fué cuando pasó el Egipto de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro.

De todo esto, y como en el círculo cultural egeo no fué sustituido el bronce por el hierro de manera general hasta el siglo VI, es probable que su primer conocimiento se debió a los hetitas del país de Kiswadana.

La región europea que primeramente entró en la Edad del Hierro fué Italia, hacia el siglo XI a. J. C. Algo más tarde fué la Península Ibérica (siglo X) y el Sur de Alemania y Austria. Hacia el siglo IX se extendió el uso del hierro en Francia y en el VIII en Inglaterra y Norte de Europa.

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

Poco hemos de decir sobre las fechas finales de los tiempos prehistóricos en los distintos países. En los grandes círculos culturales mediterráneos de Grecia y Roma puede considerarse el principio de la Historia hacia los siglos IX y VII, respectivamente. En el resto de Europa la terminación de la época prehistórica coincide con las conquistas romanas; en España termina en 133 a. J. C. con la toma de Numancia, y en Francia con las campañas de Julio César (50 años a. J. C.). La conquista de Inglaterra por Agrícola no pudo extenderse por el Norte ni por Irlanda, que quedaron independientes. En el Norte de Europa, fuera de las fronteras romanas, perduró la Edad del Hierro hasta la introducción del cristianismo, esto es, en el siglo XI postcristiano.

2.—*Las culturas europeas de la Edad del Hierro.*

Los autores clásicos, a través de fábulas y de referencias inexactas, nos han dejado una serie de referencias de los pueblos que poblaban Europa durante la Edad del Hierro.

En Grecia, los dorios, núcleo indogermánico establecido hasta el siglo X en las montañas del Epiro y de Tesalia, invadieron la parte central de la península, salvo el Atica y el Peloponeso, y expulsaron de allí a los jonios, que se establecieron en las costas del Asia Menor. Este pueblo que poseía la tradición minoico-micénica, pueste en relación con los reinos de Lidia, Frigia y Capadocia, creó el arte arcaico orientalizante (800-500) que constituyó la aurora del florecimiento del arte griego.

En Italia aparecen en los comienzos del primer milenario precristiano, una serie de pueblos. En el Norte y Centro encontramos los ligures, venetos, umbríos, italiotas, latinos y etruscos, y en el Sur, las colonias griegas. Los orígenes de los etruscos son muy discutidos. Lo más probable es que procedan del Egeo o del Asia Menor, y que vinieran por mar como se deduce de la mayor antigüedad de las ciudades costeras, de las semejanzas de nombres, de la forma de los templos y sepulcros y de la afición por las cosas griegas y orientales. Hacia el año 600 a. J. C., los etruscos dominaron sobre el Norte de Italia, mas hacia 550 comenzó la decadencia con la entrada de los celtas por el Norte de Italia, con la hegemonía de las colonias griegas y la independencia del Lacio.

Mucho se ha discutido también sobre la patria de los iberos, pero ya no cabe duda de que ésta fué el Norte de Africa. Su expansión fué análoga a la "cultura de Almería" (pág. 137), o sea partiendo de la costa levantina hacia el Sur (Andalucía) y hacia el Ródano. Cuando los iberos fueron expulsados de Provenza, llevaron a cabo la conquista del Centro y Oeste de la Península, que estaban ocupados por tribus celtas que quedaron arrinconadas en regiones pobres e inhospitalarias.

Entre los pueblos indogermanos, los principales son los ilirios, los celtas y los germanos. Los primeros ocupaban las costas actuales de la Dalmacia, Bosnia y Albania. Pueblos ilíricos son los mesapios o yapitas del Sur de Italia. La cultura ilírica fué muy importante en la primera Edad del Hierro (1.000-500 a. J. C.); en este

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

tiempo se extendió por el Oeste, ocupando la meseta suiza y llegando hasta el Rin, originó la expansión de los celtas hacia Francia y España. Los yacimientos más ricos de la primera Edad del Hierro, incluso la necrópolis de Hallstatt, son ilíricos. Posteriormente, este pueblo perdió importancia y muchos de sus territorios fueron ocupados por los celtas, que invadieron el Sur de Alemania, país del Rin, Suiza y Francia en la fase final de la Edad del Hierro, y coincide su apogeo en la última, que se fecha en el siglo VI, con la invasión de la Península Ibérica, donde ocuparon Cataluña, el Norte (Galicia), la meseta castellana y parte de Portugal. Tanto en el Sur de Francia como en España, la cultura céltica posthallstática perdura en los tiempos posteriores al V siglo, esto es, en la segunda Edad del Hierro (época de La Tène). En este tiempo (siglo III) se verificó la segunda expansión del pueblo celta (o galo), que ocupa las islas británicas, Italia del Norte (toma de Roma en 390 a. J. C.), regiones del Rin y Danubio (saqueo de Delfos en 279 antes de J. C.), y llegando hasta el Mar Negro y Asia Menor, donde fundaron el reino de Galacia.

Desde el Este de Alemania se extendió, en los comienzos de la Edad del Hierro, que allí tienen lugar en el siglo VIII a. J. C., una cultura que desaloja en Sajonia y Turingia a los celtas y en Silesia a los ilirios. Se debió a pueblos germanos (vándalos y burgundos), que no sólo no pudieron ser dominados por el Imperio romano, sino que destruyeron a éste por las invasiones de los siglos IV y V.

3.—*Las minas de hierro.*

Si asombra la cantidad de escorias de las herrerías prehistóricas y el considerable número de objetos, es bien extraño que hasta la fecha, según dice autor de tanta autoridad en estas materias como G. Kyrle, no se conozca ninguna mina prehistórica de hierro.

Como menas se utilizarían la magnetita, el oligisto, la hematites y limonita, que, además de ser abundantes en todos los países, pueden lograrse en explotaciones superficiales. También es posible que se utilizara preferentemente la variedad de limonita llamada "hierro de pantanos o turberas" que se encuentra como depósito de toda clase de aguas ricas en hierro.

4.—*La forja.*

Los hombres prehistóricos no pudieron producir las grandes temperaturas (1.300-1.400 grados) necesarias para la fundición del hierro. Por lo tanto, se limitaron a forjarlo.

A este fin utilizaron hornos consistentes en huecos revestidos de arcilla, con un orificio en la parte inferior, que se utilizó para la entrada del aire y salida de la escoria. El horno se llenaba con capas alternas de mena de hierro y de carbón de madera, junto con fundentes, como, por ejemplo, cal. El aire de tiro, necesario para activar el fuego, se provocaba por fuelles, que tenían embocadura de barro cocido. Por el calor se ablandaban las partes metálicas y se formaba en la base un lingote muy impuro, que era recalentado y martilleado repetidas veces.

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

El estudio de las armas y utensilios de hierro nos proporciona datos de gran interés sobre la técnica. Los instrumentos que necesitaban una dureza especial, como cuchillos, limas, hachas y picos, fueron endurecidos calentándolos al rojo e introduciéndolos en agua, o simplemente martilleándolos. Otro procedimiento, que utilizaron los celtíberos y que es descrito por Diodoro, es enterrar las placas de hierro hasta destruir la roña las partes blandas para forjar las duras después. También se conocen hojas de espadas formadas por un núcleo de acero al que se han unido láminas de hierro blando endurecidas por martillo al frío.

La fundición del hierro, como hemos dicho anteriormente, no fué conocida en la antigüedad. Los hallazgos supuestos prehistóricos son de edad moderna o falsos.

La forma de los objetos y armas se daba a golpes de martillo, después de haberse calentado la pieza al rojo. El herrero poseía yunque, tenaza y martillo de hierro. Los celtas de la época de La Tène fueron herreros excelentes y sumamente hábiles, como lo prueba la hoja de las lanzas, que a veces es tan delgada como una hoja de papel. La forja, que no podía ser un oficio doméstico, fué practicada por obreros especializados, dotados de fuerza corporal y de habilidad adquirida por la tradición y el ejercicio. Como expresión del sentimiento de superioridad del herrero sobre sus contemporáneos, es su aparición en la mitología, tanto griega como nórdica.

En la Edad del Hierro se inician, o por lo menos se perfeccionan, una serie de procedimientos técnicos, como la forja en relieve, el remache,

la soldadura, el grabado a cincel, buril o punzón, al ácido.

También aparecen marcas de fábrica, estampadas en sitio visible, que expresan la sensación de orgullo producido por la confección y la garantía de la excelente calidad de los objetos. La mayoría de las marcas proceden de territorio celta, y algunas del germano.

5.—*Industria del metal.*

En el primer milenario precristiano la industria metalúrgica había alcanzado un gran desarrollo y existía ya la mayoría de las armas y herramientas actuales.

Las espadas en la época de Hallstatt son de los mismos tipos para todo el territorio bárbaro. La más antigua es de bronce y representó un tipo de transición entre la espada de las postimerías de la época broncieval y la espada de hierro larga y pesada halstattiense. Esta revela por su ejecución la existencia de diestros forjadores. El último tipo es el puñal corto con puño decorado en la mayoría de los casos con unas prolongaciones que recuerdan las "antenas" de los insectos. En la época de La Tène, las espadas celtas son cortas, estrechas y finas, tenían dos filos, y se sujetaban por una lengüeta alargada a puños de madera o cuerno. Su ejecución era sumamente esmerada (véase pág. 187). Los germanos e ilirios tuvieron espadas rectas de un solo filo, y los iberos adoptaron la falcata griega, de un solo filo, pero de hoja estrecha en su parte media. Citaremos los puñales con mango antropomorfo. Estas espadas iban incluidas en man-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

gos de madera o piel y rara vez de metal con decoraciones.

Nada diremos de las lanzas y puntas de flecha, pero sí insistiremos en las lanzas arrojadas de los iberos, que Tito Libio llama soliférrea, y que eran de hierro y de una sola pieza, tanto el mango como el astil.

Si bien de la época de Hallstatt no se conoce el armamento defensivo, probablemente por ser de madera y cuero, de la época de La Tène se han descubierto numerosos cascos que copian modelos italogriegos. Los escudos eran de madera y llevaban umbos y puño de metal. También los hay de bronce, muy decorados, como el encontrado en el lecho del Támesis, en Battersea (Londres).

En la época de Hallstatt hacen su aparición en las regiones ilíricas y celtas, importados primeramente del Norte de Italia o de Grecia, e imitados después por los indígenas, una serie de vasos de bronce como sítulas, de forma cónica, las cilíndricas cistas, con frecuencia decoradas, las hydrias (Grachwil, Suiza) y los oenochoes. También hubo calderos, copas y tazas.

Como hemos dicho, los metalúrgicos de la edad del Hierro confeccionaron una serie de objetos de uso corriente, de tipos variados y próximos a los actuales, como hachas, cuchillos, cinceles, puntas, llanas, gubias, martillos, yunques, sierras, limas, tenazas, compases, taladros, rejas de arado, hoces, podaderas, tridentes, llaves, cerraduras, crampones para el hielo, morrillos de hogar, asadores, avivafuegos, cadenas, piezas de carros, bocados, espuelas, trompetas, cucharas, navajas de afeitar, tijeras, peines, espejos, etc.

6.—*La cerámica.*

El rito de la incineración (véase pág. 122) contribuyó al desarrollo de formas de vasos especiales, destinados a contener las cenizas de los muertos. Así, hay que distinguir la cerámica de uso doméstico de la sepulcral. Sólo nos ocuparemos de los tipos principales de esta última. En la época de Hallstatt llaman la atención las urnas cinerarias coronadas de pequeñas copas, los vasos policromados por labores incisas de Europa central, los vasos pintados de Silesia y Baviera, que llevan adornos geométricos, y las urnas en forma de casas o de caras.

En la época de La Tène la imitación de los modelos griegos produjo un formidable adelanto, especialmente a causa del empleo del torno. Las formas son esbeltas y elegantes y la decoración pintada llega a la perfección. Más adelante nos ocuparemos de la cerámica ibérica.

7. *Las minas de sal.*

Es indudable que condimento tan necesario para la alimentación vegetariana como la sal, fué conocido por el Hombre desde los más remotos tiempos, y aunque los documentos arqueológicos que conocemos se refieren a beneficios de manantiales y a minas de las últimas épocas prehistóricas, es de suponer que en tiempos más antiguos se haya extraído del mar y de fuentes salinas.

Sólo nos ocuparemos de las interesantes minas de los Alpes orientales de Hallstatt y Dürrenberg, donde a causa de modernas explotaciones

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

han aparecido pozos y galerías prehistóricas y hallazgos curiosísimos.

La explotación se hacía mediante pozos, hasta alcanzar las capas ricas en sal, y después por galerías. Los bloques salinos se destacaban con cuñas de madera y se rompían en trozos que los mineros sacaban a la luz del día en mochilas de cuero o en sacos. En lugares de peligro hicieron entibaciones con pilares sencillos, o troncos de árboles que trabajaron con hachas de bronce. El alumbrado se hacía con teas. Las labores antiguas, la carpintería, así como los hallazgos de que hablaremos después, se han podido conservar gracias al depósito continuo de sal por el agua que circula por la mina. Han aparecido perfectamente conservados cubetas y mangos de hachas de madera, mochilas y sacos de cuero, gorros de piel de cabra, un zapato de cuero de ternera, una estera tejida de junco, y tejidos y telas de distinta finura y coloración, con adornos ajedrezados; pero lo más curioso es el hallazgo de pequeños montones de cáscaras de cebada y mijo, que son restos de excrementos humanos.

De grandísimo interés es que en 1573 y en 1616 se descubrieron dos cadáveres de mineros, el primero prehistórico, con toda seguridad, y el segundo muy probable, que aparecieron, por haberse conservado entre sal, con carne, pelo, barba, vestidos, y sin huellas de putrefacción.

8.—*El traje y el adorno.*

Para el estudio de elemento tan fácilmente destructible como los vestidos, poseemos, para los de la Edad del Hierro, además de las represen-

J. P. DE BARRADAS

taciones figuradas, algunas indicaciones de los autores clásicos.

Para el vestido de la época de Hallstatt son muy interesantes las figuras de la sítula de Watsch (Carniola). Los jinetes llevan pantalón corto, algunos capas y todos una gorra baja y ancha. Individuos a pie y sentados llevan traje talar, algunos capas, y gorros como los anteriores, o puntiagudos. En la vaina de bronce de una espada de la época de La Tène, de la necrópolis de Hallstatt hay individuos a pie con pantalones largos y chaqueta con faldones, y jinetes con un blusón amplio sujeto al cuerpo por un cinturón.

Los galos, según Diodoro de Sicilia, se vestían con túnicas de colores, cortas y con mangas, pantalones y una capa, de lana en invierno y ligera en verano (*sagum*). Como los esqueletos de mujeres llevan brazaletes por encima del codo, es posible que llevaran al descubierto parte del brazo.

Estas piezas de vestir fueron en ocasiones bordadas con oro y en ciertas sepulturas renanas han aparecido placas delgadas de oro, que es posible que hayan estado cosidas a la ropa.

Los iberos de la meseta llevaban una túnica de un solo color o de listas de varios, y capa. Se cubrían con un gorro de piel, pero lo general era ir al descubierto. En Andalucía, en la costa levantina, y en la meseta, las mujeres llevaban un manto negro, sobre un caballete alto de hierro, lo cual es el prototipo de la mantilla.

Sin embargo, entre los pueblos bárbaros del Norte se conservó el uso de la pintura corporal y del tatuaje. En algunos pueblos bretones, las

mujeres friccionaban su cuerpo con el jugo de una planta, y tomaban parte completamente desnudas, y negras como etíopes, en algunas ceremonias religiosas.

También era frecuente que los guerreros, para demostrar su valentía, fueran al combate desnudos, envueltos en el *sagum*. Así los representaron los artistas griegos.

Como piezas del adorno personal hay que citar brazaletes de bronce, hierro y lignito, torques de bronce o de oro, pendientes, alfileres, imperdibles de variadas formas; cinturones de bronce o cuero, en este caso con gancho de metal, discos de bronce o hierro, etc. El oro era escaso. También estaban en boga los collares de cuentas de vidrio, de ámbar y de coral. Por su relación con el aseo personal hay que citar las navajas de afeitar, de bronce, y una serie de pequeños instrumentos aislados o unidos por una anilla, como pinzas, limpiaoidos, raspadores, limpiauña y limas.

9.—Ciudades y fortalezas.

Las reseñas que poseemos sobre las viviendas de la primera Edad del Hierro son escasas. Importantes fortificaciones son las del Camp de Chateau, cerca de Salins (Jura), la del Camp d'Affrique, en Messein (Meurthe-et-Moselle), en Francia, y la de Steinsburg, en Alemania. El recinto de esta última, de planta oval, tiene 1.052 metros de largo por 838 metros de ancho y está defendido por muchos muros concéntricos, de piedra seca, reforzados por paramentos internos. En las anteriores es curioso que sus mu-

ros encierren un núcleo duro y compacto formado por violenta calcinación. Se trata de murallas de piedra seca que han sido sometidas a la acción de un fuego violento. Según las rocas sean cristalinas o calizas, la ganga es vítrea o especie de mortero de cal. Si la vitrificación de estos muros es o no intencionada, no se sabe todavía con seguridad.

La planta de las viviendas es redonda en el Norte y rectangular en el Sur, especialmente en la costa mediterránea.

Los poblados fortificados de la época de La Tène son muy interesantes, especialmente los de Bibracte y Alesia, en el suelo francés, y el de Stradonitz, en Bohemia. Del más importante de los españoles, o sea de Numancia, nos ocuparemos en páginas siguientes.

10.—*El comercio.*

Durante la Edad del Hierro hubo un cambio considerable en las relaciones comerciales que se orientaron, no hacia las minas de metales, como en la Edad del Bronce, sino hacia los centros manufactureros, situados en las regiones civilizadas mediterráneas. Los pueblos prehistóricos del Oeste, Norte y Este de Europa, vendían sus materias primas a los pueblos mediterráneos, a cambio de objetos de pacotilla y de falso lujo, y eran explotados por ellos, pues poseían mayores conocimientos técnicos, instituciones políticas fuertes, anhelantes de poderío, y ejército y marina potentes para vengarse de los desafueros y conquistar países y mercados.

El comercio lo hicieron sucesivamente los feni-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

cios, los griegos, los cartagineses y los romanos. También fué un centro comercial importante el Norte de Italia.

Los fenicios hacia los siglos x-viii a. J. C., comenzaron a establecer colonias en Chipre, y bordeando los países dominados por los aqueos, se fueron estableciendo en el Norte de Africa (Cartago y Utica), al Oeste de Sicilia (Motya), Sur de Italia, Cerdeña (Olbia), Baleares y España. En esta última fundaron a Gadir (hoy Cádiz), Malaca, Sexi y Addera. Objetos orientales marcaron la extensión de este comercio, que decayó hacia el siglo vii por el sitio de Tiro por los asirios, y finalizó en el año 573, por su conquista, realizada por Nabucodonosor de Babilonia.

Entre las colonias fenicias se destacó muy pronto Cartago, por su activo comercio con Sicilia e Italia. Aquí predominó el gusto por los objetos orientales u orientalizantes, hasta el final del siglo vi, en que comenzó a dominar el comercio griego. La colonización cartaginesa de la Península ibérica debió comenzar entre 509 y 348 años antes de J. C., esto es, entre los tratados primero y segundo púnico-romanos. Primeramente se ocuparon las Baleares y las factorías fenicias. Es probable que los cartagineses emprendieran viajes directos a Inglaterra en busca del estaño.

También los griegos fueron a establecer colonias por todo el Mediterráneo y el Mar Negro, donde los milesios y megarenses obtuvieron trigo, esclavos, piedras preciosas y oro a cambio de aceite, vino, utensilios y armas de hierro, cerámica y joyas. Colonias griegas hubo también en la costa asiática, Egipto, en la Cirenaica, en Sicilia y en el Sur de Italia, donde en el siglo ix fundaron

J. P. DE BARRADAS

a Kyme (Cumae), para amparar el comercio etrusco. Más adelante, esto es, en el siglo VI fundaron los focenses a Massilia (Marsella), donde recibían por el Ródano el estaño inglés. En fecha posterior, pero antes del año 535, tuvo lugar la fundación de la colonia griega más importante de España, o sea Emporion (Ampurias), y antes la colonización de las Baleares y de la costa levantina (Hemeroskopeion y Mainake). El comercio consistió en la exportación de plata, estaño y bronce y la importación de aceite, vino y productos manufacturados, como cerámica y joyas.

En oposición a este comercio marino hay que señalar el realizado por vía terrestre, desde los comienzos de la Edad del Hierro, entre el Norte de la península del Apenino y los pueblos situados al otro lado de los Alpes. Allí florecieron una serie de ferrerías y talleres metalúrgicos, de donde se exportaron cascós y corazas, cistas y sítulas, jarrros para vino (oenochoes), etc., de bronce, imitándose bien pronto modelos griegos, que tuvieron gran aceptación entre los celtas y germanos. Este comercio, en el que la competencia se decidió por Massilia, fué el germen del activo comercio romano que se desarrollaba muy pronto en los países conquistados. Los cambios que se producían en la economía fueron considerables, pues la complejidad extraordinaria de la vida romana exigía grandes cantidades de materias primas. De esta manera, los centros industriales se dirigieron hacia los países germanos insumisos, y en la frontera se hicieron numerosas transacciones. Los hallazgos de objetos romanos son frecuentes en Suecia, Dinamarca y Noroeste de Alemania, a causa de la importación del ámbar.

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

11.—*El origen de la moneda.*

Un comercio bien organizado precisa de algo a que referir los cambios. En la Edad del Bronce las barras de metal, fácilmente divisibles, constituyeron el capital y sirvieron como moneda. Aparecieron muy pronto en Oriente y en el círculo cultural egeo. En el resto de Europa se utilizaron como monedas las hachas y los anillos de bronce.

Desde la moneda amorfa de metal a la moneda sólo hay un paso, un valor convencional y la prescripción del Estado. Verdaderas monedas aparecieron en el continente griego alrededor del siglo VII antes de J.C., y un poco antes en Asia Menor. Su uso se extendió rápidamente y los pueblos bárbaros (iberos y celtas) la usaron primero como objetos de adorno y las imitaron después, siendo curioso que los cuños sean tanto más primitivos cuanto más lejos estén de los modelos griegos.

Las monedas españolas más antiguas son, según A. Vives, las dracmas de Rodas (Rosas), que se debieron empezar a acuñar a principios del siglo IV. En su reverso llevan una rosa silvestre, de cuatro pétalos, o sea el tipo parlante del nombre de la ciudad, y en el anverso la cabeza de una mujer, que reproduce con bastante fidelidad la de las pentacontalibras de Siracusa, o sean, las monedas más bellas de la antigüedad.

12.—*El arte.*

Bien sea por el fuerte contraste con el arte griego, aun en sus formas primitivas, es lo cierto que el arte prehistórico ferrieval produce una penosa impresión cuando no ha sufrido influencia de los

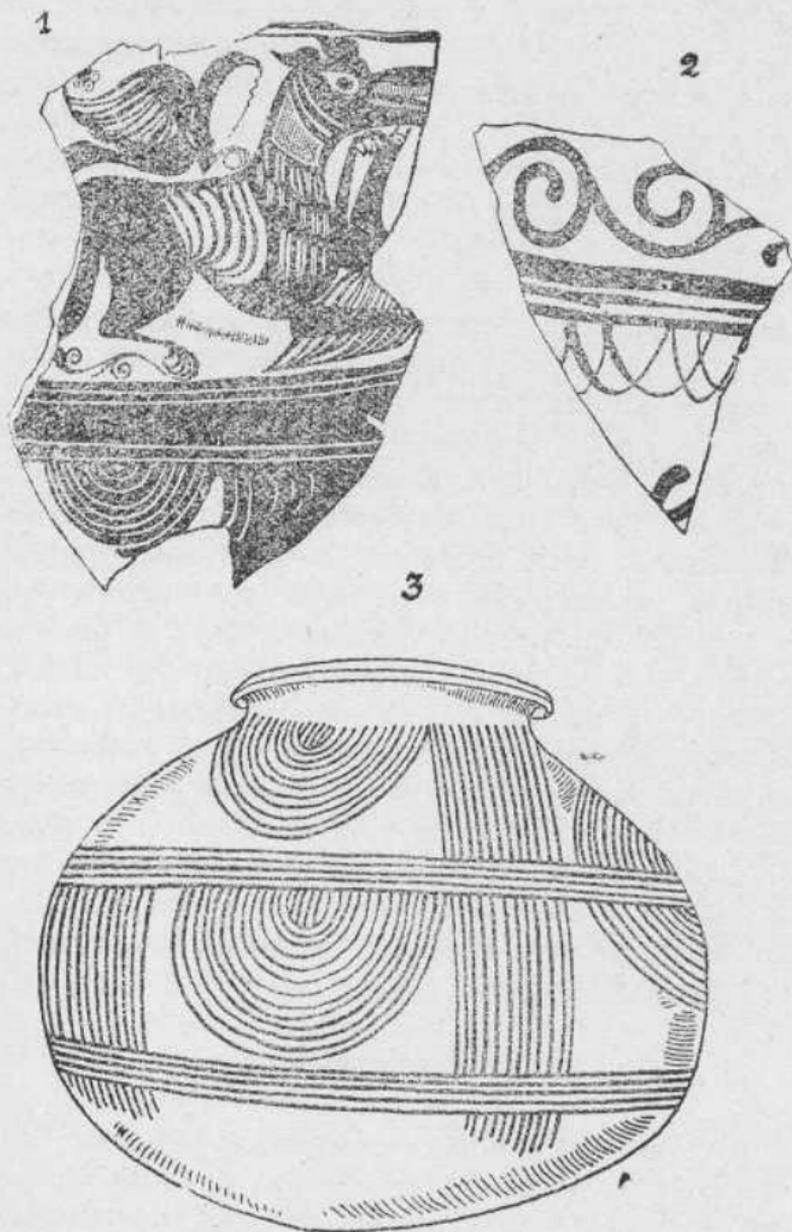
pueblos mediterráneos. Los hombres atendieron más a los progresos técnicos que a la conquista de sutilezas culturales.

La misma Italia del Norte, que fué muy floreciente en los primeros tiempos de la Edad del Bronce, no escapó a la decadencia artística. La cerámica del tipo de Vilanova está decorada con motivos geométricos, y de la misma naturaleza es la ornamentación de las armas.

Etruria, por el contrario, adoptó influencias fenicias y griegas, que fecundaron un arte propio hasta que el helenismo se extendió por la península del Apenino. Citaremos solamente la pintura mural, que, en sus comienzos, se relaciona con trabajos metálicos fenicios y chipriotas del siglo VII antes de J. C., y más adelante con la cerámica griega, y la escultura, que fué influenciada durante largo tiempo por el arcaísmo jónico griego. Como las obras más importantes de barro cocido, debemos citar las tres cubiertas de sarcófagos de Cervetri, y entre las de metal, la loba de bronce del Palacio de los Conservadores del Capitolio de Roma.

El arte, en Europa central, durante la época de Hallstatt, aparece influenciado fuertemente por el Norte de Italia; en algunos casos se piensa que los objetos mismos fueron confeccionados en la península apenina para uso de los bárbaros. De interés son las sítulas de Kuffarn y Watsch, con pugilatos, carreras y banquetes. La última lleva, como la tapadera de la sítula de Hallstatt, representaciones de animales. Nada hace suponer que el arte sea autóctono, sino derivado. También se notan, en general, influencias del arte griego arcaico orientalizante.

LÁMINA XXII



Cerámica Ibérica. 1.—Trozo de Elche (Alicante). 2.—Trozo de Amarejo (Albacete). 3.—Vaso de Cazorra (Jaén).

J. P. DE BARRADAS

Por último, en la época de La Tène, el arte fué sólo suntuario y ornamental, fruto, como el de Hallstatt, de la mezcla de elementos meridionales y orientales con la tradición indígena y la inspiración local. Los objetos de adorno tienden a producir un efecto vistoso. La ornamentación adopta formas griegas para transformarlas y desfigurarlas después. Los elementos, según Lamprecht "son motivos sencillos, cuya compenetración y trenzado determina el carácter de esta ornamentación. Al principio, sólo el punto, la línea, la cinta; más tarde se emplearon también la línea curva, el círculo, la espiral, el zigzag y cierto adorno en forma de S. Realmente, no es grande la riqueza de motivos. Pero ¡qué diversidad en la manera de emplearlos! Ora aparecen en paralelas, ora en garfios, ora en rejas o en lazos, o en trenzados, o también en mutuas modulaciones y dobleces. Surgen así modelos fantásticamente enredados, cuyos enigmas excitan la mente, cuyos pliegues parecen buscarse y huirse, cuyas partes como dotadas de sensación cautivan los ojos y el ánimo en movimiento lleno de vida y de pasión".

Este arte, que perduró en zonas apartadas de la influencia clásica, como Escandinavia e Irlanda, hasta la época cristiana, es, según Worringer, el origen del gótico.

13.—*Las sepulturas.*

El tipo sepulcral más generalizado en la Edad del Hierro fué el túmulo. En la época de Hallstatt, los ritos funerarios difieren, según el rango social y según el empleo de la inhumación o de la incineración. En aquel caso se colocó en el suelo

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

el cadáver y los objetos funerarios; en el segundo, la urna con las cenizas se incluyó en un pequeño pozo. Estas sepulturas se cubrieron de montones de tierra y piedra. La necrópolis más importante de la primera época del Hierro es la de Hallstatt, estación típica y a la que debe el nombre. Las sepulturas excavadas desde 1896 son 993, de las cuales son 525 de inhumación, 455 de incineración completa y 13 de incineración parcial. En las de inhumación, los esqueletos están orientados de Este a Oeste, y frecuentemente extendidos sobre el dorso o sobre un lado. Las cenizas de los cadáveres quemados fueron depositadas sobre el suelo, sobre grandes losas de piedra o en recipientes de arcilla. En las tumbas hay enterrados varios cadáveres, a lo mejor con arreglo a distinto rito funerario.

En los primeros tiempos de la época de La Tène, los celtas continuaron usando las sepulturas de inhumación, sobre todo cuando se trata de tribus que llevaban largo tiempo establecidas en el país. Más adelante, sobre todo después del siglo III, el uso de la incineración se hizo general, tanto por la influencia de los romanos, como por las infiltraciones de los germanos. Este pueblo, en la época imperial romana, seguía quemando a sus muertos.

14.—*La religión.*

No es nada extraño, si tenemos en cuenta cuanto hemos dicho sobre el arte de los tiempos ferrievales, que aquellos pueblos, que fomentaron y apreciaron de manera desmedida la técnica y los bienes materiales, carecieron de fuerte reli-

gión y que adoptaron bien pronto las divinidades clásicas. El hombre de la Edad del Bronce adoraba ya los poderes naturales; el del primer milenario rindió culto a los dioses y a los héroes. No abandonó por eso el culto a los muertos, ni la magia, ni la hechicería. Talismanes itálicos se reparten por todo el país celta. Las doctrinas de los drúidas presentan afinidades con las ideas pitagóricas. De todas maneras, como no se han hecho investigaciones positivas, creemos más conveniente el omitir el relato de hipótesis que exponer las discusiones entre celtistas y filólogos.

15.—*La Península Ibérica durante la Edad del Hierro.*

La Península Ibérica, durante la Edad del Hierro, que dura desde el siglo x hasta la toma de Numancia por los romanos (año 133 antes de J. C.), fué poblada por diversos pueblos y sufrió la influencia de las colonias fenicias (Gadir, Cádiz, Abdera, Adra); griegas (Rodas, Rosas, Emporion, Ampurias, Mainake, Málaga, Hemeroscopeion, Denia); y cartaginesas (Villaricos e Ibiza).

Los ligures son los pobladores más antiguos que se han podido comprobar en España durante la Edad del Hierro. Ocuparon toda la Península, hasta la llegada de los iberos y de los celtas.

Estos, que habitaban el Norte de Europa, descendieron en sucesivas oleadas y fueron invadiendo nuestro continente. En el siglo vi antes de J. C. ocupaban la meseta castellana hasta Portugal, mientras los iberos, de origen africano, po-

blaban la orla marítima meridional y levantina y algunos restos ligúricos, el Sur de Portugal.

En el siglo III se verificó la conquista del Centro y Occidente de la Península, quedando en su totalidad iberizada, salvo algunas tribus célticas que fueron arrinconadas en regiones pobres e inhospitalarias.

La meseta castellana, lugar que en los últimos tiempos prehistóricos había de asombrar al mundo con su heroísmo ante las legiones romanas, era, según nos refieren los autores clásicos, muy semejante a lo que es en la actualidad. Ya entonces era fría, agreste, escasa en agua y poco habitada; estaba poblada de bosques y los olivos crecían hasta el Guadarrama. Castilla la Vieja, que era menos fértil que la Nueva, estaba dedicada, principalmente, al cultivo de cereales.

Las tribus ibéricas que la poblaban en el siglo III eran: los carpetanos, en Castilla la Nueva; los oretanos, en el bajo Guadiana; los vettones, en la zona salmantina, y los vacceos, en la región palentina. Entre los celtíberos, eran los aravacos la tribu más importante.

Nos ocuparemos ligeramente de las habitaciones o poblaciones ibéricas.

Las casas de los iberos eran cabañas, generalmente redondas, con un zócalo de piedra; en cambio, en la costa oriental predominaba la casa de planta rectangular, seguramente por influencias orientales.

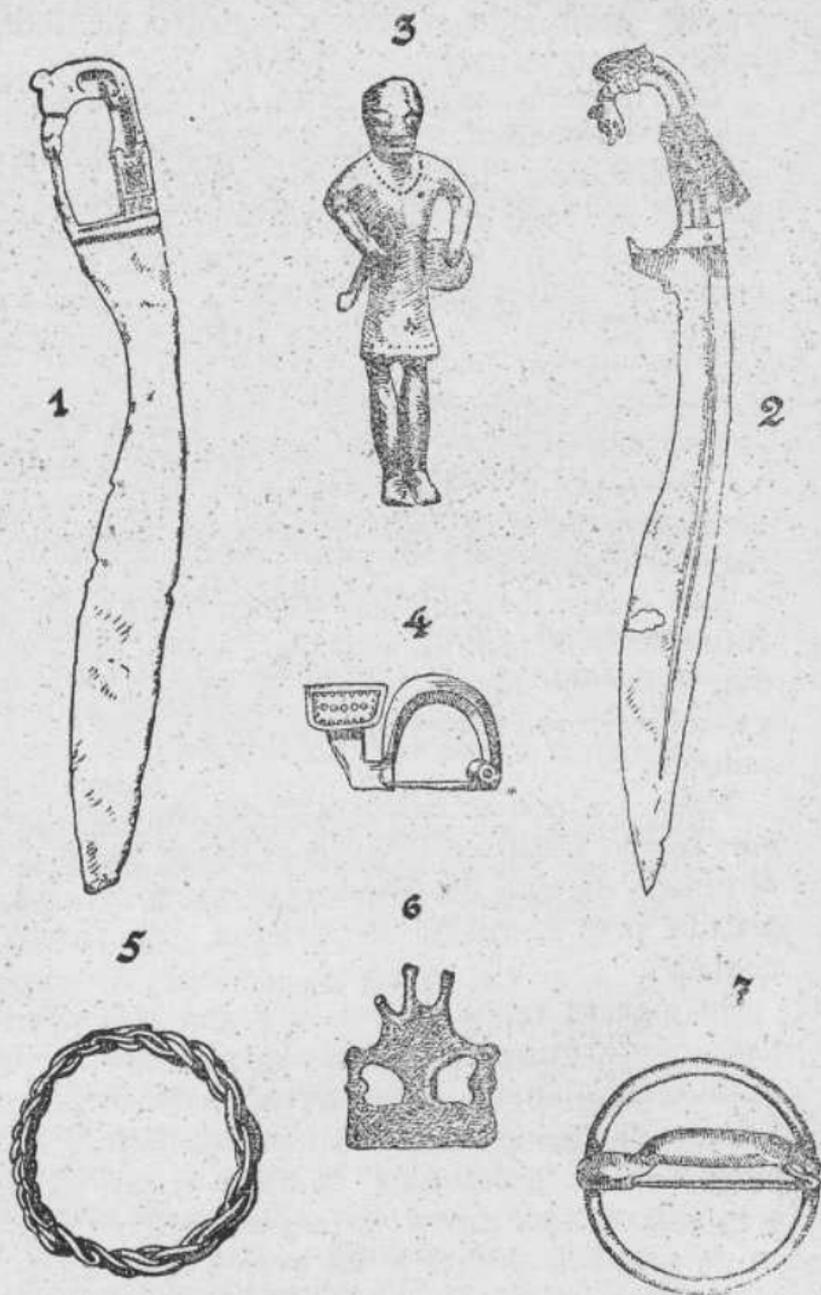
Estas casas estaban, por regla general, en la cima de las montañas, formando poblaciones más o menos importantes, rodeadas de fortificaciones de piedras labradas de gran tamaño, con puertas y torres.

J. P. DE BARRADAS

La ciudad de Numancia, famosísima en los libros de la Historia por su heroica y desesperada defensa contra las huestes romanas, es merecedora de algunos párrafos.

Como es bien sabido, Numancia era el castillo de los aravacos y el último refugio de las tribus de Castilla la Vieja. Ocupados por Roma todos los alrededores, y vencedora de las guerras con Viriato merced al asesinato de este caudillo, cercaron sus legiones la indómita ciudad para rendir el último baluarte de la independencia española. La resistencia fué tanta, que contra sus muros se estrellaron las legiones de Nobilior, Marcelo, Quinto Pompeyo Rufo, Popilio Lenas y otros generales, siendo necesario para rendirla el talento militar del destructor de Cartago, esto es, de Escipión Emiliano.

Diez años de lucha cruenta y desesperada fueron necesarios para que ejércitos de 30.000 hombres primero y 60.000 después, rindieran la pequeña pero inexpugnable ciudad, en la que combatieron por su libertad 8.000 hombres al comienzo de la lucha, que al final se vieron reducidos a la mitad. Fué preciso que Escipión distribuyera a sus huestes en siete campamentos, que, enlazados por una muralla, rodearon la colina sobre que se levanta la ciudad. Bloqueada ésta, sufrió los horrores del hambre; pero aquellos indómitos numantinos no por eso se rindieron. Los autores clásicos nos describen con pavoroso realismo cómo, faltos de alimento, comieron primero a los muertos, y a los enfermos y débiles después. En tal situación, hicieron aquellos héroes harapientos, sucios y esqueléticos, la última salida, prefi-



Trabajos en metal ibéricos. 1 y 2.—Falcatas de Almedinilla (Córdoba). 3.—Idolo de la cueva de los Jardines-Despeñaperros (Jaén). 4.—Fíbula de procedencia desconocida. 5.—Brazalete de plata. 6.—Broche de cinturón de las necrópolis de Guadalajara. 7.—Fíbula del Cerro de los Santos (Albacete).

J. P. DE BARRADAS

riendo morir independientes y quemar su ciudad, antes que entregarse al vencedor.

Las modernas excavaciones han exhumado la ciudad numantina, que tiene una extensión de siete hectáreas. La rodea una muralla de siete metros de espesor, construída con grandes piedras y adobes. Dos calles principales y diez secundarias determinan numerosas manzanas, formadas por dos filas de casas. Estas, que tienen una docena de metros de longitud, y dos o tres de anchura, constan de tres habitaciones, una bodega o almacén, por donde se bajaba a una cueva, la cocina y el dormitorio; las paredes eran de adobes, los cimientos de piedra y el techo de barro y madera.

Las calles ibéricas, que tienen toscas aceras formadas por piedras alineadas, están empedradas, corriendo por su centro el cauce del arroyo, sobre el que colocaron piedras a modo de pasaderas.

Nada era tan atractivo al ibero como la guerra, siendo fanáticos defensores de su patria. La obstinada defensa de Numancia no fué un hecho aislado, pues el mismo fin tuvieron otras muchas ciudades.

Su manera típica de combatir fué las guerrillas, y su armamento dos lanzas, un puñal o espada corta (lámina XX, figura 7), y entre los baleares la honda. Hay que citar la falcata (lámina XXIII, figs. 1 y 2). También tenían armas arrojadizas. Las armas defensivas eran el casco de metal, la coraza y un escudo pequeño.

Los iberos eran frugales y sencillos. Respecto a su indumentaria, es característico el *sagum*, o

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

sea una capa negra, sin mangas, abierta por delante.

Eran ganaderos y agricultores, pero apreciaron mucho la caza. Entre las industrias adquirió gran importancia la fabricación de armas, siendo notable el temple de las espadas de Bilibilis (Calatayud).

La cerámica ibérica es particularmente interesante. Fué fabricada con torno y pintada después. Los motivos ornamentales son geométricos (círculos, espirales, líneas onduladas, etc.), o representaciones florales o de animales, como pájaros y carnívoros (lámina XXII). También hay, aunque raras, figuras humanas, entre las que merecen citarse las de la lucha de guerreros de un vaso de la necrópolis de Archena.

Contemporánea de esta alfarería hubo otra celta hecha a mano, sin decoración alguna o con impresiones dactilares o estampilladas. También se conocen, procedentes de Numancia, trompetas de barro cocido.

La cerámica ibérica se relaciona, como haremos notar después, con la cerámica griega del siglo VI-V, sin que hayan intervenido para nada otros pueblos.

Excepcional importancia tienen las joyas ibéricas conocidas, que son de una gran suntuosidad. Mencionaremos la hermosa diadema de Jávea, los pendientes de Tivisa, y, sobre todo, el maravilloso tesoro encontrado casualmente en el pequeño pueblo de Aliseda (Cáceres). Consta de una diadema afilegranada, dos arracadas con flores de loto y cabezas de buitres, brazaletes, collares, un cinturón formado por 72 piezas, sortijas, etc., notándose una marcada influencia orien-

tal, siendo probablemente los fenicios o los cartagineses los intermediarios de ella. (Lám. XXIII, fig. 5.)

La escultura ibérica tiene alto valor artístico. Comenzaremos por citar los toros y cerdos (bichas o verracos) de piedra en el Centro y Noroeste de la Península, los cuales se han considerado como mojones de lindes de tribus y también como monumentos funerarios. Cerca de la provincia de Madrid se encuentran los famosos toros de Guisando, no lejos de San Martín de Valdeiglesias.

Toscas son, también, las figuras de guerreros, de Portugal; pero en los leones, bichas y esfinges de Levante (lámina XXIV, fig. 2), y Andalucía se nota cierto progreso artístico unido a influencias orientales, que se recibieron por intermedio de Grecia arcaica, donde se han encontrado esculturas parecidas.

No menos interesantes son los relieves de Osuna, en los que aparecen guerreros, y las estatuas votivas del Cerro de los Santos (Albacete); pero la pieza más interesante es el busto conocido con el nombre de "La dama de Elche", que representa una sacerdotista tocada con un manto afín a la mantilla y con diadema, collares y otras joyas. La técnica, ya muy adelantada, y un fino sentimiento artístico, ha hecho de la pieza uno de los monumentos más interesantes del arte español. (Lámina XXIV, fig. 1.)

Análogas influencias griegas ofrecen las figuras de bronce que representan guerreros a caballo y a pie (lámina XXIII, fig. 3), figuras masculinas y femeninas en actitud de adoración y de ofrenda, y algunas de animales, como caballos,



Estatuas ibéricas. 1.—La dama de Elche (Alicante)
2.—La bicha de Balazote (Albacete).

J. P. DE BARRADAS

osos, águilas, etc. Tienen grandes relaciones con la religión, pues se conoce un bronce ibérico que representa un sacrificio en el que intervienen varias figuras humanas, una de ellas, armada con un cuchillo, que conduce un carnero, un cerdo, una cabra y un oso.

Por otra parte, estas figurillas eran exvotos que los fieles ofrecían a los dioses, constituyéndose en los santuarios los vastos depósitos que recientemente se han descubierto en Despeñaperros y en Castellar de Santisteban (Jaén).

En estas localidades los santuarios eran grutas naturales; pero en otros, como ocurre en el Cerro de los Santos (Albacete), eran templos de piedra. Se conservan de esta localidad fragmentos de cornisas y capiteles.

Réstanos, por último, el ocuparnos de las prácticas funerarias. Los celtíberos y vacceos dejaban despadazar por las aves de rapiña los muertos en la lucha, para que llevaran sus almas al cielo. En todos los pueblos restantes, la práctica de la incineración era general.

Los funerales eran solemnes, quemándose el cadáver en una pira, en derredor de la cual se pronunciaba el discurso necrológico y se hacía el sacrificio de los prisioneros y los combates de los gladiadores.

Se conocen numerosas necrópolis, interesándonos por su número las descubiertas por el Marqués de Cerralbo en la provincia de Guadalajara. Están formadas por filas de sepulturas hechas por estelas de piedra, delante de las cuales están las urnas cinerarias tapadas con una piedra tosca, a las que acompañaban fíbulas (lámina XXIII, fig. 4), espadas (lámina XX, figu-

INFANCIA DE LA HUMANIDAD

ra 7), bocados y filetes de caballo, broches de cinturón (lámina XXIII, fig. 6), ornamentos de bronce, puntas de lanza, cascos, herraduras, etc. En cambio, las sepulturas femeninas tenían objetos de adorno, pinzas, collares, etc.

Sobre la religión de los iberos sabemos muy poco. Al parecer, adoraban a la Luna y celebraban fiestas nocturnas y danzas en el plenilunio. También fué objeto de culto el planeta Venus y el Sol. Entre los animales fueron considerados como sagrados el toro y el caballo, a juzgar por las numerosas representaciones conocidas. Además, se rindió culto a una divinidad local femenina que se identifica con Venus, y a otras, conocidas por inscripciones romanas, como el dios Endovellicus y Ataecina. Reminiscencias de cultos lígures son la adoración de los árboles, montañas y ríos, y de los cultos célticos, las divinidades de Epona, Lugoves y Matranae.

Ante estas divinidades se celebraron sacrificios humanos, los que también se efectuaron para conocer el porvenir por los movimientos de las entrañas.

FIN

INDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO	5
 CAPITULO PRIMERO LA EDAD DE LA PIEDRA TALLADA	
1.—La historia de la tierra y la historia del hombre.....	7
2.—La flora y la fauna de las épocas glaciares cuaternarias.....	13
3.—La flora y la fauna de las épocas interglaciares cuaternarias.....	15
4.—Concordancia de los fenómenos geológicos con el hombre fósil y sus culturas	18
5.—Las razas cuaternarias.....	21
6.—La talla de la piedra.....	22
7.—La industria del hueso, asta o marfil.	28
8.—La conquista del fuego.....	30
9.—La vivienda.....	36
10.—La caza.....	38
11.—La pesca.....	45
12.—El traje y el adorno.....	47
13.—Las artes del trenzado y del tejido...	50
14.—La industria de la madera.....	52

15.—El arte moviliar.....	53
16.—El arte rupestre.....	56
17.—Las más antiguas sepulturas.....	63
18.—El culto de los muertos.....	66
19.—La caza de cabezas y la antropofagia en el Paleolítico.....	70
20.—La religión paleolítica.....	73
21.—La transición del Cuaternario a los tiempos geológicos actuales v las cul- turas epipaleolíticas.....	75
22.—El Paleolítico de la Península Ibérica.	77

CAPITULO II

LA EDAD DE LA PIEDRA PULIMENTADA

1.—Los círculos culturales neolíticos eu- ropeos	85
2.—Las culturas neolíticas orientales y el comienzo de los tiempos históricos.	86
3.—Cronología	90
4.—El pulimento de la piedra.....	91
5.—La talla de la piedra y la primitiva cantería	94
6.—El cobre.....	96
7.—La cerámica.....	98
8.—El vestido.....	100
9.—El tejido y el trenzado.....	103
10.—El adorno corporal.....	104
11.—El comercio.....	105
12.—Las materias objeto de comercio.....	106
13.—Los caminos de comercio y los medios de transporte.....	108
14.—La agricultura.....	109
15.—La ganadería.....	111

16.—La vivienda.....	113
17.—Las fortificaciones.....	116
18.—Sepulturas y dólmenes.....	119
19.—El arte neolítico.....	125
20.—La religión neolítica.....	131
21.—El Neolítico en la Península Ibérica.	132

CAPITULO III

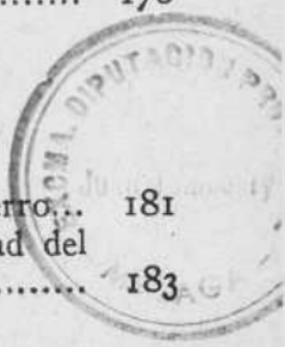
LA EDAD DE BRONCE

1.—La Edad del Bronce. Sus límites y el origen de la metalurgia.....	141
2.—Las culturas europeas de la Edad del Bronce	143
3.—Las minas de cobre.....	145
4.—Las minas de estaño.....	147
5.—La fabricación del bronce y la industria de metal.....	149
6.—El oro y la plata.....	151
7.—El traje y el adorno.....	152
8.—Palacios, ciudades y fortalezas.....	155
9.—El comercio.....	158
10.—El arte.....	162
11.—Las sepulturas.....	170
12.—La religión.....	171
13.—La Edad de Bronce en la Península Ibérica	176

CAPITULO IV

LA EDAD DEL HIERRO

1.—Los límites de la Edad del Hierro...	181
2.—Las culturas europeas de la Edad del Hierro	183

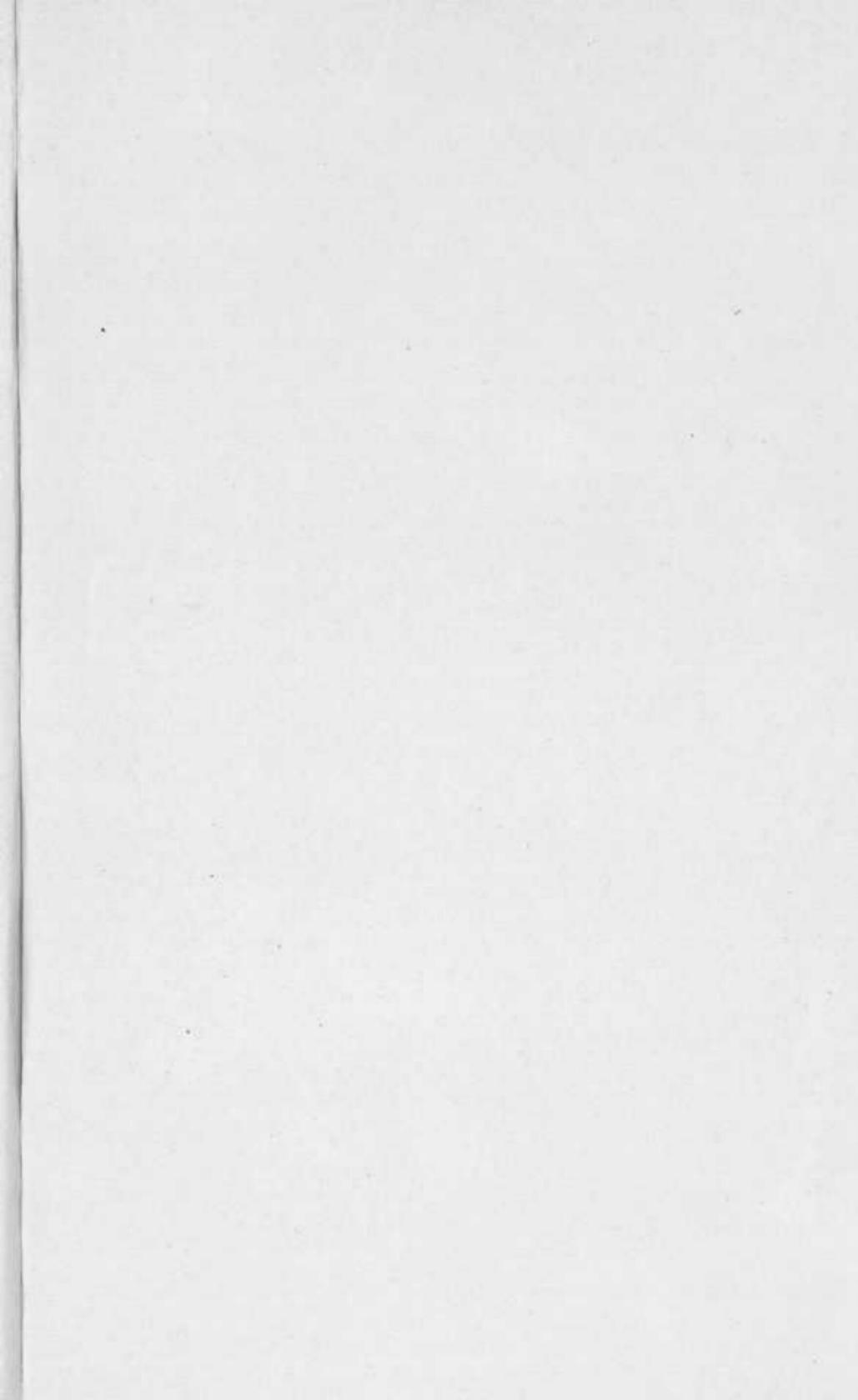


3.—Las minas de hierro.....	186
4.—La forja.....	186
5.—La industria de metal.....	188
6.—La cerámica.....	190
7.—Las minas de sal.....	190
8.—El traje y el adorno.....	191
9.—Ciudades y fortalezas.....	193
10.—El comercio.....	194
11.—El origen de la moneda.....	197
12.—El arte.....	197
13.—Las sepulturas.....	200
14.—La religión.....	201
15.—La Península Ibérica en la Edad del Hierro	202

PRECIO: 3 PESETAS



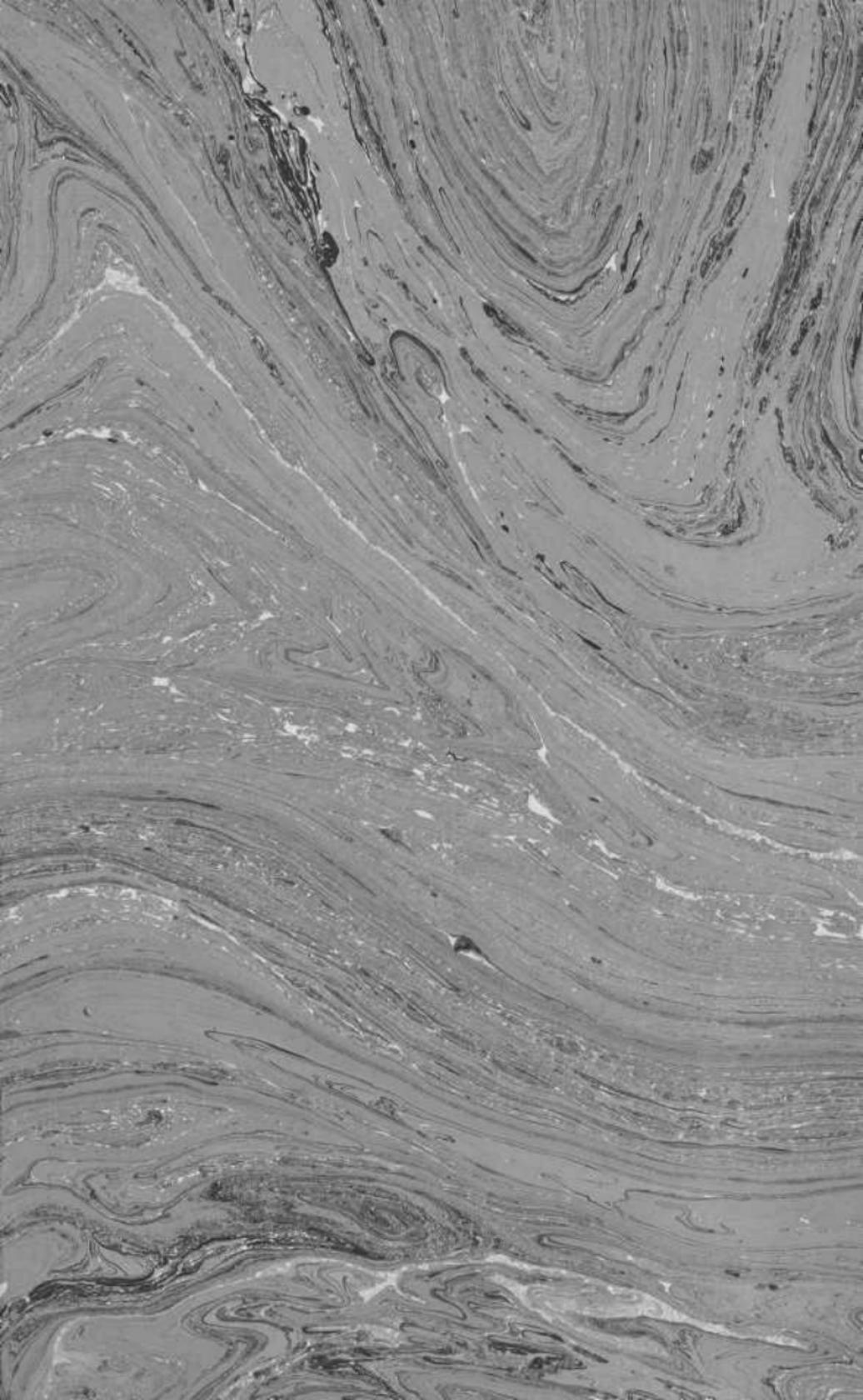


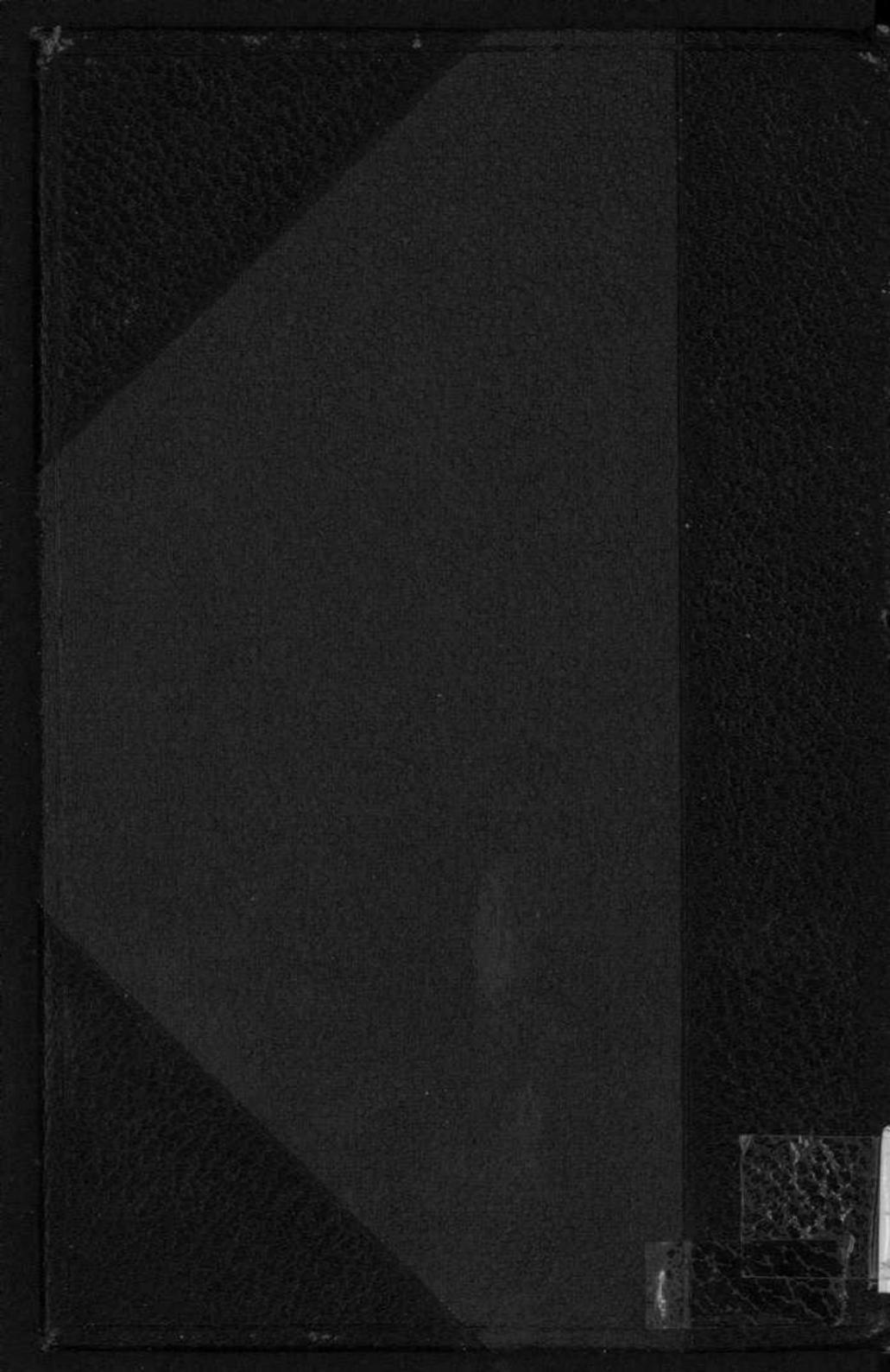














—*—*—*—*—*—*—*—*—*—

PEREZ DE
BARRADAS

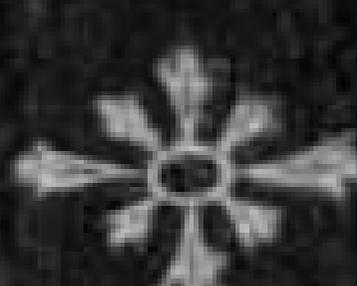
—*—*—*—*—*—*—*—*—*—

—*—*—*—*—*—*—*—*—*—

LA INFANCIA
DE LA
HUMANIDAD

—*—*—*—*—*—*—*—*—*—

—*—*—*—*—*—*—*—*—*—



—*—*—*—*—*—*—*—*—*—



—*—*—*—*—*—*—*—*—*—

535